
CRESSIDA BLYTHEWOOD
LA ESCANDALOSA PROPUESTA DEL DUQUE

Cressida Blythewood

La Escandalosa Propuesta del Duque.

Copyright © 2024 by Cressida Blythewood

All rights reserved. No part of this publication may be reproduced, stored or transmitted in any form or by any means, electronic, mechanical, photocopying, recording, scanning, or otherwise without written permission from the publisher. It is illegal to copy this book, post it to a website, or distribute it by any other means without permission.

This novel is entirely a work of fiction. The names, characters and incidents portrayed in it are the work of the author's imagination. Any resemblance to actual persons, living or dead, events or localities is entirely coincidental.

First edition

This book was professionally typeset on Reedsy
Find out more at reedsy.com

Contents

1. Prólogo

2. Una Noche para Olvidar

3. Reflexiones de una Mujer Arruinada

4. La Dama y su Juicio

5. ¿Vida normal?

6. No Visto y no Perdonado

7. La Propuesta Impactante

8. Un Dilema Se Despliega

9. Una Procesión de Pretendientes.

10. Un Regreso del Pasado.

11. La Tensión de la Amistad

12. Una Mancha en la Página

13. Un Real Decreto

14. Una Proposición Peligrosa

15. La Duda

16. Una Conversación Familiar

17. Una Interrupción Humorada

18. La Persistencia del Duque

19. Los Secretos y Sentimientos.

20. La Epifanía No Deseada

21. Un Afecto Creciente

22. La Fiebre del Bebé del Duque

23. Bajo el Sauce

24. La Sangre y la Revelación

25. La Habitación del Bebé

26. El consejo de un Confidente

27. Vientos Susurrantes

28. Afrontar la Tormenta

29. Un Aliado Inesperado

30. La Tormenta de Acusaciones

31. El Ultimátum Final

32. Una Decisión Desesperada

33. El Plan de Fuga

34. El Precio del Silencio

35. Una Elección Hecha

36. Una Propuesta Aceptada

37. La Boda

38. Noche de Pasión Nupcial

39. Epílogo

About the Author

1

Prólogo

Me desperté sintiendo que me faltaba el aire, mi pecho subía y bajaba demasiado rápido para la tranquila mañana que debería haberme recibido. El aire era más cálido de lo que debería ser, casi sofocante, a pesar del frío de la temporada. Debería haber sentido frío, acostada bajo unas sábanas de seda que no eran mías, pero en su lugar, estaba envuelta en un calor desconocido que hacía que mi piel se erizara.

Intenté volver a dormir, convenciéndome de que esto no era más que otra noche inquieta. Pero entonces, la realización me golpeó como un balde de agua helada. La almohada de plumas, normalmente suave, bajo mi cabeza, se sentía extrañamente firme. Y entonces—que el cielo me ayude—se movió.

La almohada me dio la espalda.

Casi grité. Me mordí el labio, saboreando el cobre, y recé fervientemente para que esto fuera solo un sueño extraño, una alucinación febril inducida por el vino del baile de anoche. Pero no, la realidad se estrelló sobre mí cuando la almohada convertida en hombre murmuró en su sueño, un profundo retumbo que me estremeció por completo.

Abrí los ojos de golpe y me quedé mirando el techo, con el corazón latiendo con fuerza. No era la gran araña de cristal de la mansión de mi familia la que me saludaba, ni el suave dosel rosado de mi propia cama. Esta era una habitación completamente diferente: rica, opulenta y claramente masculina. Las paredes estaban revestidas de paneles de madera oscura, pesadas cortinas de terciopelo bloqueaban la luz de la mañana. Un fuego crepitaba en la chimenea, la única luz en la habitación, que de otro modo estaría sumida en las sombras. Este no era un lugar que reconociera, no era mi refugio seguro. Si no estoy en mi habitación, ¿entonces dónde estoy?

Mi corazón martilleaba en mi pecho mientras giraba la cabeza para confirmar lo que mi cuerpo ya sabía: no estaba sola.

A mi lado, acurrucado en las sábanas, había un hombre. No cualquier hombre, sino un hombre que, definitivamente, no estaba vestido. Su ancha espalda estaba vuelta hacia mí, con los músculos ondulando bajo la piel bronceada que parecía brillar a la luz del fuego. Su cabello negro azabache estaba despeinado, como si hubiera estado dando vueltas toda la noche.

Mi sangre se heló.

Lentamente, con cuidado, levanté el borde de la manta, rezando por encontrar la seguridad de mi camisón aún adherido a mi cuerpo. Pero mis oraciones no fueron respondidas. Estaba tan

desnuda como el día en que nací. Y ambos estábamos completamente desnudos, con nuestra ropa esparcida como víctimas de alguna escaramuza nocturna.

—Oh, Dios mío. Oh, Dios mío. Oh, Dios mío —susurré frenéticamente, las palabras saliendo de mis labios en un murmullo sin aliento.

Me incorporé de un salto, agarrando la manta contra mi pecho como si pudiera de alguna manera protegerme de la realidad de lo que había sucedido. Escaneé la habitación en busca de mi ropa, con el pánico creciendo con cada segundo que pasaba. Mi vestido de anoche estaba esparcido por el suelo, la delicada tela arrugada y desechada. No había rastro de mi ropa interior.

Me deslicé fuera de la cama, mis piernas temblando mientras me ponía de pie, desesperadamente tratando de recoger los restos de mi dignidad junto con mi ropa. No me atreví a mirar hacia el hombre—el extraño—que había compartido mi cama. Pero no pude evitar robar una última mirada antes de huir.

Todo lo que vi fue su espalda, fuerte y ancha, y el desorden oscuro de su cabello contra la almohada. No sabía quién era, pero eso no importaba. Lo que importaba era que yo, Adelaide Blair, hija de un conde, acababa de despertar desnuda en una cama que no era la mía, junto a un hombre que no debería haber estado allí. Y en el proceso, había perdido algo que nunca podría recuperar.

Maldiciendo en voz baja, me puse el vestido, sin importarme los pliegues ni la falta de refuerzos. Mis manos temblaban mientras forcejeaba con la manija de la puerta, lanzando una última mirada a la habitación que me perseguiría para siempre.

Luego corrí—corrí fuera de la habitación, lejos del hombre, lejos de la verdad que ahora se aferraba a mí como una letra escarlata. Porque además de despertarme desnuda junto a un extraño, esta mañana me había despertado habiendo perdido mi virginidad.

Y no tenía la más mínima idea de quién la había tomado.

2

Una Noche para Olvidar

No creo haberme movido tan rápido en mi vida. Mi corazón latía con fuerza en mi pecho mientras corría por los estrechos callejones detrás de la mansión, con el dobladillo de mi vestido apretado en una mano para evitar que se arrastrara por el suelo. El sol apenas estaba saliendo, y las calles estaban, por suerte, desiertas—no había testigos de mi desgracia. Mantuve la cabeza gacha, rezando para que nadie me reconociera si se asomaban por una ventana.

La puerta trasera de la mansión de mi familia se alzaba frente a mí, una pequeña y discreta entrada que daba directamente a las cocinas. Golpeé con los dedos temblorosos, y un momento después, se abrió con un crujido para revelar a Betsy, nuestra criada, quien me miró y soltó un jadeo.

—¡Señora Adelaide! ¿Pero qué en el mundo…?

—¡Shh! —chisté, mirando por encima de mi hombro como si las mismas paredes tuvieran oídos—. Betsy, por favor. Necesito tu ayuda.

Sus ojos se abrieron de par en par, pero, para su crédito, no hizo preguntas. En lugar de eso, me hizo entrar y me llevó rápidamente por las escaleras traseras hasta mi dormitorio. Nos movimos en silencio, el único sonido era el suave roce de mis faldas y el rápido golpeteo de mi corazón. Una vez a salvo detrás de la puerta, me apoyé contra ella, cerré los ojos y exhalé un largo y tembloroso suspiro.

—Señora Adelaide —comenzó Betsy con cautela— ¿qué ha pasado? Parece que ha visto un fantasma.

Solté una breve y amarga carcajada. —Peor que un fantasma, Betsy. Mucho peor.

Ella frunció el ceño, su rostro se arrugó de preocupación. —¿Está herida?

—No —dije rápidamente, aunque en verdad, no estaba del todo segura. Me sentía… diferente. Herida—. Solo… terriblemente confundida. Y posiblemente arruinada.

La boca de Betsy se abrió, pero antes de que pudiera lanzarse en una ráfaga de preguntas, me aparté de la puerta y me tambaleé hacia el tocador. —Necesito un baño —murmuré, apenas capaz de mirarme a los ojos en el espejo mientras empezaba a desabrocharme el vestido—. Y quizás uno hirviente.

Sin decir una palabra, Betsy fue a buscar el agua para el baño, dejándome sola con mi reflejo. La chica que me devolvía la mirada estaba pálida, con el cabello desordenado y los ojos abiertos de par en par con el tipo de miedo que solo se experimenta en las pesadillas. Parecía exactamente

como una mujer que había despertado en una cama extraña junto a un hombre extraño, y no había forma de ocultarlo.

¿Qué he hecho?

El pensamiento resonaba en mi mente mientras me deslizaba fuera del vestido y me metía en el baño de agua humeante que Betsy había preparado. El agua caliente era un alivio bienvenido, pero no hizo nada para aliviar el nudo de ansiedad que tenía en el pecho.

Cerré los ojos, hundiéndome en el agua, e intenté juntar las piezas de la noche anterior. Todo había comenzado con esa maldita invitación…

La codiciada invitación había llegado una semana atrás, un delicado pedazo de pergamino adornado con el escudo de la Familia Imperial. Era el evento de la temporada—un gran baile en celebración de la fundación del reino, y cada joven casadera en cien millas a la redonda estaba desesperada por asistir.

Mi madre estaba fuera de sí de emoción, insistiendo en que esa sería la noche en la que finalmente captaría la atención de Colin, mi más antiguo y querido amigo. Bueno, tal vez no tanto "querido" como "objeto involuntario de mis afectos no correspondidos", pero eso era lo de menos. Este baile, declaró mi madre, sería el momento en el que Colin me vería como algo más que la niña que solía cazar ranas con él en el jardín.

Los preparativos fueron interminables—elegir el vestido perfecto, domar mi cabello en un arreglo elegante, escuchar los consejos de mi hermana Evelyn sobre cómo "sutilmente" captar la atención de Colin. Para cuando llegó la noche del baile, era un manojo de nervios, mis emociones oscilando salvajemente entre la esperanza y el puro terror.

Tan pronto como entramos en el gran salón del palacio, me vi abrumada por todo el esplendor. La habitación estaba llena de nobleza, el aire cargado con el aroma de rosas y costosos perfumes. Las arañas de cristal brillaban sobre nuestras cabezas, arrojando un resplandor dorado sobre la multitud resplandeciente. Y allí, al otro lado de la habitación, estaba Colin—alto, apuesto y completamente ajeno al caos que rugía en mi corazón.

Pasé la primera hora intentando reunir el valor para acercarme a él, maldiciendo el revoloteo en mi estómago cada vez que nuestras miradas se encontraban. Cuando finalmente cruzó la sala para pedirme que bailara, pensé que mi corazón podría estallar en ese mismo instante.

Era encantador, como siempre, su sonrisa cálida y familiar. Por un breve momento, mientras girábamos por la pista de baile, sentí que todos esos años de amistad finalmente podrían florecer en algo más. Pero, incluso mientras me aferraba a esa esperanza, no pude sacudirme la persistente sensación de que algo estaba mal. Colin estaba distraído, su mirada se desviaba por encima de mi hombro como si buscara a alguien más.

Aun así, elegí ignorarlo, decidida a aprovechar al máximo nuestro baile. Después de todo, ¿no había esperado bastante por este momento? Pero cuando la música terminó y Colin se disculpó, lo vi—el sutil cambio en su expresión, la forma en que sus ojos se iluminaron al encontrar a alguien detrás de mí.

Curiosa y más que un poco desesperada, lo seguí hasta la terraza, esperando… bueno, no sé qué esperaba. Tal vez una palabra en privado, o incluso una simple sonrisa. Pero lo que encontré fue algo que destrozó mi corazón en mil pedazos.

Colin, mi querido, inconsciente Colin, estaba allí de pie bajo la luz de la luna, con sus brazos envueltos alrededor de otra mujer. Estaban tan absortos el uno en el otro que ni siquiera notaron mi presencia, observando cómo él le daba un tierno beso en los labios.

El resto de la noche pasó en un torbellino de desamor y humillación. Apenas recuerdo cómo

escapé de la terraza, aunque debí haberlo hecho, porque lo siguiente que supe fue que estaba de vuelta adentro, intentando desesperadamente mantenerme entera en medio de la brillante multitud. El dolor era abrumador, una punzada aguda y ardiente que ningún acto de valentía podría disimular.

Y así, en un momento de pura locura, recurrí a algo que nunca antes había considerado—el alcohol.

El agua se había enfriado cuando Betsy regresó para sacarme de mi ensoñación. —Señora Adelaide —dijo suavemente, extendiéndome una toalla—, debería salir antes de que se enfríe.

Asentí, dejando a regañadientes la comodidad del baño y envolviéndome en la toalla. Mientras me quedaba allí, empapada y perdida en mis pensamientos, los eventos de la noche anterior se repetían en mi mente como una broma cruel.

El baile, la terraza, el beso… y luego el vino. Demasiado vino. Recuerdo haberme escapado del baile, con la cabeza dando vueltas y el corazón dolido. Recuerdo haber deambulado por los jardines, el fresco aire nocturno no calmaba mis nervios alterados.

Y luego…

Nada.

Nada hasta que me desperté esta mañana en esa cama desconocida.

Me estremecí, apretando la toalla más fuerte alrededor de mí mientras las implicaciones de lo que había sucedido se asentaban pesadamente sobre mis hombros. Mi reputación estaba en ruinas, y peor aún—había perdido algo que nunca podría recuperar.

Pero, ¿quién era él? El hombre con el cabello negro azabache y la espalda ancha? No tenía idea, y la sola idea de enfrentarlo, de verlo nuevamente, me hacía sentir enferma.

—Betsy —susurré, mi voz temblando—, por favor no le digas a nadie sobre esto. A nadie.

—Por supuesto que no, Señora —respondió ella, su expresión llena de simpatía—. No diré ni una palabra. Pero… ¿qué va a hacer?

Me quedé mirando mi reflejo, viendo a una mujer diferente de la que había salido para el baile anoche. —No lo sé —admití—. Pero pase lo que pase, tendré que enfrentarlo.

3

Reflexiones de una Mujer Arruinada

Sola en mi habitación, finalmente dejé escapar el aliento que había estado conteniendo desde que entré por la puerta trasera de la mansión. El baño había limpiado la suciedad de la noche, pero no la ansiedad que ahora me devoraba por dentro. Me paré frente a mi espejo, mi reflejo me devolvía la mirada con ojos amplios y atormentados. Mi cabello aún estaba húmedo, mi piel enrojecida por el calor del baño, pero apenas reconocía a la mujer que me miraba.

¿Qué has hecho, Adelaide?

Extendí la mano y toqué el frío cristal, como si de alguna manera pudiera borrar la vergüenza que se aferraba a mí como una segunda piel. Pero el miedo, la autoculpabilidad, eran demasiado reales. ¿Y si ese hombre—quienquiera que fuera—decidía hacer pública nuestra aventura? Mi reputación estaría en ruinas, y sería el tema de cada conversación susurrada, de cada broma cruel. Me etiquetarían como una mujer desvergonzada, una mujer caída, y no habría recuperación posible.

¿Y si fuera un loco? Mi estómago se revolvió al pensarlo. ¿Y si decidiera amenazarme, poner nuestra escandalosa noche en los periódicos para que todo Londres lo leyera? O peor aún, ¿qué tal si era un hombre casado que me obligaría a convertirme en su amante, usando esa noche como chantaje? La idea de ser el sucio secreto de alguien hizo que se me erizara la piel.

Me estremecí, rodeándome con los brazos como si de alguna manera pudiera proteger la poca inocencia que me quedaba. Mi mente corría, conjurando escenarios cada vez más horribles. ¿Y si era un viudo gordo y calvo, un hombre viejo que quería una joven esposa para calentar su cama en sus últimos años? El pensamiento era suficiente para hacerme sentir arcadas. ¡No, no, no! No podía permitir que mi vida fuera dictada por una sola noche imprudente.

Y entonces, el pensamiento más aterrador de todos se deslizó en mi mente, haciendo que mi corazón se saltara un latido.

¿Qué pasa si estoy embarazada?

Mi mano voló a mi estómago, y miré mi reflejo, horrorizada. Esta había sido mi primera vez—mi primera y, siempre había imaginado, la última hasta que estuviera casada. ¿Qué pasaría si las consecuencias de esa noche se manifestaran en unos meses, sin un anillo de bodas que lo legitimara? Sería rechazada, expulsada de la sociedad, obligada a vivir en soledad con un hijo nacido fuera del matrimonio.

¡No, no, no! Me negué a permitir que eso sucediera.

Solo había una solución. Tenía que encontrar un esposo—rápidamente. Alguien respetable, alguien que pudiera ofrecerme la protección de su nombre antes de que cualquier escándalo tuviera la oportunidad de echar raíces. Siempre había resistido los intentos de mi madre de exhibirme frente a solteros elegibles, aferrándome en secreto a la esperanza de que Colin algún día me propusiera matrimonio. Pero Colin era una fantasía, un sueño que se había roto en la terraza anoche. Estaba perdido para mí, y el dolor por él palidecía en comparación con el terror de lo que podría suceder si no actuaba con rapidez.

Y, sin embargo, Colin no era el primer hombre del que me había enamorado con tan equivocada esperanza. Oh, no, tenía un historial de errores románticos que se remontaba a mi primera temporada. Había estado Señor Alaric, el apuesto vizconde que me había encantado con su poesía y sus ojos amables, solo para descubrir que estaba mucho más interesado en mi dote que en mi corazón. Luego estaba Señor Geoffrey, el apuesto héroe de guerra que me había dejado sin aliento—hasta que supe que ya estaba comprometido en secreto con una dama en Londres. Y no olvidemos al señor Elliott, el encantador bribón que me hacía reír como nadie más, pero me dejó con el corazón roto cuando se fugó con la prima de mi mejor amiga.

¿Por qué siempre había sido tan propensa a enamorarme del hombre equivocado? Tal vez era mi tendencia a ver solo lo mejor en las personas, a creer en el cuento de hadas del amor verdadero a pesar de todas las pruebas en contra. O tal vez era simplemente mala suerte—aunque hacía mucho tiempo que había dejado de creer que el destino tuviera mucho que ver con mis desventuras románticas. Fuera cual fuera la razón, me había dejado con una serie de desilusiones y un corazón demasiado fácilmente magullado.

Cerré los ojos y respiré hondo, tratando de calmar mis nervios. La imagen de Colin besando a esa mujer pasó por mi mente, nítida y clara como si hubiera sucedido hace apenas unos momentos. Sus manos en su cintura, sus labios en los de ella, la forma en que se miraban con tanta ternura. Era como si fueran las únicas dos personas en el mundo, y la realización me golpeó como un puñetazo en el estómago.

¿Por qué había desperdiciado tanto tiempo en un hombre que claramente nunca me vio de la manera en que yo lo veía? Era un cruel giro del destino que justo cuando estaba lista para dejarlo ir, me encontrara enfrentando un problema mucho más apremiante que un corazón roto.

Necesitaba un esposo, y lo necesitaba ahora. Alguien confiable, alguien que no me dejara varada al borde del escándalo. Pero, ¿cómo podía confiar en mí misma para tomar la decisión correcta cuando mi corazón siempre me había llevado por el camino equivocado? Tendría que ser práctica, dejar de lado mis sueños tontos de amor y pasión y concentrarme en lo que realmente importaba: seguridad, estabilidad y, sobre todo, la preservación de mi reputación.

Porque esta vez, los riesgos eran demasiado altos como para cometer otro error.

Mi hermana Anne siempre había estado más que dispuesta a asistir a reuniones sociales y conocer a posibles pretendientes, algo que yo siempre había evitado con un desdén silencioso. Qué tonta había sido, pensando que podía darme el lujo de esperar a que Colin entrara en razón. No más. Si alguien me invitaba a una cena, a un baile, incluso a un picnic, diría que sí sin dudarlo. Me exhibiría frente a cada hombre soltero de Londres si eso era lo que se necesitaba.

—Adelaide —susurré a mi reflejo—, vas a casarte con el primer hombre respetable que te lo pida. Y lo harás antes de que alguien se entere de lo que pasó anoche.

Era un plan sencillo, pero era todo lo que tenía. Enderecé los hombros, tratando de ignorar el temor que aún acechaba en el fondo de mi estómago. No había tiempo para lamentarse o tener miedo. Iría con Anne a cada evento social, sonreiría a cada soltero elegible, y aceptaría la

primera propuesta que recibiera. Sería una esposa obediente, respetable, adecuada, y con suerte, incluso podría encontrar un hombre a quien pudiera tolerar por el resto de mi vida.

En cuanto al amor… había sido tonta al creer en él. El amor era un lujo que ya no podía permitirme. No cuando mi reputación, mi futuro y posiblemente incluso mi vida estaban en juego.

Suspiré, sintiendo una punzada de pérdida por la chica que había sido ayer—inocente, esperanzada y desesperadamente ingenua. Esa chica ya no existía, reemplazada por una mujer que había visto demasiado y que sabía que el mundo no era tan amable como alguna vez había creído.

—Adiós, Colin —murmuré, con la voz apenas por encima de un susurro—. Adiós a todos esos sueños tontos.

Porque a partir de hoy, viviría en la realidad, y la realidad era un lugar donde mujeres como yo no tenían el lujo de esperar por el amor. Teníamos que tomar lo que pudiéramos, proteger lo que era nuestro, y rezar para que el destino fuera más amable de lo que había sido hasta ahora.

Con una última mirada a mi reflejo, me aparté del espejo y cuadré los hombros. Era hora de enfrentar el mundo con un nuevo propósito.

Encontrar un esposo. Salvar tu reputación. Olvidar la noche pasada.

Bastante simple. Ahora solo tenía que fingir que lo creía.

4

La Dama y su Juicio

Me desperté solo.

La cama a mi lado estaba fría, las sábanas enredadas y abandonadas, muy parecido a mi propia tranquilidad mental. Me estiré, sintiendo la rigidez en mis músculos, y luego me senté, frotándome el rostro con una mano. Mi cabeza latía con fuerza—no por la bebida, ya que no había bebido tanto como podría haberlo hecho anoche—sino por lo absurdo de la situación.

La luz de la mañana se filtraba a través de las pesadas cortinas, bañando la habitación con un tenue resplandor dorado. Era un día hermoso para despertar en una cámara real, una habitación reservada para los visitantes más distinguidos del reino. Sin embargo, la cama era demasiado grande para un solo ocupante. Y esta mañana, solo yo permanecía, mientras que la otra mitad de la historia había huido hacia las sombras.

Me rasqué la cabeza, mis dedos rozando los cortos mechones de cabello todavía húmedos por el baño no planeado de anoche. Esa mujer… Adelaide Blair… Se había ido, pero su presencia persistía en cada arruga de las sábanas, en cada almohada fuera de lugar.

Adelaide. Lo recordaba todo.

El baile, las fuentes, el completo y absoluto caos de la noche. Todo se reproducía en mi mente como una farsa mal montada, excepto que no había un público riéndose tras bambalinas. Solo yo, sentado aquí solo, preguntándome cómo demonios había ocurrido todo.

La había visto primero cuando estaba de pie al borde de la fuente, su hermoso vestido brillando bajo la luz de la luna, su equilibrio más que un poco cuestionable. Adelaide Blair, la segunda hija del conde—conocida por su ingenio, su espíritu vivaz y, aparentemente, su total falta de control cuando bebía de más.

Se balanceaba precariamente, y aunque no tenía ninguna particular inclinación por hacer de héroe, estaba claro que estaba a punto de caer al agua. Naturalmente, me acerqué para ayudarla, pensando que tal vez podría guiarla de vuelta a tierra firme sin demasiados problemas. Pero antes de que pudiera decir una palabra, me clavó esos brillantes ojos avellana, llenos de una emoción que no pude identificar.

—¡Tú! —había balbuceado, agarrando mi cuello con sorprendente fuerza—. ¡Me lastimaste!

Eso era nuevo para mí. Ni siquiera sabía que sabía mi nombre, y mucho menos que de alguna manera la había ofendido. Traté de explicarme, pero ella no quiso escuchar. Antes de que pudiera

pronunciar una sola palabra, me había besado.

Todavía sentía el fantasma de ese beso—inesperado, cálido y completamente desconcertante. No lo había devuelto, por supuesto. No porque no me hubiera tentado, sino porque había llegado tan de repente. Traté de apartarla, de poner algo de distancia entre nosotros antes de que la situación se saliera aún más de control.

Pero entonces, en medio de ese intento apresurado por separarme, ella se resbaló. Y naturalmente, yo, con toda la gracia de un potrillo recién nacido, fui al suelo con ella.

El agua estaba fría—sorprendentemente fría—y aún recuerdo cómo el agua nos empapó a ambos, arruinando su vestido y mi dignidad de un solo golpe. La fuente salpicaba a nuestro alrededor como si se burlara de la escena, y allí estábamos, dos tontos empapados en medio de todo.

Y luego, me besó de nuevo.

Esta vez, no pude apartarla. Esta vez, no quise apartarla.

Allí, en medio de esa ridícula fuente, sentí algo—algo que no había sentido antes. Algo que me mantuvo anclado en el lugar, ahogándome en más que solo el agua que empapaba nuestra ropa. Y aunque sabía que debería haberlo detenido, sabía que esto era una receta para el escándalo, me quedé congelado. No, no congelado—hechizado. Cautivado por la sensación de sus labios en los míos, por la locura de todo.

Pero la razón se impuso. No queriendo añadir más espectáculo a la noche, llevé a Adelaide a las cámaras de invitados, llamé a un sirviente para que trajera ropa seca, y planeé dejarla para que durmiera en paz.

Excepto que no estaba interesada en la paz.

Me empujó sobre la cama—¡me empujó!—y antes de que me diera cuenta, sus labios estaban de nuevo sobre los míos, con un fervor que me hizo girar la cabeza. Murmuró algo sobre necesitar borrar las marcas que sus besos habían dejado en mis labios, y yo, en mi estado de aturdimiento húmedo, no logré protestar.

Y luego… bueno, entonces todo ocurrió.

Suspiré, apretando el colgante de su collar que había dejado atrás—un objeto que se había deslizado en medio del frenesí y que permanecía como un recordatorio de la noche que nunca esperé tener. Una noche que había comenzado con un inocente, aunque ligeramente ebrio, encuentro junto a una fuente y terminó con mi mundo completamente al revés.

Maldita sea. Ella había tomado más que mi primer beso; había tomado mi virginidad. ¿Y tuvo la audacia de huir sin siquiera despedirse?

Me levanté, dejando caer el collar sobre la mesa de noche y pasando una mano por mi cabello nuevamente, tratando de ordenar mis pensamientos. El calor del sol de la mañana no hacía nada para calmar la creciente tensión en mi pecho. No estaba solo enfadado—estaba decidido.

No podía simplemente huir de esto, de mí. Recordara o no lo que había sucedido, tendría que rendir cuentas. No era un granuja que iba de mujer en mujer sin preocuparse. Yo era el duque Bastian Lightwood, un hombre de principios, un hombre de honor—al menos, lo había sido hasta anoche.

Bueno, si pensaba que podía escapar tan fácilmente, estaba muy equivocada. Volvería a verla, y tendría que responder por lo que había hecho.

No más correr, no más esconderse. Esto no había terminado. Ni por asomo.

5

¿Vida normal?

El sol de la mañana se filtraba a través de las cortinas de encaje de mi habitación, proyectando delicados patrones sobre el suelo de madera. Los pájaros cantaban alegremente afuera, sus trinos un recordatorio cruel de que la vida continuaba imperturbable, indiferente al tumulto que se agitaba dentro de mí. Me senté frente a mi tocador, con el cepillo en la mano, intentando domar los rebeldes rizos que parecían reflejar mis pensamientos caóticos.

—Adelaide, ¿estás lista? —La voz de mi hermana Anne flotó a través de la puerta cerrada, teñida de impaciencia—. ¡Vamos a llegar tarde para nuestro paseo!

—¡Solo un momento! —respondí, forzando un tono alegre que no sentía. Tomé una respiración profunda, dejé el cepillo y observé mi reflejo. Mis mejillas tenían un rubor natural, testimonio de la noche inquieta que había soportado, y mis ojos mostraban las sombras sutiles de la falta de sueño. Aun así, logré esbozar una sonrisa, pequeña y frágil, antes de ponerme de pie y alisar las faldas de mi atuendo de montar.

Hoy sería un día normal. Hoy, recuperaría mi rutina, enterrando el recuerdo de esa noche bajo capas de normalidad. Abrí la puerta para encontrar a Anne apoyada contra la pared opuesta, con los brazos cruzados y una sonrisa burlona en los labios.

—Finalmente —dijo, rodando los ojos—. Empezaba a pensar que te habías vuelto a dormir.

—Ni lo sueñes —respondí, enlazando mi brazo con el suyo—. No me perdería nuestro paseo por nada del mundo.

Juntas, descendimos la gran escalera, el familiar aroma de cera de lavanda y flores frescas nos envolvía. La mansión bullía de actividad—las criadas desempolvando, los lacayos llevando bandejas, y la voz de madre flotando desde el salón mientras dictaba una carta. Era reconfortante, este ritmo de la vida diaria, y me aferré a él como a un salvavidas.

Afuera, el aire fresco de la mañana nos recibió, vigorizante y limpio. Nuestros caballos nos esperaban, sus pelajes brillando bajo la luz del sol. Me acerqué a mi yegua, Luna, sus ojos dulces se encontraron con los míos mientras acariciaba su hocico.

—¿Lista para una aventura, chica? —susurré, presionando mi frente contra la suya. Ella relinchó suavemente, el sonido alivió la opresión en mi pecho.

Anne montó en su semental con la facilidad de la práctica, su cabello castaño rojizo recogido cuidadosamente bajo su sombrero de montar. Me miró, con un destello de travesura en los ojos. —¿Te apetece una carrera hasta el roble?

Reí, el sonido me sorprendió por su autenticidad. —Acepto.

Partimos, el viento azotaba mientras nuestros caballos galopaban por los campos abiertos. El mundo se desdibujaba, un lienzo de vibrantes verdes y azules, y por un momento, el peso de mis preocupaciones se levantó. La emoción de la carrera me consumió, cada pisada un tambor que ahogaba los susurros de la duda.

Anne se adelantó, su risa se llevaba en la brisa, y apuré a Luna, cerrando la distancia entre nosotras. El antiguo roble se alzaba ante nosotras, sus ramas extendidas un hito familiar. En el último momento, Luna se adelantó, y llegamos al árbol en empate, ambas sin aliento y sonriendo.

—Bueno —jadeó Anne, desmontando—, supongo que tendremos que llamarlo un empate.

Deslicé mi pie del estribo y acaricié el cuello de Luna con afecto. —De acuerdo. Aunque creo que Luna merece avena extra por sus esfuerzos.

Nos acomodamos bajo el roble, la sombra nos ofrecía un respiro del calor creciente del sol. Anne arrancó una brizna de hierba, girándola entre sus dedos mientras miraba el campo.

—¿Disfrutaste del baile de aniversario la otra noche? —preguntó casualmente, aunque sus ojos se dirigieron a mí con agudo interés.

Mi corazón se detuvo, los recuerdos amenazando con resurgir. Forcé un encogimiento de hombros indiferente. —Fue lo esperado. Lleno de gente, ruidoso, el mismo espectáculo de siempre.

Anne levantó una ceja. —¿De verdad? Pensé que quizás tendrías más que decir, dado lo rápido que desapareciste.

El pánico se encendió. ¿Había notado mi ausencia? ¿Otros lo habían notado? Mantuve mi expresión neutral, controlando mis rasgos en una máscara de indiferencia. —No me sentía bien. Demasiada emoción, supongo.

—Hmm —murmuró, su mirada penetrante—. Bueno, te perdiste todo un espectáculo. Al parecer, Señora Beatrice se desmayó después de que Señor Montgomery le propusiera matrimonio.

Aproveché el cambio de tema con alivio. —¿Aceptó antes o después de desmayarse?

Anne rió, el sonido ligero e infeccioso. —Después, por supuesto. No sería adecuado de otra manera.

Compartimos una sonrisa, el momento aliviando la tensión que se había enroscado dentro de mí. Sin embargo, debajo de la superficie, la inquietud seguía hirviendo. ¿Cuántos habían notado mi ausencia? ¿Ya habían comenzado los rumores? Aparté los pensamientos, decidida a no dejar que arruinaran esta paz efímera.

Después de nuestro paseo, me retiré al solárium, un santuario de luz solar y serenidad. Mi caballete estaba junto a la ventana, un lienzo esperando inspiración. Reuní mis pinturas, el familiar olor del aceite de linaza y los pigmentos me envolvía como un abrazo reconfortante.

Mientras sumergía el pincel en los azules vibrantes y los verdes suaves, dejé que mi mente divagara, las pinceladas fluyendo con facilidad. Pintar siempre había sido mi escape, un reino donde los colores hablaban más alto que las palabras, donde las emociones podían traducirse en tonos y texturas.

Las horas pasaron sin que me diera cuenta, el lienzo florecía en un paisaje sereno—un prado bañado en el crepúsculo, las estrellas comenzaban a titilar en el cielo. Era pacífico, un marcado contraste con el tumulto dentro de mí. Me alejé, evaluando mi obra, y por un momento, la satisfacción me envolvió.

—Adelaide —la voz de mi madre cortó el silencio, sobresaltándome. Me giré para encontrarla de pie en la puerta, su expresión una mezcla de afecto y propósito—. Aquí estás. Te he estado buscando.

—¿Todo está bien? —pregunté, dejando a un lado mi paleta.

—Todo. Quería informarte que hemos sido invitadas a la velada de los Fitzwilliam esta noche. Una pequeña reunión, nada demasiado grandioso.

Un nudo se formó en mi estómago. Otro evento social, otra oportunidad para el escrutinio. Sin embargo, sabía que negarme no era una opción. Si quería encontrar un esposo, como había resuelto, no podía evitar tales ocasiones.

—Por supuesto —respondí, forzando una sonrisa—. Me prepararé en consecuencia.

Madre sonrió, cruzando la habitación para apretar mi mano. —Maravilloso. Ponte el vestido lavanda; resalta tus ojos.

Dicho esto, se retiró, dejándome sola una vez más. Miré la pintura a medio terminar, la tranquilidad que representaba ahora se sentía lejana. La perspectiva de la velada se cernía sobre mí, un recordatorio de que, a pesar de mis intentos por retomar la vida normal, el espectro de esa noche permanecía.

Cuando se acercaba el anochecer, me encontraba nuevamente sentada frente a mi tocador, mientras Anne me ayudaba con las intrincadas trenzas de mi cabello. El vestido lavanda se ajustaba a mi figura, la seda fría contra mi piel. Encontré mi mirada en el espejo, buscando signos de la mujer que había sido antes—una mujer inocente, libre de cargas.

—Adelaide —la voz de Anne era suave, un raro tono de seriedad la teñía—. ¿Estás bien? Últimamente pareces… distraída.

Dudé, el impulso de confiar en ella luchaba con el miedo a revelar demasiado. Anne era mi hermana, mi confidente, pero algunos secretos eran demasiado peligrosos para compartirlos.

—Estoy bien —mentí, esbozando una sonrisa tranquilizadora—. Solo estoy absorta en mis pinturas.

Me estudió, con escepticismo evidente, pero eligió no insistir. —Bueno, si alguien puede cautivar al *ton*, eres tú.

Reí ligeramente. —La adulación te llevará a todas partes.

Mientras descendíamos la escalera, el murmullo de voces llegaba desde el vestíbulo. Padre estaba junto a la puerta, ajustándose los puños, mientras madre se preocupaba por su corbata. Levantaron la vista al vernos acercarnos, el orgullo brillaba en sus ojos.

—Mis hermosas hijas —proclamó padre, extendiendo un brazo para cada una de nosotras—. ¿Nos vamos?

El trayecto en carruaje se llenó de una charla educada, de esas que solo rozan la superficie sin profundizar en nada. Participé, riendo con los comentarios ingeniosos de Anne, respondiendo a los recordatorios de madre sobre el decoro. Sin embargo, debajo de todo, un torrente de ansiedad palpitaba.

La finca de los Fitzwilliam estaba iluminada, con faroles que arrojaban una cálida luz sobre los jardines cuidados. Al entrar en el gran salón, la familiar cacofonía de risas, tintineo de copas y melodías orquestales nos envolvió. Puse una sonrisa en mi rostro, decidida a desempeñar mi papel.

Durante la velada, bailé, conversé y reí en los momentos apropiados. Los pretendientes se acercaron, algunos audaces, otros tímidos, y me relacioné con todos con la gracia ensayada. Estaba Señor Everett, que se inclinaba tanto que casi se le caía la peluca empolvada; su adulación

era excesiva, su mirada demasiado ávida, y su compañía me resultaba tediosa. Luego estaba Señor William, un hombre callado y estudioso que hablaba con pasión sobre su amor por la astronomía. Aunque encontraba su pasión entrañable, no pude sentir más que un interés educado. Y finalmente, el señor Clarke, cuyo baile fue tan torpe que pasé la mayor parte del tiempo reprimiendo risitas en lugar de mantener una conversación.

Sus palabras se deslizaban sobre mí, huecas e insustanciales, sin lograr despertar nada en mí más que un deseo de que la noche terminara. Sonreí cuando era necesario, reí cuando se esperaba, pero mi corazón permanecía intacto, mis pensamientos vagaban lejos del espectáculo deslumbrante que me rodeaba.

Entre baile y baile, me encontré en la terraza, el aire fresco de la noche era un bálsamo contra la atmósfera asfixiante del interior. Las estrellas brillaban arriba, indiferentes a los dramas de las vidas mortales. Me apoyé en la balaustrada, inhalando profundamente, buscando consuelo en el silencio de la noche. El cielo se extendía interminablemente por encima, una vasta extensión de oscuridad salpicada de luz, y por un momento, me permití simplemente respirar, existir sin el peso de las expectativas sobre mí.

—¿Escapando de la multitud? —una voz dijo con desdén a mi lado.

Me giré, sobresaltada, para encontrarme con Señor Henry Sinclair, un notorio libertino con una reputación tan oscura como su cabello azabache. Sus penetrantes ojos azules me miraban con una mezcla de diversión y algo más—algo que puso mis nervios de punta.

—Solo buscando un poco de aire fresco —respondí, manteniendo una distancia educada.

Él sonrió con suficiencia, acercándose más. —No te culpo. Estas reuniones pueden ser terriblemente aburridas.

Le ofrecí una sonrisa indiferente, deseando encontrar una excusa para marcharme. Su cercanía era inquietante, su mirada demasiado penetrante.

—Señora Blair —comenzó, su voz baja—, no pude evitar notar su ausencia durante la última parte de la celebración del aniversario del reino.

Mi corazón se aceleró, el miedo atravesándome. —No me sentía bien.

—Ah —murmuró, sus labios se curvaron—. Comprensible. Esos eventos pueden ser… abrumadores.

Tragué saliva, la insinuación en su tono era inconfundible. ¿Lo sabía? ¿Había visto algo? El pánico amenazaba con consumir, pero mantuve la compostura.

—Ciertamente —respondí con frialdad—. Si me disculpa, Señor Sinclair, creo que mi próximo baile está a punto de comenzar.

Él inclinó la cabeza, un destello en sus ojos. —Por supuesto. Hasta la próxima, Señora Blair.

Huí, con el corazón latiendo con fuerza, las paredes parecían cerrarse a mi alrededor. El resto de la velada pasó en una neblina, mis sonrisas forzadas, mi risa quebradiza. Pero al regresar al gran salón, una sensación extraña se apoderó de mí. Comenzó como un cosquilleo en la nuca, como el toque más ligero de una pluma, y luego creció—una sensación inexplicable de que alguien me observaba. Intenté descartarlo como nervios, pero la sensación solo se intensificó, asentándose en mi pecho como una piedra.

El salón de baile estaba vivo con las vistas y sonidos habituales—damas y caballeros girando por la pista de baile, el suave tintineo de copas, la orquesta tocando un animado vals—pero no podía sacudirme la sensación de que alguien tenía los ojos fijos en mí, observando cada uno de mis movimientos.

Resistí el impulso de girarme, reacia a revelar mi incomodidad. En lugar de eso, forcé una

sonrisa y me moví por la sala con gracia ensayada, saludando a conocidos e intercambiando cortesías. Sin embargo, bajo la superficie, mi corazón latía con fuerza, mis sentidos en alerta máxima.

Al acercarme al borde de la pista de baile, dudé, escudriñando la multitud discretamente. ¿Era Señor Sinclair quien me observaba, sus penetrantes ojos azules siguiendo cada uno de mis pasos? ¿O era alguien más? El pensamiento envió un escalofrío por mi espalda. En una sala llena de gente, ¿cómo podía identificar la fuente de mi inquietud?

—¡Adelaide! —la voz de Anne me llamó, rompiendo mis pensamientos. Me giré para encontrarla acercándose con el señor Hammond, su sonrisa alegre tan brillante como siempre.

—Anne —respondí, esperando que mi voz sonara más firme de lo que me sentía—. Qué agradable verte disfrutando.

—Debes unirte a nosotros. El señor Hammond acaba de sugerir la idea más encantadora para un picnic la próxima semana —dijo Anne, su emoción era evidente.

El señor Hammond hizo una reverencia. —Señora Blair, sería un honor para mí si usted y su familia asistieran. Los jardines de mi finca están particularmente hermosos en esta época del año.

Forcé una sonrisa educada, mi mente todavía medio enfocada en la sensación inquietante que me había seguido al interior. —Suena maravilloso, señor Hammond. Estoy segura de que será una salida encantadora.

Anne continuó charlando con el señor Hammond, pero yo apenas escuchaba. Mi mirada vagaba por la sala, buscando algo fuera de lugar, alguien que pudiera ser la fuente de la mirada vigilante que sentía sobre mí. Sin embargo, el salón de baile parecía perfectamente ordinario, lleno de los rostros familiares del *ton*.

Excusándome de la compañía de Anne y el señor Hammond, me dirigí a la mesa de refrescos, con la esperanza de que un vaso de limonada calmara mis nervios. Mientras sorbía la bebida fría, no podía deshacerme de la sensación de que estaba siendo observada, incluso estudiada, y me costaba mantener la compostura.

Entonces, por el rabillo del ojo, capté un destello de movimiento. Giré la cabeza bruscamente, pero quienquiera que hubiera estado allí desapareció antes de que pudiera verlo claramente. Todo lo que quedó fue el leve balanceo de las cortinas junto a la ventana, como si alguien acabara de deslizarse detrás de ellas.

Mi corazón latía con fuerza mientras me acercaba a la ventana, cada paso medido y deliberado. La música del salón enmascaraba cualquier sonido, pero me esforcé por escuchar, esperando captar alguna señal del misterioso observador. Cuando llegué a la ventana, dudé, con la mano suspendida justo por encima de la cortina. Cada instinto me decía que me alejara, que dejara atrás este extraño juego del gato y el ratón. Pero la curiosidad—y el miedo—me obligaron a apartar la cortina.

El espacio detrás estaba vacío, la ventana ligeramente entreabierta para dejar entrar el aire fresco de la noche. Una ráfaga de viento atrapó la tela de las cortinas, haciéndolas ondear suavemente. No había nadie allí.

Exhalé un suspiro tembloroso, mis dedos apretando la cortina. ¿Lo había imaginado? ¿O realmente había estado alguien allí, observándome? Y si es así, ¿quién era?

Un escalofrío recorrió mi espalda cuando un pensamiento me golpeó. ¿Y si la persona que me observaba esta noche estaba relacionada con esa noche? ¿Era posible que el extraño en cuya cama me había despertado—el hombre de cabello oscuro cuya espalda era la única parte de él que había visto—ahora me estuviera acechando? La idea era aterradora y, sin embargo, tenía un

perturbador sentido. ¿Y si él no había olvidado esa noche, como yo desesperadamente esperaba? ¿Y si me había estado buscando y esta noche me había encontrado?

Retrocedí un paso de la ventana, dejando caer la cortina en su lugar. La sensación de ser observada se había desvanecido, pero la inquietud persistía, royendo los bordes de mis pensamientos. Quienquiera que hubiera estado vigilándome se había ido, pero no podía deshacerme de la sensación de que esto no había terminado. Quien fuera—ya fuera el extraño de esa noche o alguien más—no había terminado conmigo todavía.

Me obligué a regresar a la fiesta, aunque cada instinto me gritaba que huyera. El resto de la velada pasó en una neblina de sonrisas forzadas y conversaciones huecas. Señor Everett, con su adulación excesiva, intentó en vano captar mi atención, pero su compañía me resultaba agotadora. Señor William habló con entusiasmo de su amor por la astronomía, pero mi mente estaba en otro lugar, y el torpe baile del señor Clarke fue más divertido que otra cosa. Ninguno de ellos despertó en mí ni el más mínimo interés.

A medida que la noche avanzaba, finalmente me excusé, alegando cansancio. Mi familia fue rápida en seguir mi ejemplo, y pronto estábamos acomodados en el carruaje, los eventos de la noche se reproducían en mi mente como un rompecabezas al que le faltaban piezas cruciales.

Cuando llegamos a casa, subí las escaleras hacia mi habitación, con la sensación de inquietud aún aferrada a mí como una sombra. Cerré la puerta detrás de mí, apoyándome en ella para buscar apoyo mientras intentaba procesar todo lo que había sucedido. ¿El hombre de esa noche ahora me estaba acechando? ¿Me observaba desde las sombras, esperando el momento adecuado para revelarse? El pensamiento envió una nueva oleada de miedo a través de mí.

Mientras me preparaba para dormir, no podía dejar de pensar en el extraño cuya espalda apenas había vislumbrado a la luz de la mañana. ¿Quién era él? ¿Y por qué había entrado en mi vida, solo para perseguirme ahora? Cuanto más lo pensaba, más me daba cuenta de que no tenía otra opción. Tendría que enfrentar lo que viniera, ya fuera el hombre de cabello oscuro o alguien más completamente diferente.

6

No Visto y no Perdonado

El salón de baile estaba lleno de las habituales imágenes y sonidos—damas y caballeros girando por la pista de baile, el suave tintineo de copas, la orquesta tocando un animado vals—pero todo se desvanecía en el fondo para mí. Mi atención estaba fija en una sola persona, y solo una: Adelaide Blair.

Habían pasado semanas desde esa fatídica noche, y sin embargo, cada vez que cerraba los ojos, era transportado de regreso a ese momento. Su calor, su toque, la forma en que su cuerpo había respondido al mío—era un recuerdo que me perseguía, volviéndome loco con un deseo que no podía sacudir. Pero lo que más me enfurecía era que, mientras yo me desvelaba noche tras noche, atormentado por el recuerdo de ella, ella parecía completamente indiferente. Se movía por la sala con una sonrisa serena, su risa ligera y despreocupada mientras conversaba una y otra vez con otros hombres, como si nuestra noche juntos nunca hubiera ocurrido.

Apreté la mandíbula mientras la observaba desde las sombras del salón de baile. ¿Cómo podía estar tan despreocupada, tan tranquila, mientras yo me consumía en pensamientos sobre ella? ¿No lo recordaba? ¿No le importaba? La manera en que hablaba con el señor Hammond, con los ojos brillando mientras escuchaba sus planes para un picnic—¿era posible que hubiera olvidado todo? O peor aún, ¿estaba fingiendo deliberadamente que nada había pasado entre nosotros?

Mientras observaba a Adelaide, una oleada de irritación me recorrió. Esperaba algo diferente después de esa noche, algún reconocimiento de lo que habíamos compartido. Pero en cambio, actuaba como si no hubiera sido más que un momento pasajero, fácil de descartar y olvidar. Era exasperante. ¿Por qué debía ser yo quien sufriera mientras ella seguía con su vida como si nada hubiera cambiado?

Tenía que saber si realmente estaba tan indiferente como parecía, o si todo era una farsa. Por eso estaba aquí esta noche, acechando en las sombras, sin apartar la vista de ella. Necesitaba ver si había algún destello de reconocimiento en sus ojos, algún indicio de que estaba tan atormentada por nuestra noche juntos como yo.

Pero no había nada. Mientras se movía grácilmente por la pista de baile, intercambiando cortesías con los otros invitados, no había ni un solo signo de que estuviera algo menos que completamente tranquila. Mientras tanto, yo era un desastre—una bola de frustración y deseo

reprimido, incapaz de concentrarme en nada más que en cómo se sentían sus labios contra los míos, cómo su cuerpo encajaba perfectamente en mis brazos.

Apoyado contra una columna, mis dedos se apretaron alrededor del vaso de brandy que tenía en la mano. Sentí el impulso de confrontarla, de exigir respuestas. ¿Cómo podía estar tan compuesta cuando yo me estaba desmoronando? Pero me contuve, sabiendo que un estallido no haría nada para resolver el tumulto que ardía dentro de mí. No, necesitaba ser paciente, esperar el momento adecuado.

Mis ojos se entrecerraron mientras la veía disculparse con el señor Hammond y dirigirse hacia la mesa de refrescos. Su sonrisa no flaqueaba, sus movimientos eran tan fluidos y gráciles como siempre. Era desesperante. ¿Cómo podía seguir adelante como si nuestra noche juntos no hubiera significado nada?

No pude soportarlo más. Necesitaba saber qué estaba pasando en su cabeza. ¿Estaba deliberadamente atormentándome, o realmente estaba tan tranquila como aparentaba?

Cuando se acercó a la ventana, un leve movimiento captó mi atención. Estaba buscando algo —o a alguien. Mi corazón latía con fuerza en mi pecho mientras ella alcanzaba la cortina, su mano dudando antes de apartarla. Me tensé, esperando ser descubierto, pero cuando retrocedió, su expresión era de confusión y frustración. No había encontrado lo que buscaba.

Solté un aliento que no me había dado cuenta de que estaba conteniendo, una retorcida sensación de satisfacción se enroscó en mi pecho. Tal vez no estaba tan indiferente como parecía. Tal vez, después de todo, sí recordaba esa noche.

A medida que avanzaba la noche, seguí observándola, mi frustración solo crecía a medida que ella se relacionaba con un hombre tras otro. Señor Everett, Señor William, el señor Clarke— cada uno intentaba capturar su atención, ganarse su favor, y ella respondía a todos con la misma sonrisa encantadora, la misma risa ligera. Me hacía hervir la sangre.

¿No se daba cuenta de lo que me había hecho? ¿De cómo había consumido mis pensamientos, cada momento de vigilia? ¿Por qué tenía que sufrir solo mientras ella era libre de coquetear y bailar como si nada hubiera pasado?

Estuve a punto de marchar hacia allí y arrastrarla fuera de la multitud, de obligarla a reconocer lo que habíamos compartido. Pero sabía que eso no terminaría bien. No podía revelarme—no todavía. Necesitaba estar seguro, entender qué estaba pasando en su mente antes de actuar.

A medida que la noche llegaba a su fin y los invitados comenzaban a irse, observé cómo Adelaide se despedía, su sonrisa todavía firmemente en su lugar. Mis puños se apretaron a los costados. ¿Cómo podía estar tan tranquila, tan compuesta, cuando yo estaba al borde de perder la razón?

La seguí a distancia mientras dejaba el salón de baile y se dirigía al carruaje con su familia. Mi corazón latía con fuerza en mi pecho mientras la observaba subir las escaleras hacia su habitación, mi mente un torbellino de frustración y deseo. Tenía que saber qué estaba pensando, por qué podía seguir adelante tan fácilmente mientras yo estaba atrapado en el recuerdo de esa noche.

Mientras el carruaje se alejaba y me quedé solo en las sombras, un pensamiento me asaltó— un pensamiento que me emocionó y aterrorizó a partes iguales. ¿Y si no estaba fingiendo? ¿Y si realmente había olvidado? La idea me envió un escalofrío por la espalda. Si ese era el caso, entonces tenía una decisión que tomar: confrontarla y obligarla a recordar, o dejarla ir y seguir sufriendo en silencio.

Pero no podía dejarla ir. No todavía. No cuando cada fibra de mi ser aún estaba ligada a esa noche, al recuerdo de ella en mis brazos.

Descubriría la verdad, de una forma u otra. Y cuando lo hiciera, Adelaide tendría que enfrentar las consecuencias de lo que me había hecho. Le gustara o no, recordaría esa noche, y sabría que yo no la había olvidado.

7

La Propuesta Impactante

La luz de la mañana se filtraba a través de las cortinas, bañando la mesa del desayuno con un cálido resplandor mientras mi familia se reunía. El suave tintineo de la porcelana y los murmullos de conversación llenaban la habitación, un comienzo pacífico para el día. Pero bajo la superficie, mis pensamientos estaban lejos de ser tranquilos. Los eventos de la noche anterior en la velada de los Fitzwilliam pesaban sobre mi mente—la inquietante sensación de ser observada, las preguntas que giraban en torno a la identidad del hombre de aquella fatídica noche, y el miedo de que mi secreto estuviera al borde de ser descubierto.

Me obligué a concentrarme en el desayuno frente a mí, aunque mi apetito había desaparecido hace tiempo. Mi madre estaba inmersa en una animada conversación con Anne sobre el próximo picnic en la finca del señor Hammond, mientras mi padre sorbía su café, contento de escuchar. Todo era tan ordinario, tan maravillosamente normal, y sin embargo, sentía como si estuviera al borde de algo terrible.

—Adelaide, querida, estás muy callada esta mañana —observó mi madre, con el ceño fruncido de preocupación—. ¿Te ocurre algo?

Negué con la cabeza, ofreciéndole una débil sonrisa. —No, madre, solo estoy un poco cansada, eso es todo. La velada fue bastante agotadora.

Anne me lanzó una mirada, con sus ojos brillando de picardía. —Tal vez fue la atención de Señor Sinclair lo que te agotó, Adelaide. Parecía particularmente interesado en tu paradero anoche.

Me puse rígida al escuchar su nombre, el recuerdo de su mirada inquietante enviándome un escalofrío. —Señor Sinclair tiende a ser demasiado curioso —respondí, manteniendo un tono ligero, aunque mi corazón latía con fuerza en mi pecho—. No le daría demasiada importancia.

Padre soltó una carcajada, claramente divertido por el intercambio. —Ustedes, Señoras, atraen bastante atención estos días. Es natural, dado su belleza y encanto.

Logré esbozar una sonrisa, aunque mis pensamientos estaban lejos de los cumplidos que se lanzaban en mi dirección. ¿Qué sabía Señor Sinclair? ¿Había visto algo aquella noche, o era solo su habitual tendencia a entrometerse? Y luego estaba la figura misteriosa en la velada—¿había sido el mismo hombre? Mi mente se llenaba de posibilidades, ninguna de ellas reconfortante.

Pero mientras intentaba apartar estos pensamientos, una interrupción inesperada llegó. Un suave golpe en la puerta del comedor precedió la entrada de nuestro mayordomo, el señor Hayes,

quien llevaba una bandeja de plata con una única y ornamentada carta. Se acercó a mi padre con la gravedad de quien entrega noticias trascendentales, y no pude evitar notar la sutil tensión en el aire.

—Una carta para usted, mi señor —anunció el señor Hayes, presentando el sobre con una reverencia.

Padre lo aceptó con un asentimiento, su expresión era curiosa mientras examinaba el fino pergamino. El escudo estampado en el sello captó mi atención—un sello ducal, inconfundiblemente grandioso y formal. Mi corazón dio un vuelco, una sensación de mal presagio se asentaba sobre mí como un pesado manto.

—Una correspondencia ducal —murmuró padre, rompiendo el sello con deliberada precaución. Desplegó la carta, sus ojos recorriendo la página con creciente interés. Lo observé con atención, mi estómago se retorcía mientras los segundos pasaban. ¿Qué podría ser?

Padre aclaró su garganta, atrayendo la atención de todos en la mesa. —Parece que hemos recibido una propuesta bastante inesperada —anunció, su voz una mezcla de orgullo y asombro.

—¿Una propuesta? —repitió madre, con los ojos abiertos de par en par de emoción—. ¿De quién, querido?

Padre levantó la vista de la carta, su mirada se posó en mí con una expresión que no podía descifrar del todo. —De Su Gracia, el duque de Lightwood.

Las palabras parecieron resonar en la habitación, rebotando en las paredes y reverberando en mi alma. Una propuesta. Del duque Bastian Lightwood. El hombre cuya reputación como el "Duque de Hielo" lo precedía, una figura tanto temida como respetada en la sociedad. Mi corazón latía tan fuerte que estaba segura de que todos podían escucharlo, mi respiración se entrecortaba mientras la realidad de la situación comenzaba a hundirse.

El duque de Lightwood. El hombre con el cabello negro como el azabache y los ojos fríos y calculadores. El hombre que me había observado desde el otro lado del salón de baile en otros eventos sociales, pero que nunca me había dirigido una palabra. ¿Podría ser…?

—¡Oh, Adelaide! —exclamó madre, juntando las manos de deleite—. ¡Qué combinación tan extraordinaria! El duque de Lightwood es uno de los hombres más poderosos del reino. ¡Es un honor tremendo!

Los ojos de Anne se abrieron de asombro, y hasta ella parecía momentáneamente sin palabras. —Un duque, Adelaide. ¿Puedes creerlo?

No podía. Mi mente corría con confusión y miedo. ¿Cómo podía estar sucediendo esto? ¿Por qué el duque me estaba proponiendo matrimonio a mí, de todas las personas? ¿Podría ser él el hombre de aquella noche—el extraño cuya cama había despertado, el hombre de cabello oscuro cuya espalda era la única parte de él que había visto? El pensamiento me provocó un escalofrío, una mezcla de pavor e incredulidad. ¿Había descubierto de alguna manera que era yo? Y si era así, ¿era esta propuesta su forma de hacerme responsable, de reclamarme por razones que no podía comprender?

Padre, ajeno al tumulto que rugía dentro de mí, continuó leyendo la carta en voz alta. —Su Gracia escribe que ha tomado un gran interés en Adelaide y desea asegurar su mano en matrimonio. Alaba su gracia e inteligencia y cree que sería una digna Duquesa de Lightwood.

Un sudor frío brotó en mi nuca. Esta no era una propuesta nacida del amor o incluso del afecto; era un movimiento calculado, una decisión tomada con la misma precisión por la que el duque era conocido en sus tratos de negocios. Pero, ¿por qué? ¿Por qué yo?

Apenas podía respirar, mi pecho se apretaba con pánico. ¿Qué pasaría si me negaba? ¿Podría

siquiera rechazar la propuesta de un duque? El solo pensamiento parecía imposible, impensable. Mis padres nunca me perdonarían, la sociedad nunca lo entendería. Pero la idea de casarme con un hombre al que apenas conocía, un hombre cuya reputación estaba envuelta en misterio y miedo…

Y sin embargo, ¿qué opción tenía? Si el duque era realmente el hombre de aquella noche, tal vez había descubierto mi secreto. Si decidía exponer lo que había sucedido, me arruinaría por completo. Mi reputación, el honor de mi familia—todo sería destruido en un instante. Pero si aceptaba…

La voz de madre rompió mis pensamientos, su tono estaba lleno de emoción. —¡Esto es todo lo que podríamos haber soñado, Adelaide! ¡Un compromiso con el duque de Lightwood! ¡Serás una duquesa!

Mis manos temblaban mientras me aferraba al borde de la mesa, mi mente giraba con miedo y confusión. Esto no podía estar sucediendo—se sentía como una pesadilla de la que no podía despertar. Las paredes parecían cerrarse a mi alrededor, la habitación se volvía más pequeña con cada segundo que pasaba.

—Adelaide, querida, ¡debes estar encantada! —exclamó madre, mirándome con tal alegría que apenas podía soportarlo—. ¡Esto es un sueño hecho realidad!

¿Encantada? ¿Cómo podía estar encantada cuando estaba al borde de la ruina, cuando el hombre con el que podría verme obligada a casarme podría ser el mismo que atormentaba mis pesadillas?

Tragué con fuerza, obligándome a hablar, aunque mi voz salió apenas por encima de un susurro. —Yo… solo estoy… sorprendida. No tenía idea…

La expresión de mi padre se suavizó, su orgullo era evidente. —Entiendo que es mucho para asimilar, Adelaide. Pero esta es una oportunidad extraordinaria. Serás la Duquesa de Lightwood, uno de los títulos más respetados del país. Su Gracia ha dejado claras sus intenciones. Espero que consideres esto con mucha seriedad.

¿Considerarlo? ¿Cómo no hacerlo? Mis pensamientos eran un torbellino caótico de posibilidades y temores. Si aceptaba, podría salvar mi reputación—pero, ¿a qué costo? Una vida con un hombre al que temía, un hombre que podría haber sido el mismo que me despojó de mi inocencia aquella noche. ¿Podría alguna vez confiar en él?

Y si me negaba… No, ni siquiera podía considerar la idea. Negarse no era una opción. Mis padres estaban exultantes ante la perspectiva de un compromiso tan prestigioso, y el poder del duque se extendía por todas partes. Un rechazo solo traería desastre.

Asentí lentamente, mi mente aún corría. —Por supuesto, padre. Lo… consideraré.

—Tómate tu tiempo, querida —dijo madre, aunque su emoción dejaba claro que solo esperaba una respuesta—. Pero estoy segura de que verás que esta es la mejor opción para ti.

Anne apretó mi mano bajo la mesa, sus ojos brillando de emoción. —¡Una duquesa, Adelaide! Apenas puedo creerlo.

Yo tampoco. Mientras la conversación se tornaba hacia los preparativos y la respuesta esperada, me quedé en un atónito silencio, mis pensamientos consumidos por una sola pregunta:

¿Qué es lo que realmente quiere de mí el duque Bastian Lightwood?

8

Un Dilema Se Despliega

El momento en que pude escapar de la atmósfera jubilosa del comedor, lo hice. Mi corazón latía con fuerza mientras subía apresuradamente la gran escalera, con las manos temblorosas mientras me aferraba a la barandilla. La ornamentada decoración de la mansión se desdibujaba a mi alrededor, un fondo borroso para el torbellino de emociones que me había invadido.

El duque Bastian Lightwood había propuesto matrimonio. A mí.

Se sentía como una mala pesadilla, una de la que no podía despertar por más que lo intentara. La verdad era que no tenía la más mínima idea de cuáles eran las intenciones del duque, ni por qué me había elegido a mí como objeto de su aparentemente fría y calculada atención. La sola idea de convertirme en su esposa me llenaba de pavor, pero ¿qué otra opción tenía? Rechazarlo sería impensable.

Una vez dentro de mis aposentos, cerré la puerta detrás de mí y me apoyé contra ella, exhalando un largo y tembloroso suspiro. El entorno familiar de mi habitación—mi cama cubierta con suaves sábanas, el tocador desordenado con mis cepillos y perfumes, la pintura en la que había estado trabajando ayer—se sentían extrañamente distantes, como si pertenecieran a otra persona. A alguien que no estaba a punto de ser lanzada a una vida que nunca había imaginado.

Me acerqué a la ventana, contemplando los jardines abajo. El sol de la mañana bañaba el mundo en una luz dorada, un marcado contraste con la tormenta que rugía dentro de mí. ¿Qué debía hacer? La alegría de mis padres ante la propuesta del duque era palpable; lo veían como la culminación de todas sus esperanzas y sueños para mí. ¿Cómo podía decepcionarlos? Y sin embargo, la idea de casarme con un hombre al que apenas conocía—un hombre con una reputación tan fría como su nombre—me llenaba de un miedo que apenas podía contener.

¿Quién era el duque Bastian Lightwood para mí? Solo lo había visto a lo lejos, una figura tan formidable como su reputación. ¿Qué podría haber motivado una propuesta tan repentina? Mi mente se llenaba de preguntas, ninguna de ellas arrojando respuestas.

Un suave golpe en la puerta me sacó de mis pensamientos. —¿Adelaide? —la voz de Anne llamó, tímida y gentil.

—Entra —logré decir, intentando recomponerme mientras me alejaba de la ventana.

Anne se deslizó en la habitación, cerrando la puerta detrás de ella. Sus ojos estaban llenos de curiosidad y preocupación mientras se acercaba a mí. —¿Estás bien? —preguntó, su tono lleno de afecto fraternal—. No puedo imaginar lo abrumada que debes sentirte.

Asentí, aunque las palabras parecían eludirme. —No… no sé qué pensar, Anne. Esta propuesta… es todo tan repentino, tan inesperado.

Anne se sentó a mi lado en el borde de la cama, su expresión pensativa. —Es extraño, ¿verdad? Quiero decir, ¡el duque de Lightwood, nada menos! Ni siquiera he hablado con él, y he estado en casi todos los bailes de esta temporada. Es tan… inalcanzable.

—Solo lo he visto a la distancia —admití, retorciendo mis dedos en mi regazo—. No creo que hayamos intercambiado más que una mirada, si acaso. ¿Y ahora quiere casarse conmigo? No tiene sentido.

Anne frunció el ceño, claramente tan desconcertada como yo. —No es como si te hubiera estado cortejando, tampoco. Nadie ha mencionado que estuviera particularmente interesado en alguien, y mucho menos en ti. Y con su reputación… —Dejó la frase en el aire, un leve escalofrío recorriéndola—. Simplemente no encaja.

Sacudí la cabeza, intentando dar sentido al caos en mi mente. —No puedo evitar preguntarme… ¿qué está pensando? ¿Por qué me eligió a mí?

Los ojos de Anne se agrandaron, su curiosidad se avivó, pero rápidamente desestimó cualquier preocupación seria. —¿Quién sabe con hombres como él? Probablemente ha decidido que eres la elección perfecta por razones que solo él entiende. Tal vez esté aburrido de la multitud habitual y quiera a alguien que sea diferente.

Su lógica era razonable, pero la inquietud persistía, carcomiéndome como una sombra persistente. Estaba al borde de las lágrimas, pero la presencia de Anne era un consuelo, su familiar aroma y su suave toque me recordaban que no estaba sola en esto. Siempre podía contar con ella para aliviar el ambiente, y no me decepcionó.

Después de un momento de silencio, Anne se reclinó, con un brillo travieso en los ojos. —Sabes, debe haber alguna razón por la que está tan interesado en ti, Adelaide. ¿Qué tal si secretamente te ha estado observando durante años, cautivado por tu belleza pero demasiado tímido para acercarse?

La miré incrédula, la absurdidad de la idea me hizo olvidar momentáneamente mis preocupaciones. —¿El duque Bastian Lightwood? ¿Tímido? ¡Eso es como decir que un león teme a su presa!

Anne sonrió, imperturbable. —Oh, pero ¿no sería algo? El frío y formidable duque, en secreto un romántico empedernido que ha estado suspirando por ti desde lejos. Tal vez ha estado escribiendo poesía sobre ti en sus aposentos privados, ansiando el día en que finalmente podría confesarte su amor.

No pude evitarlo: estallé en carcajadas, la tensión de la mañana finalmente se rompió. La imagen del infame duque garabateando sonetos de amor a la luz de las velas era tan ridícula que apenas podía respirar de tanto reír. —¡Anne, tienes la imaginación más salvaje!

—Bueno, ¿puedes culparme? —bromeó, su propia risa burbujeando—. Tiene que haber alguna explicación, y si no es esa, tal vez simplemente esté encantado por tu amabilidad e ingenio. O tal vez sea un coleccionista de bellas artes y haya oído hablar de tus habilidades para la pintura. ¡Podría querer que lo inmortalices en un lienzo!

Reí, la risa era un alivio bienvenido del peso de mis pensamientos. —O tal vez necesita a alguien que caliente su frío y helado corazón.

—¡Exactamente! —Anne estuvo de acuerdo, sus ojos brillaban de picardía—. ¿Quién mejor que tú, Adelaide? Podrías ser la que derrita al Duque de Hielo, convertir su corazón de piedra en algo suave y tierno.

Reímos juntas, el sonido resonaba en la habitación, la ligereza momentánea era un bálsamo para mis nervios agotados. Se sentía bien reír, imaginar un mundo donde la propuesta del duque no era más que el resultado de algún capricho fantasioso. Pero cuando la risa se desvaneció, la realidad volvió a instalarse, pesada e inevitable.

La sonrisa de Anne se suavizó, y extendió la mano para tomar la mía. —En serio, Adelaide, no sé por qué el duque propuso, pero sé que eres lo suficientemente fuerte como para enfrentar lo que venga. Siempre has sido tan valiente, incluso cuando las cosas parecían imposibles.

Apreté su mano, agradecida por su apoyo. —Solo desearía saber a qué me enfrento. Siento que estoy entrando en esto a ciegas, sin tener idea de qué esperar.

Anne asintió, su expresión era comprensiva. —Es mucho para asimilar, lo sé. Pero no tienes que tomar una decisión de inmediato. Tómate un tiempo para pensarlo, para descubrir lo que realmente quieres. Y decidas lo que decidas, estaré aquí para ti.

Sus palabras eran un consuelo, pero no borraban el miedo que me carcomía. Tenía tantas preguntas, tantas dudas, y ninguna respuesta clara. La propuesta del duque había arrojado mi mundo al caos, y el camino por delante estaba envuelto en incertidumbre.

Mientras Anne se levantaba para irse, me dedicó una última sonrisa alentadora. —Recuerda, Adelaide, no estás sola en esto. Lo resolveremos juntas.

Asentí, observando cómo se deslizaba fuera de la habitación, cerrando la puerta suavemente detrás de ella. Sola una vez más, volví a la ventana, contemplando los jardines abajo.

La propuesta del duque se cernía sobre mí como una nube oscura, y sabía que, cualquiera que fuera la decisión que tomara, cambiaría mi vida para siempre.

9

Una Procesión de Pretendientes.

La mañana después de la impactante propuesta del duque, toda la casa bullía de emoción y anticipación. Mis padres, especialmente, estaban llenos de un fervor que no había visto en años, discutiendo la potencial unión como si ya fuera un hecho consumado. Yo, sin embargo, estaba lejos de estar resignada a mi destino.

El peso de la propuesta del duque Bastian colgaba sobre mí como una nube oscura, y la incertidumbre me devoraba. ¿Cómo podía tomar una decisión cuando la mera idea de casarme con un hombre como él me hacía estremecer? La solución, o al menos una distracción temporal, se me presentó mientras me sentaba en silencio durante otra conversación entre mis padres sobre las ventajas de una unión tan prestigiosa.

—Madre, Padre —comencé con hesitación, interrumpiendo su charla emocionada. Ambos se volvieron para mirarme, con expresiones expectantes—. ¿Sería posible… quiero decir, antes de tomar una decisión sobre la propuesta del duque… podría conocer a otros posibles pretendientes?

Su reacción fue una mezcla de sorpresa y confusión. Mi madre parpadeó, con las cejas delicadamente arqueadas por la sorpresa. —¿Otros pretendientes, Adelaide?

—Sí —dije, reuniendo mi valor—. Creo que sería prudente considerar todas mis opciones antes de tomar una decisión que cambiará mi vida.

Padre frunció el ceño, claramente desconcertado. —Pero, Adelaide, ¿por qué? El duque de Lightwood es uno de los hombres más poderosos del reino. Seguramente no estás… ¿descontenta con su propuesta?

Forcé una sonrisa, tratando de enmascarar mis verdaderos sentimientos. —No, por supuesto que no. Es solo que… bueno, nunca he tenido la oportunidad de conocer verdaderamente a otros caballeros. Tal vez, si lo hiciera, podría tomar una decisión más informada. Después de todo, un matrimonio debe basarse en algo más que un título.

Mi madre intercambió una mirada con padre, y por un momento, temí que pudieran negarse. Pero luego suspiró y asintió levemente. —Muy bien, Adelaide. Si eso te tranquiliza, organizaremos que conozcas a algunos otros caballeros elegibles. Pero recuerda —agregó, con tono firme— que pocos, si es que alguno, pueden igualar el estatus y la riqueza del duque.

—Gracias, madre. Gracias, padre —respondí, aliviada de que no hubieran rechazado mi petición de inmediato. Tal vez, pensé, conocer a otros pretendientes me ayudaría a encontrar algo

de claridad. O, al menos, proporcionaría una distracción de la abrumadora presión de la propuesta del duque.

Los días siguientes fueron un torbellino de preparativos, mientras mis padres hacían arreglos para invitar a varios caballeros elegibles a nuestra casa. Me encontraba atrapada entre la nerviosa anticipación y un creciente temor, preguntándome qué traería esta procesión de pretendientes.

El primero en llegar fue Señor Percival Wentworth, un barón conocido por su atractivo rostro y su impecable sentido de la moda. Mi madre apenas podía contener su emoción mientras nos presentaba en el salón, con los ojos brillando de esperanza.

Señor Percival era, de hecho, sorprendentemente apuesto, con el cabello perfectamente peinado y un vestuario que parecía haber sido elegido con meticuloso cuidado. Me sonrió, sus dientes increíblemente blancos, y se inclinó con un exagerado floreo.

—Señora Blair, un placer —dijo con suavidad, su voz rezumaba encanto.

—El placer es mío, Señor Wentworth —respondí educadamente, aunque encontré su apariencia excesivamente pulida un tanto desagradable.

Mientras nos sentábamos y conversábamos, rápidamente se hizo evidente que Señor Percival estaba mucho más interesado en sí mismo que en cualquier cosa que yo tuviera que decir. Charlaba sobre sus últimas elecciones de vestuario, el sastre que confeccionaba sus trajes y los esfuerzos que hacía para mantener su apariencia perfecta.

—Y, por supuesto —dijo, inspeccionando su reflejo en la bandeja de plata del té como si pudiera encontrar un cabello fuera de lugar—, uno siempre debe presentarse en la mejor luz posible. Después de todo, las apariencias lo son todo en sociedad.

Asentí educadamente, aunque por dentro ya estaba desencantada. Su vanidad era asfixiante, y a pesar de su buen aspecto, me encontraba cada vez menos interesada en lo que tenía que decir. Para cuando nuestra conversación terminó, me sentí completamente aliviada de verlo partir, a pesar de la expresión de decepción en el rostro de mi madre.

El siguiente pretendiente en llegar fue Señor Alfred Brightwell, un rico terrateniente conocido por sus extensas propiedades en el campo. A diferencia de Señor Percival, Señor Alfred no estaba particularmente preocupado por la moda o la apariencia. De hecho, parecía mucho más interesado en las complejidades de la rotación de cultivos y la cría de ovejas.

—Señora Blair —me saludó con una inclinación de cabeza, su voz era un grave monótono—. Confío en que le interesen los desarrollos agrícolas en nuestro país.

—Oh, por supuesto —respondí, intentando sonar entusiasta mientras tomábamos asiento en el salón—. La agricultura es bastante importante, ¿no?

—De hecho —dijo, su expresión era seria—. Recientemente he introducido una nueva raza de ovejas en mi finca. Son bastante notables: más grandes, más resistentes a las enfermedades y con la lana más suave que haya sentido. Podría pasar horas hablando de sus diversos méritos.

Y así lo hizo. Por lo que pareció una eternidad, Señor Alfred habló extensamente sobre sus ovejas, sus cultivos y el estado de sus tierras. Asentí y sonreí donde era apropiado, pero mis pensamientos se desviaron mientras él continuaba, mi interés disminuía con cada minuto que pasaba. Señor Alfred era, sin duda, un hombre informado, pero su enfoque unilateral en la agricultura dejaba poco espacio para cualquier otra cosa, y pronto me encontré ansiando un cambio de tema.

Cuando la conversación finalmente llegó a su fin, sentí una sensación de alivio recorrerme. Aunque Señor Alfred era amable y bien intencionado, su conversación había sido aburrida y monótona, dejándome anhelando algo más estimulante.

El tercer pretendiente, el señor Edgar Tolbert, era un caballero bien conocido por su impresionante intelecto y su amor por la literatura. Tenía la esperanza de que nuestro interés compartido por la lectura pudiera generar una conexión, pero rápidamente quedó claro que el amor del señor Tolbert por los libros superaba cualquier interés que pudiera tener en mí.

—Señora Blair —comenzó mientras nos sentábamos en la biblioteca—, ¿ha leído el último tratado sobre filosofía antigua? Es una obra maestra absoluta, verdaderamente esclarecedora.

—No puedo decir que lo haya hecho —admití—, pero me encantaría saber más al respecto.

Los ojos del señor Tolbert se iluminaron, y durante la siguiente hora, habló apasionadamente sobre las obras de filósofos muertos hace mucho tiempo, citando pasajes en sus idiomas originales y debatiendo sus puntos más finos consigo mismo. Intenté seguirle el ritmo, pero sus rápidos cambios entre temas me dejaron mareada y abrumada. Estaba claro que el señor Tolbert estaba más interesado en sus propios pensamientos que en escuchar cualquier cosa que yo pudiera tener que decir.

Para cuando se marchó, estaba exhausta, mi cabeza giraba con conceptos abstractos y argumentos filosóficos que apenas podía comprender. Suspiré, hundiéndome en una silla en el salón mientras contemplaba la cadena de pretendientes que había conocido.

Cada uno había sido más decepcionante que el anterior: Señor Percival, con su vanidad; Señor Alfred, con su tediosa charla sobre agricultura; y el señor Tolbert, con su abrumador intelecto. Ninguno de ellos había despertado nada dentro de mí, y no pude evitar sentirme desanimada.

Mientras me sentaba allí, mis pensamientos volvieron al duque Bastian. Al menos él no había sido aburrido, ni vano, ni completamente egocéntrico. Había algo en él, algo que no podía identificar, que me intrigaba, a pesar del miedo que me provocaba. Pero, ¿podría realmente verme como su esposa, de pie a su lado como la duquesa de Lightwood?

Mi madre entró en la habitación, con una expresión mezcla de esperanza y preocupación. —Adelaide, querida, ¿cómo te sientes? ¿Alguno de los caballeros captó tu interés?

Negué con la cabeza lentamente, forzando una sonrisa. —Todos fueron… muy amables, pero no creo que ninguno de ellos sea exactamente lo que estoy buscando.

Ella suspiró, sus hombros se hundieron levemente. —Entiendo, querida. Es difícil encontrar la pareja adecuada, especialmente cuando tenemos expectativas tan altas. Pero no pierdas la esperanza; encontraremos a alguien adecuado.

—Gracias, madre —dije, aunque mi corazón estaba pesado con la duda. ¿Estaba siendo demasiado exigente? ¿Demasiado idealista? ¿O simplemente tenía miedo de lo que me aguardaba?

Mientras me retiraba a mis aposentos esa noche, no podía sacudirme la sensación de que mi búsqueda de una pareja adecuada me estaba llevando en círculos. Cada pretendiente parecía resaltar la creciente insatisfacción que sentía con lo que la sociedad esperaba de mí: un matrimonio con un hombre basado en la riqueza, el estatus o la conveniencia, en lugar del amor o una conexión verdadera.

Y sin embargo, la propuesta del duque se cernía en mi mente, un recordatorio de que mis opciones eran limitadas y que el tiempo se estaba agotando. Necesitaba tomar una decisión, pero con cada día que pasaba, la elección solo parecía volverse más complicada.

Esa noche, me recosté en la cama, mirando al techo mientras los rostros de mis pretendientes danzaban en mi mente. Ninguno de ellos había sido el adecuado, pero ¿podría realmente rechazar

una propuesta tan grandiosa como la del duque? La pregunta me atormentaba, dejándome inquieta e insegura.

10

Un Regreso del Pasado.

Los días que siguieron a la procesión de pretendientes decepcionantes estuvieron llenos de una inquietud que no lograba sacudir. Mis padres, aunque comprensivos, comenzaban a mostrar signos de preocupación por mi renuencia a aceptar cualquiera de los compromisos que me habían presentado. La propuesta del duque seguía siendo una sombra omnipresente en mi mente, una que no podía escapar por más que lo intentara.

Pero justo cuando empezaba a creer que mi vida se había convertido en un ciclo interminable de decisiones que no quería tomar, una figura familiar del pasado reapareció de repente, trayendo consigo una avalancha de recuerdos y emociones para las que no estaba preparada.

Colin, el marqués de Ashford, había regresado a la ciudad.

La noticia de su regreso me llegó una brillante tarde mientras tomaba el té con mi madre en el salón. Fue Anne quien irrumpió con el anuncio, con las mejillas sonrojadas por la emoción.

—¡Adelaide, no lo vas a creer! —exclamó, apenas capaz de contener su entusiasmo—. ¡Colin ha vuelto a la ciudad! Llegó esta mañana y ya ha pedido visitarnos.

Levanté la vista de mi taza, mi corazón dio un pequeño vuelco al escuchar su nombre. Colin, mi amigo de la infancia, mi primer amor, el hombre que sin quererlo había roto mi corazón tantas veces a lo largo de los años. Pero ahora, al escuchar su nombre en el aire, me di cuenta con asombro de que los sentimientos que alguna vez tuve por él habían cambiado, incluso se habían desvanecido.

Los ojos de madre brillaron con interés. —¿El marqués de Ashford? ¡Qué delicia! Debemos invitarlo a cenar. Adelaide, debes estar encantada.

Logré sonreír, aunque se sintió hueca. —Sí, será agradable verlo de nuevo.

Pero incluso mientras decía las palabras, sentí una extraña sensación de desapego. Colin había sido una constante en mi vida, una figura a la que alguna vez adoré con el fervor de un joven amor no correspondido. Sin embargo, ahora, después de todo lo que había pasado—la propuesta del duque, la serie de pretendientes inadecuados, la carga de los secretos que llevaba—Colin me parecía casi… insignificante.

Aun así, no había forma de evitarlo. Más tarde esa tarde, llegó a nuestra casa, su presencia familiar llenando el salón como si nunca se hubiera ido. Estaba tan apuesto como siempre, con su sonrisa fácil y su encanto innato, pero al saludarme, me di cuenta de que algo había cambiado

entre nosotros. Las mariposas que solían revolotear en mi estómago al verlo habían desaparecido, reemplazadas por una sensación de incomodidad que no lograba identificar.

—Adelaide —dijo cálidamente, tomando mi mano en la suya—. Ha pasado demasiado tiempo. Sigues tan hermosa como siempre.

—Gracias, Colin —respondí, tratando de ignorar que su toque ya no me provocaba emoción —. Es bueno verte.

Nos sentamos juntos, intercambiando trivialidades y poniéndonos al día sobre el tiempo que había estado ausente. Pero la conversación se sintió forzada, como si ambos intentáramos demasiado recuperar la facilidad que alguna vez compartimos. Había una incomodidad entre nosotros que no estaba allí antes, y me dejó sintiéndome inquieta.

Colin, sin embargo, parecía ajeno al cambio. Hablaba de sus viajes, sus planes para el futuro y las últimas noticias del *ton*, todo con el mismo entusiasmo que siempre había tenido. Pero mientras hablaba, me encontré distraída, mis pensamientos volviendo al tumulto que había estado enfrentando: la propuesta del duque, los pretendientes, el secreto que nunca podría revelar.

No fue hasta que Colin mencionó haber oído que había estado conociendo pretendientes cuando volví de golpe al presente.

—He oído que has sido la dama más codiciada desde que me fui —dijo con una sonrisa burlona—. ¿Conociendo pretendientes a diestra y siniestra, verdad?

El comentario estaba destinado a ser una broma, un comentario ligero que antes me habría hecho reír. Pero en cambio, una oleada de irritación surgió dentro de mí, sorprendiéndome incluso a mí misma.

—¿Qué te importa, Colin? —solté, mi tono más afilado de lo que pretendía—. Nunca te has interesado en mí de esa manera antes. ¿Por qué empezar ahora?

Colin parpadeó, claramente desconcertado por mi arrebato. —Adelaide, solo estaba bromeando. No hay necesidad de…

—Por supuesto que bromeabas —lo interrumpí, incapaz de contener la amargura en mi voz —. Así ha sido siempre contigo, ¿no? Una broma, un juego. Pero esta es mi vida, Colin. Mi futuro.

Él me miró, la confusión y el dolor reflejándose en sus ojos. —Adelaide, ¿qué te pasa? No quería molestarte.

Suspiré, repentinamente cansada. La ira que había surgido de manera tan inesperada se desvaneció, dejando atrás una profunda sensación de frustración. ¿Cómo podía explicarle que la chica que conocía ya no era la mujer que estaba sentada frente a él? Que había pasado por demasiado, visto demasiado, como para seguir jugando los juegos que solíamos jugar.

—No me has molestado —dije más suavemente, evitando su mirada—. Pero las cosas han cambiado, Colin. Yo he cambiado.

Él frunció el ceño, inclinándose hacia adelante como tratando de entender. —¿Qué quieres decir?

Dudé, luchando por encontrar las palabras adecuadas. —Quiero decir… que no sabes por lo que he pasado, lo que estoy enfrentando en este momento. Tú has estado fuera, viviendo tu vida, mientras yo he estado aquí, tratando de navegar en un mundo que tiene cada vez menos sentido para mí.

Colin extendió la mano para tomar la mía de nuevo, su expresión era sincera. —Adelaide, si algo está mal, puedes decírmelo. Quiero ayudarte.

Sacudí la cabeza, retirando suavemente mi mano de su agarre. —No puedes ayudarme, Colin. Y sinceramente, no creo que quieras.

Me miró, claramente herido por mis palabras. —¿Cómo puedes decir eso? Siempre has sido importante para mí.

—Pero no lo suficiente —dije en voz baja, con una tristeza que no había notado que sentía—. Nunca me viste como algo más que una amiga, Colin. Y está bien. Pero ahora, las cosas son diferentes. Yo soy diferente. Y no puedo seguir fingiendo que todo sigue igual entre nosotros.

La habitación cayó en un incómodo silencio, el aire pesado con palabras no dichas. Colin bajó la mirada a sus manos, con el ceño fruncido. Por primera vez desde que había llegado, parecía no saber qué decir.

Finalmente, levantó la vista, sus ojos buscando los míos. —¿Qué estás diciendo, Adelaide? ¿Que ni siquiera podemos ser amigos?

Dudé, el peso de mis palabras me presionaba. —Estoy diciendo que no creo que entiendas por lo que estoy pasando, Colin. Y hasta que lo hagas, tal vez sea mejor que mantengamos nuestras distancias.

Su confusión se profundizó, pero asintió lentamente, claramente tratando de respetar mis deseos aunque no los comprendiera del todo. —Si eso es lo que quieres, Adelaide.

—Es lo que necesito —corregí con suavidad, ofreciéndole una pequeña y triste sonrisa—. Espero que puedas entenderlo.

Él asintió de nuevo, aunque el dolor en sus ojos era inconfundible. —Yo… te dejaré en paz, entonces. Pero si alguna vez quieres hablar, Adelaide, sabes dónde encontrarme.

—Gracias, Colin —dije, con la voz apenas audible.

Con eso, se levantó e hizo una reverencia, el movimiento rígido y formal, tan diferente del Colin despreocupado que había conocido. Salió de la habitación sin decir una palabra más, dejándome sola con mis pensamientos.

Cuando la puerta se cerró tras él, sentí una punzada de tristeza, una sensación de pérdida por la amistad que alguna vez habíamos compartido. Pero más que eso, sentí una extraña sensación de alivio. Por primera vez, había enfrentado a Colin sin los lentes de color de rosa del amor no correspondido, y al hacerlo, me había dado cuenta de algo importante:

La chica que había suspirado por Colin se había ido. En su lugar estaba una mujer que había visto demasiado, que había pasado por demasiado, como para conformarse con algo menos de lo que realmente merecía.

11

La Tensión de la Amistad

Los días que siguieron al regreso de Colin estuvieron marcados por una tensión incómoda que parecía permanecer en el aire cada vez que estábamos juntos. La facilidad que una vez caracterizó nuestra amistad se había convertido en algo tenso, nuestras conversaciones se volvieron torpes y forzadas. Colin, que siempre había sido capaz de sacarme una sonrisa con una simple broma o una burla a tiempo, ahora parecía perdido en cuanto a cómo acercarse a mí.

Y, ¿cómo no iba a estarlo? Todo entre nosotros había cambiado, y sin embargo, no podía explicarle por qué. La verdad era demasiado complicada, demasiado entrelazada con secretos que no podía compartir, ni con él ni con nadie.

Colin continuó visitando, como siempre lo había hecho, pero cada vez que lo hacía, la tensión entre nosotros se volvía más palpable. Podía ver la confusión en sus ojos, el dolor que intentaba enmascarar tras su habitual encanto. Pero cuanto más intentaba cerrar la brecha creciente, más me alejaba, refugiándome en mí misma.

Una tarde, mientras caminábamos por los jardines, la conversación se desvió una vez más hacia un territorio incómodo. Colin, claramente sintiendo que algo andaba mal, se volvió hacia mí con el ceño fruncido.

—Adelaide, ¿he hecho algo para molestarte? —preguntó, su voz teñida de preocupación genuina.

Negué con la cabeza, evitando su mirada. —No, Colin, no lo has hecho.

—Entonces, ¿qué es? —insistió—. Has estado tan distante últimamente. Solíamos poder hablar de cualquier cosa, pero ahora… siento que me estás ocultando algo.

Dudé, luchando por encontrar las palabras adecuadas. ¿Cómo podía explicarle que la naturaleza misma de nuestra amistad había cambiado, que ya no podía verlo como lo hacía antes? Que mi vida había tomado un giro tan inesperado que ni siquiera yo podía entenderlo del todo.

—No eres tú, Colin —dije suavemente, mirando al suelo—. Es solo que… las cosas son diferentes ahora.

—¿Diferentes cómo? —preguntó, su ceño se profundizaba.

Tomé una respiración profunda, preparándome para lo que tenía que decir. —Ya no somos niños, Colin. Somos adultos, y con eso vienen responsabilidades. Tú eres un marqués ahora, y yo… yo tengo decisiones que tomar sobre mi futuro.

Me miró, una mezcla de confusión y dolor en sus ojos. —Adelaide, lo sé. Pero eso no significa que tengamos que dejar de ser amigos.

Finalmente, encontré su mirada, mi corazón pesado con el conocimiento de que nuestra amistad nunca podría ser la misma. —Tal vez no —dije en voz baja—. Pero creo que significa que no podemos seguir fingiendo que las cosas no han cambiado.

—¿Fingiendo? —repitió, claramente sin entender.

Suspiré, sintiendo el peso de las palabras que necesitaba decir. —Colin, no podemos seguir jugando como solíamos hacerlo, pasando tiempo juntos como si aún fuéramos niños. Tienes un deber con tu título, y yo tengo un deber con mi familia de encontrar un buen partido. Es hora de que ambos empecemos a tomar eso en serio.

Colin me miró fijamente, como si me viera por primera vez. —¿Es eso de lo que se trata? ¿El matrimonio? ¿Me estás alejando porque crees que somos demasiado mayores para ser amigos?

Asentí, aunque las palabras se sentían vacías en mi pecho. —Sí. Es hora de que crezcamos, Colin. No podemos seguir aferrándonos al pasado.

Su expresión se oscureció, un destello de frustración cruzó por sus rasgos. —¿De verdad es así como te sientes? ¿Que nuestra amistad es simplemente… infantil?

Aparté la mirada, incapaz de soportar el dolor en sus ojos. —Creo que es hora de que nos concentremos en lo que es importante.

Permaneció en silencio durante un largo momento, la tensión entre nosotros era espesa y sofocante. Finalmente, habló, su voz apretada con emoción. —Si eso es lo que quieres, Adelaide, no me interpondré en tu camino. Pero te diré esto: nunca he pensado que nuestra amistad fuera infantil. Siempre significó algo para mí. Espero que también haya significado algo para ti.

El dolor en su voz me atravesó como un cuchillo, pero me obligué a mantenerme firme. —Lo hizo, Colin. Lo hace. Pero las cosas son diferentes ahora, y necesitamos aceptarlo.

Asintió lentamente, aunque pude ver el dolor persistente en sus ojos. —Muy bien. Si así tiene que ser…

Sin decir una palabra más, se dio la vuelta y se alejó, dejándome sola en el jardín, la distancia entre nosotros mayor que nunca.

Esa noche, Anne me encontró en mi habitación, sentada junto a la ventana y mirando el cielo que se oscurecía. Había notado el cambio en mi estado de ánimo, la tensión que había surgido entre Colin y yo, y claramente estaba preocupada.

—Adelaide —comenzó, su voz era suave mientras se sentaba a mi lado—. ¿Qué está pasando entre tú y Colin? Siempre han sido tan cercanos, pero últimamente… parece que hay algo mal entre ustedes.

Suspiré, mis hombros se hundieron mientras me recostaba en la silla. —No es nada, Anne. Simplemente… nos estamos distanciando, eso es todo.

—¿Distanciando? —repitió, con el ceño fruncido por la confusión—. Pero ¿por qué? Han sido inseparables durante años.

Dudé, sin saber cuánto decir. —Tenemos 21 años ahora, Anne. No podemos seguir teniendo amistades infantiles para siempre. Es hora de centrarnos en lo que es importante: encontrar un esposo, asegurar nuestro futuro.

Anne me miró, su confusión se profundizaba. —Pero nunca has estado interesada en el matrimonio antes. Siempre has dicho que querías tomarte tu tiempo, encontrar a alguien que realmente te importe. ¿Por qué el cambio repentino?

Negué con la cabeza, sin querer profundizar en las emociones complicadas que se

arremolinaban dentro de mí. —Las cosas cambian, Anne. La gente cambia.

Me estudió por un momento, como tratando de descifrar el significado oculto detrás de mis palabras. Pero cuando volvió a hablar, su tono era suave, comprensivo. —Si necesitas hablar, Adelaide, estoy aquí. No tienes que pasar por esto sola.

—Gracias, Anne —murmuré, agradecida por su apoyo pero reacia a cargarla con el tumulto que estaba enfrentando—. Estaré bien. Solo… necesito un tiempo para resolver las cosas.

Asintió, extendiendo la mano para apretar la mía. —Tómate todo el tiempo que necesites. Solo recuerda, no tienes que hacerlo sola.

Con eso, salió de la habitación, dejándome sola con mis pensamientos una vez más. El peso de mis decisiones presionaba sobre mí, la tensión de mi amistad con Colin se sumaba a la carga ya abrumadora que llevaba.

Mientras me sentaba junto a la ventana, viendo aparecer las estrellas en el cielo nocturno, no podía evitar preguntarme si había tomado la decisión correcta. ¿Había alejado a Colin por miedo, por un deseo de protegerme del dolor de un amor no correspondido? ¿O simplemente estaba tratando de distanciarme de una amistad que ya no encajaba con la persona en la que me estaba convirtiendo?

12

Una Mancha en la Página

La finca de Lightwood Hall se alzaba imponente en la cima de una colina, con sus muros de piedra tan desgastados y duraderos como el legado que representaba. La mansión era un vasto edificio de riqueza y poder, cada centímetro impregnado de siglos de historia. Las piedras grises que componían el exterior soportaban el peso de incontables generaciones, cada una de las cuales había añadido a la grandeza del lugar. La hiedra se aferraba a los muros, como si buscara mantener dentro de sí el poder que estos contenían. Los jardines se extendían en patrones meticulosamente diseñados, un testimonio del cuidado y la precisión que gobernaban cada aspecto de la vida en Lightwood Hall. Los setos estaban recortados a la perfección, y las flores en pleno esplendor formaban un estallido de color contra los tonos apagados de la mansión.

Dentro, los pasillos estaban llenos de una elegancia fría. Los suelos de mármol pulido reflejaban la luz de los candelabros de cristal que colgaban de techos pintados con escenas de mitos y leyendas. Ricos tapices que representaban batallas ganadas hace tiempo adornaban las paredes, y cada habitación estaba amueblada con los materiales más finos: seda, terciopelo, caoba y pan de oro. Era un lugar de gusto impecable, donde cada objeto tenía su lugar y nada estaba fuera de orden.

Pero a pesar de su magnificencia, la mansión tenía un aire innegable de soledad, una grandiosidad hueca que resonaba con los pasos del pasado. Había sido así desde el accidente de carruaje que había acabado con la vida de mis padres, dejándome como el único heredero de un legado que nunca había pedido.

Esta tarde, sin embargo, mis pensamientos no estaban en la grandeza de mi entorno, sino en un asunto mucho más exasperante. Me sentaba en mi escritorio, mirando con frustración la tinta que se había derramado sobre la página. La pluma en mi mano temblaba ligeramente, y maldije en voz baja al darme cuenta de que otra carta había sido arruinada por mi mano inestable.

—Maldita sea —murmuré, dejando la pluma a un lado y recostándome en mi silla. El pergamino, que antes era inmaculado, ahora estaba manchado por una mancha negra que se extendía como una corrupción, un espejo de mis propios pensamientos turbulentos.

Adelaide Blair. El nombre que había consumido mis pensamientos desde aquella fatídica noche, el nombre que me había llevado a dar un paso que nunca imaginé dar: proponer matrimonio. Nunca había sido de los que entretenían nociones de amor o pasión, pero con ella, todo había cambiado.

Todo había comenzado con una sola noche, una noche que debería haber sido olvidada en la bruma del vino y la imprudencia. Pero Adelaide era diferente. Su beso, su toque, sus palabras susurradas, se habían clavado profundamente en mi mente, negándose a soltarse. Ella me había arrebatado algo esa noche, algo que nunca había dado a nadie. Y luego, sin decir una palabra, había desaparecido, como si todo el encuentro no hubiera significado nada para ella.

Pero para mí sí significó algo. Maldita sea, significó todo. No podía borrarla de mi mente, por más que lo intentara. Su recuerdo me atormentaba, su ausencia me carcomía como una herida que se negaba a sanar. Y así, tomé la decisión de buscarla, de hacerla mía de la única manera que sabía: proponiéndole matrimonio.

Pero habían pasado días desde que envié la carta, y no había habido respuesta. El silencio era insoportable, un recordatorio constante de la incertidumbre que ahora me acosaba.

Con un gruñido de irritación, alcé la mano hacia la campana en mi escritorio y la hice sonar con fuerza. Momentos después, Alfred, mi siempre fiel mayordomo, apareció en la puerta, con su expresión tranquila y serena, como siempre. Era un hombre de pocas palabras, pero me entendía mejor que la mayoría, habiendo servido a mi familia desde que era un niño.

—Mi señor —inquirió Alfred, con voz firme y respetuosa.

—Alfred —comencé, intentando mantener la frustración fuera de mi voz—. ¿Ha habido alguna noticia de la Señora Blair? ¿Alguna respuesta a mi carta?

Alfred inclinó ligeramente la cabeza, sin cambiar su expresión. —Lamento informarle, mi señor, que no se ha recibido ninguna respuesta. Sin embargo, es posible que la respuesta esté en camino y simplemente aún no haya llegado a la mansión.

Fruncí el ceño, tamborileando con impaciencia los dedos en el borde del escritorio. —Han pasado días, Alfred. El silencio es… inquietante.

—De hecho, mi señor —coincidió Alfred, aunque su tono seguía siendo neutral—. Quizás la Señora Blair simplemente se esté tomando su tiempo para considerar un asunto tan importante.

—O tal vez lo está evitando por completo —murmuré con amargura, aunque la sola idea era un insulto a mi orgullo. La idea de que Adelaide pudiera simplemente ignorar lo que había sucedido entre nosotros, que pudiera actuar como si esa noche nunca hubiera ocurrido, era exasperante. Nunca había sido un hombre que se dejara llevar por las emociones, pero con ella, todo era diferente.

Maldita sea por haberse metido bajo mi piel.

Apreté los puños, el recuerdo de su cálido cuerpo presionado contra el mío, la forma en que sus labios se movían con tanta urgencia sobre los míos, pasó fugazmente por mi mente. No estaba preparado para la intensidad de todo aquello, para la forma en que ella me había consumido tan completamente en tan poco tiempo. Y luego había desaparecido, dejándome solo en esa cama, con su fragancia aún flotando en el aire, su presencia un fantasma que me atormentaba mucho después de que se había ido.

Alfred, siempre perceptivo, pareció percibir mi incomodidad. —Si me lo permite, mi señor —se aventuró—, la Señora Blair es conocida por ser reflexiva. Es probable que esté sopesando la gravedad de su propuesta.

—Reflexiva —repetí, con una sonrisa irónica que se dibujó en la comisura de mis labios—. Una forma educada de decir que está indecisa, supongo.

La expresión de Alfred permaneció impasible. —La Señora Blair es una joven inteligente. Considerará todos los aspectos antes de tomar su decisión.

Asentí, aunque mi mente seguía inquieta. Las palabras de Alfred eran sensatas, pero hacían

poco para calmar la frustración que bullía bajo la superficie. Yo era un hombre que lidiaba con certezas, con control, y la incertidumbre que rodeaba la respuesta de Adelaide era una espina en mi costado.

—Muy bien —dije finalmente, desestimando el asunto con un gesto de la mano—. Infórmame en cuanto llegue alguna correspondencia.

—Por supuesto, mi señor —respondió Alfred con una reverencia, antes de retirarse de la habitación, dejándome solo con mis pensamientos una vez más.

Miré la carta arruinada en mi escritorio, la tinta se secaba lentamente, convirtiéndose en una mancha permanente en la página. Era algo pequeño, un inconveniente menor, pero se sentía como un presagio de algo más grande, algo que no lograba identificar del todo.

Adelaide Blair. El nombre resonaba en mi mente, acompañado por el recuerdo de aquella noche: la forma en que me había mirado con esos ojos color avellana, la forma en que su risa había llenado la habitación, la forma en que su toque había encendido mi sangre. Ella era todo lo que yo no era: cálida, abierta, llena de vida, y tal vez por eso no podía olvidarla.

Pero era más que eso. Ella me había arrebatado algo, algo que nunca había dado a nadie, y lo había hecho sin pensarlo dos veces, dejándome lidiar con las consecuencias por mi cuenta. Y yo, el hombre que siempre se había enorgullecido de tener el control, había quedado en un estado de caos desde entonces.

No era solo que me hubiera arrebatado mi virginidad. Era la forma en que lo había hecho: la forma en que me había reclamado tan completamente, tan sin esfuerzo, como si fuera lo más natural del mundo. Y luego se había marchado, dejándome solo con el recuerdo de su toque, su beso, sus palabras susurradas.

Apreté los puños, la frustración y la ira que había tratado de suprimir burbujeaban en la superficie. Nunca había sido de los que pierden la compostura, pero con Adelaide, todo era diferente. La deseaba, la necesitaba, de una manera que no lograba explicar. Y la idea de que ella pudiera no sentir lo mismo, que pudiera estar contenta con olvidar que aquella noche ocurrió, era insoportable.

Pero ella recordaría. Tenía que hacerlo. Y si pensaba que podía simplemente borrarme de su mente, estaba muy equivocada.

Sacudí la cabeza, obligándome a concentrarme en las tareas pendientes. No tenía sentido seguir pensando en lo que podría ser. Había hecho mi propuesta, y ahora la decisión estaba en manos de Adelaide.

Pero no esperaría para siempre. Tarde o temprano, tendría que enfrentarse a mí. Y cuando lo hiciera, vería que yo no era un hombre para olvidar.

13

Un Real Decreto

Siempre me había considerado un hombre de gran paciencia: mesurado, controlado, imperturbable ante los caprichos de quienes me rodeaban. Pero esta mañana, mientras miraba la bandeja de plata vacía donde debería haber estado la respuesta de la Señora Adelaide Blair, me di cuenta de que la paciencia era una virtud que estaba perdiendo rápidamente.

—¡Alfred! —llamé, mi voz más cortante de lo que pretendía. La irritación que había estado burbujeando bajo la superficie desde que envié la carta finalmente había estallado. Momentos después, Alfred apareció en la puerta, con su expresión tan tranquila y compuesta como siempre.

—¿Sí, mi señor? —inquirió, su tono educado, como si no me hubiera visto fulminar con la mirada la inocente bandeja.

—¿Aún nada? —pregunté, aunque la respuesta era evidente. La maldita bandeja estaba vacía, y había estado así durante días. El silencio de la Señora Blair se volvía insoportable—. ¿Ninguna palabra de la Señora Blair?

Los ojos de Alfred se dirigieron brevemente hacia la bandeja, y podría haber jurado que vi un destello de diversión cruzar su rostro, habitualmente impasible. —Me temo que no, mi señor.

Apreté la mandíbula, obligándome a mantener la calma. —¿Qué podría estar demorándola tanto? Han pasado días, Alfred. Días.

Alfred, siempre el maestro del eufemismo, asintió con gravedad. —De hecho, mi señor. Es bastante curioso.

—¿Curioso? —repetí, con la frustración en aumento—. Es francamente enloquecedor. ¿Se le ha olvidado cómo escribir? ¿Me está ignorando deliberadamente?

Alfred permaneció imperturbable. —Es posible, mi señor, que la Señora Blair simplemente esté considerando su propuesta con mucho cuidado.

Fruncí el ceño, las palabras no lograban calmar mi irritación. —O tal vez simplemente está arrojando mi carta al fuego y riéndose de ella con sus amigas.

Alfred levantó una ceja, con una leve sonrisa asomando en las comisuras de sus labios. —Esa también es una posibilidad, mi señor.

—No ayudas, Alfred —murmuré, pasándome una mano por el cabello con frustración. La idea de Adelaide riéndose de mi propuesta, desestimándola como una especie de broma, hacía que mi sangre hirviera. Y, sin embargo, la idea de que pudiera estar genuinamente indecisa—quizás incluso rechazándome—era peor.

Alfred, percibiendo mi estado de ánimo cada vez más oscuro, ofreció una sugerencia con un aire de indiferencia casual que solo él podía lograr. —Quizás, mi señor, ella esté preparando una respuesta muy larga y detallada. Una que requiere reflexión y consideración cuidadosas.

Fruncí el ceño. —O tal vez simplemente esté intentando evitar lo inevitable.

—¿Lo inevitable, mi señor? —El tono de Alfred era impecablemente educado, pero pude ver el brillo en sus ojos.

—Sí, Alfred. Lo inevitable. Su aceptación de mi propuesta —dije, aunque la confianza en mis palabras se sentía cada vez más hueca con cada día que pasaba.

Alfred, bendito sea, decidió continuar con sus teorías. —Por supuesto, mi señor. Pero en el caso de que ella esté, digamos, menos inclinada a aceptar…

Le lancé una mirada de advertencia. —Quieres decir si planea rechazarme.

—Dios no lo quiera, mi señor —dijo Alfred con suavidad—. Pero si, hipotéticamente, tal resultado ocurriera, sería prudente considerar medidas alternativas.

—¿Medidas alternativas? —repetí, intrigado a pesar de mi irritación—. ¿Cómo cuáles?

—Bueno —comenzó Alfred, su tono sugiriendo que estaba a punto de decir algo completamente ridículo—, siempre está la opción de solicitar un decreto real.

Parpadeé, sorprendido por la sugerencia. —¿Un decreto real? ¿Te refieres a… obligarla a responder?

Alfred inclinó ligeramente la cabeza, su expresión perfectamente compuesta. —O, mejor aún, mi señor, podría solicitar un decreto real para el matrimonio. Después de todo, si una simple carta está siendo ignorada, seguramente un decreto llamaría la atención que merece.

Lo miré fijamente, medio convencido de que había perdido la cabeza. —¿Un decreto real para casarse? Eso es positivamente medieval, Alfred.

—De hecho, mi señor —concordó Alfred, con un destello de diversión en sus ojos—. Pero efectivo, sin embargo. Una tradición consagrada, podría decirse. La corona tiene el poder de otorgar tales órdenes, y ciertamente podría eliminar la tediosa espera por una respuesta.

Por un momento, me quedé sin palabras, la absurdidad de la idea chocando con el innegable atractivo de forzar la mano de Adelaide. Pero luego, lentamente, una sonrisa comenzó a formarse en las comisuras de mis labios. —¿Sugieres que evite todo el proceso de cortejo y simplemente… exija su mano?

La respuesta de Alfred fue nada menos que digna. —Ciertamente ahorraría tiempo, mi señor.

La mera idea era tan absurda que no pude evitar reír, el sonido resonando en la vasta extensión de mi estudio. —Un decreto real para casarme con la Señora Blair. Es un poco extremo, ¿no crees?

—Tiempos desesperados, mi señor —respondió Alfred, con un toque de humor seco—. Y me atrevería a decir que sería interesante ver la reacción de la Señora Blair.

—Oh, sería interesante, sin duda —murmuré, la idea comenzando a echar raíces en mi mente a pesar de su absurdidad. La idea de la reacción de Adelaide—su aguda inteligencia, su espíritu ardiente—era suficiente para hacerme detenerme. ¿Estaría furiosa? ¿Divertida? ¿Encontraría todo tan ridículo como yo?

¿O finalmente me tomaría en serio?

—Hm —murmuré, recostándome en mi silla y cruzando los brazos sobre mi pecho—. Casarse por decreto real… anticuado, sí. Pero podría ser una opción intrigante.

La expresión de Alfred permaneció perfectamente compuesta, aunque pude ver el más leve atisbo de satisfacción en sus ojos. —Como usted diga, mi señor.

Golpeé los dedos en el brazo de la silla, considerando la posibilidad. Era, por supuesto, una idea ridícula—risible, incluso. Y, sin embargo, había algo innegablemente atractivo en la idea de cortar el sinsentido, la espera, y simplemente tomar lo que quería. Después de todo, nunca había sido un hombre que disfrutara siendo mantenido en suspense.

—¿Qué piensas, Alfred? —pregunté, con un destello de travesura en mis ojos—. ¿Deberíamos redactar los papeles?

Alfred, siempre profesional, respondió con la máxima seriedad. —Si lo desea, mi señor, me encargaré de ello de inmediato.

Me reí de nuevo, la tensión que me había atrapado durante días finalmente comenzaba a disiparse. —No, Alfred. Aún no. Demos a la Señora Blair un poco más de tiempo para entrar en razón.

—Como desee, mi señor —respondió Alfred, con una ligera sonrisa en sus labios.

Pero cuando salió de la habitación, me encontré aún jugueteando con la idea, mi mente volviendo al pensamiento de la reacción de Adelaide. Ella no era una debutante timorata, eso era seguro. Sin duda tendría algo que decir sobre ser ordenada a casarse por decreto real.

Y cuanto más pensaba en ello, más me daba cuenta de que tenía una genuina curiosidad por ver lo que haría.

—Bueno, Señora Blair —murmuré para mí mismo, con una sonrisa asomando en mis labios —. Veamos cuánto tiempo más puedes hacerme esperar.

14

Una Proposición Peligrosa

El día comenzó como cualquier otro: calmado, predecible y completamente ordinario. La luz matutina bañaba Mansión Windermere, con los jardines rebosantes de vida mientras las flores de verano alcanzaban su apogeo. Traté de perderme en un libro, de encontrar consuelo en lo familiar, pero mis pensamientos seguían derivando hacia la carta que había llegado hacía días, una carta que no tenía intención de responder. La propuesta del Duque de Lightwood se sentía como una trampa en la que me negaba a caer.

La idea de casarme con un hombre como Bastian Lightwood, con su carácter helado y su reputación de ser despiadado, era intolerable. No quería tener nada que ver con él, y esperaba que mi silencio fuera suficiente para transmitir ese mensaje.

Pero el destino, al parecer, tenía otros planes.

Mi paz se rompió cuando una sirvienta entró apresurada en el salón, con los ojos muy abiertos por el pánico. —¡Señora Adelaide! ¡El Duque de Lightwood está aquí! ¡Acaba de llegar, sin previo aviso!

Me congelé, el libro resbaló de mis manos y cayó al suelo con un ruido sordo. —El Duque… ¿aquí? —Mi voz sonaba distante, como si perteneciera a otra persona.

—¡Sí, Señora! —respondió la sirvienta, retorciéndose las manos nerviosamente—. ¡El personal está en un alboroto, sus padres están en el vestíbulo preparándose para recibirlo!

La noticia me golpeó como un golpe físico. Bastian estaba aquí. En Mansión Windermere. Y sin ningún aviso.

Mi corazón se aceleró mientras me dirigía al vestíbulo, el sonido de mis pasos en el suelo pulido parecía inusitadamente fuerte. Podía oír el murmullo bajo de las voces: el cálido saludo de mi madre, el tono más formal de mi padre. Y luego, al girar la esquina, lo vi.

Bastian Lightwood, el Duque de Lightwood, estaba en el centro del vestíbulo, dominando el espacio con una presencia intimidante. Estaba vestido de manera impecable, con ropas oscuras hechas a medida. Su cabello negro estaba tan perfectamente peinado como su comportamiento, y sus ojos penetrantes recorrían la habitación con una mirada que podría cortar acero. Había algo casi depredador en él, como si fuera un león inspeccionando su dominio.

Me obligué a dar un paso adelante, mi pulso se aceleraba. Los ojos de mi madre brillaron al verme, su expresión mostraba una emoción apenas contenida. —¡Ah, Adelaide, ahí estás! ¡El Duque de Lightwood nos ha honrado con una visita inesperada!

—Sí, veo eso —respondí, luchando por mantener mi voz firme mientras hacía una reverencia —. Su Excelencia.

Los ojos de Bastian se encontraron con los míos, y por un momento, el mundo pareció reducirse a solo nosotros dos. Su mirada era intensa, como si pudiera ver a través de mí, más allá de la fachada educada que estaba tratando tan arduamente de mantener.

—Señora Blair —dijo, su voz suave pero con un filo—. Un placer verla de nuevo.

Las palabras eran lo suficientemente corteses, pero había una tensión no expresada detrás de ellas, un peso que hacía que el aire entre nosotros fuera espeso y cargado. Mis padres estaban ajenos a estas corrientes subterráneas, pero yo las sentía, afiladas e implacables.

—¿No nos acompañará a tomar el té, Su Excelencia? —ofreció mi madre, su voz rebosante de entusiasmo—. Es un verdadero placer tenerlo aquí.

La mirada de Bastian no se apartó de la mía. —Sería un honor, Señora Windermere — respondió, aunque pude notar que su atención estaba completamente centrada en mí.

Forcé una sonrisa, aunque mi estómago se revolvía con inquietud. —Tal vez deberíamos hablar en privado, Su Excelencia —sugerí, manteniendo mi tono mesurado—. Estoy segura de que tiene asuntos que tratar que sería mejor manejar lejos de oídos curiosos.

Mi padre levantó una ceja, pero antes de que pudiera objetar, Bastian asintió. —Una sugerencia sabia, Señora Blair.

Mis padres intercambiaron una mirada, pero sabían que no era prudente contradecir a un duque. Con una inclinación de cabeza, mi madre condujo el camino hacia el salón, donde el personal había preparado apresuradamente el té. Una vez que nos sentamos, mis padres comenzaron con las cortesías habituales, entablando conversación con Bastian sobre la propiedad, el clima y todos los temas mundanos que la sociedad consideraba apropiados para una ocasión como esta.

Pero apenas podía concentrarme en sus palabras. Podía sentir los ojos de Bastian sobre mí, observándome, esperando. La tensión entre nosotros era palpable, un hilo invisible que se tensaba con cada momento que pasaba. Mi corazón latía con fuerza, el recuerdo de aquella noche surgía contra mi voluntad.

Finalmente, después de lo que pareció una eternidad, mi madre se levantó, con una sonrisa comprensiva en los labios. —Si nos disculpa, Su Excelencia, estoy segura de que usted y Adelaide agradecerían un momento para hablar en privado.

Quise protestar, suplicar que se quedara, pero las palabras se atoraron en mi garganta. Bastian simplemente inclinó la cabeza. —Por supuesto, Señora Windermere.

Cuando mis padres salieron de la habitación, la puerta se cerró suavemente detrás de ellos, el silencio que siguió fue asfixiante. Bastian permaneció sentado, su mirada fija en mí con una intensidad que dificultaba respirar.

—Señora Blair —comenzó, su voz baja y controlada—. Creo que hay un asunto que debemos abordar.

Crucé mis manos en mi regazo, obligándome a sostener su mirada. —De hecho, Su Excelencia. Aunque debo admitir que no sé a qué se refiere.

Sus labios se curvaron en una sonrisa leve y carente de humor. —Sabes exactamente a qué me refiero, Adelaide.

El sonido de mi nombre en sus labios me hizo estremecer, pero me negué a mostrar cualquier signo de debilidad. —Le aseguro, Su Excelencia, que no lo sé.

Los ojos de Bastian se entrecerraron ligeramente, un destello de frustración cruzó su rostro.

—Has estado evitándome.

Levanté una ceja, fingiendo inocencia. —¿Evitándolo? Su Excelencia, apenas hemos tenido interacción alguna.

Su mirada se oscureció, la máscara de cortesía se deslizó por un momento. —No juegues a ser ingenua conmigo, Adelaide. Sabes muy bien que he estado esperando una respuesta a mi carta.

Ah, así que de eso se trataba. La carta. La propuesta. Resistiendo la urgencia de rodar los ojos, respondí. —Recibí su carta, sí. Y como no he respondido, creo que eso debería dejar clara mi respuesta.

—Y sin embargo —dijo, su voz suavizándose hasta convertirse en un susurro peligroso—, ignorar el asunto no lo resuelve.

Me puse rígida, y mi corazón dio un vuelco. Había algo en su tono, algo que insinuaba un conocimiento que deseaba desesperadamente que no tuviera.

—No veo qué hay que resolver, Su Excelencia. Apenas hemos hablado el uno con el otro. Una propuesta de matrimonio entre nosotros no tiene sentido.

Por un momento, Bastian no dijo nada. Luego, lentamente, deliberadamente, metió la mano en el bolsillo de su abrigo y sacó algo pequeño, algo que brillaba a la luz. Mi respiración se detuvo cuando reconocí lo que era.

Mi collar.

El mismo collar que había llevado esa noche. La noche que había intentado con todas mis fuerzas olvidar, la noche que me había perseguido desde entonces.

—¿Cómo…? —empecé, mi voz vaciló al ver cómo aquello traía de vuelta una oleada de recuerdos—. Entonces, ese hombre era… ¿tú?

Los ojos de Bastian se entrecerraron, la confusión cruzó su rostro antes de endurecerse en algo más amenazante.

—Deja de jugar, Adelaide. Sabes perfectamente lo que sucedió esa noche.

Negué con la cabeza, sintiendo el peso de la situación caer sobre mí.

—Te juro que no lo sabía. Yo… yo no recuerdo todo lo que pasó esa noche, y no tenía idea de que eras tú.

Su expresión se oscureció aún más, la intensidad de su mirada era casi abrumadora.

—¿No lo recuerdas? —repitió, su voz baja y peligrosa—. Qué conveniente. Pero no recordar no significa que no haya sucedido.

La habitación pareció inclinarse ligeramente, el aire estaba cargado de tensión.

—Te estoy diciendo la verdad, Su Excelencia. No sabía que eras tú. Nunca quise…

—Su vestido está mojado, Señora —dijo un hombre, con los ojos llenos de preocupación al ver la tela empapada pegada a mi cuerpo—. Haré que la criada se lo cambie.

Cuando el hombre estaba a punto de marcharse, tiré de él y le hice sentarse en la cama. Me acerqué y le besé. —Sus labios también están húmedos, mi señor. ¿Puedo besarlos de nuevo?

—Tú lo has querido —dijo, mientras me tiraba de la barbilla con la mano y aplastaba mis labios con una pasión que la dejó sin aliento.

Le devolví el beso, nuestras respiraciones chocando en una embriagadora mezcla de deseo y necesidad. El corazón me latía con fuerza al tocar su pecho duro y firme.

Nuestro beso se rompió y él me dejó caer sobre la cama, con los ojos oscuros de deseo. Me apretó los pechos, sus dedos me pellizcaron suavemente los pezones antes de agachar la cabeza y llevarse uno a la boca, mordiéndolo con suavidad.

Gemí y mi espalda se arqueó sobre la cama mientras él seguía acariciándome los pezones y su lengua trazaba perezosos círculos alrededor de mis areolas.

—Te gusta, ¿verdad? —murmuró con voz ronca de deseo.

—Sí —jadeé, bajando las manos para desabrocharle los pantalones—. Te quiero dentro de mí.

Se rió, su aliento caliente contra mi piel. —Paciencia, Señora. Tenemos todo el tiempo del mundo.

—Pero te quería ahora mismo, mi señor. Y…

Entonces….

Sacudí la cabeza varias veces mientras los recuerdos destellaban en mi mente.

—Esto es imposible, nosotros nunca…

—Basta —me interrumpió, su voz era afilada, llena de una ira apenas contenida—. Que lo hayas hecho o no con intención es irrelevante. Lo que importa es que sucedió. Y vas a asumir la responsabilidad.

—¿Responsabilidad? —repetí, con la voz temblorosa por una mezcla de miedo e ira—. ¿De qué? Apenas hemos hablado, y ahora me exiges que me case contigo por una noche que ni siquiera puedo recordar.

Bastian se inclinó hacia adelante, sus ojos se fijaron en los míos con una ferocidad que hacía imposible apartar la mirada.

—Esa noche, Adelaide, me quitaste algo que nunca podré recuperar. Mi virginidad.

Lo miré, completamente atónita por la revelación.

—¿Tu… virginidad? —La palabra se sentía extraña en mi boca, sus implicaciones me golpearon como una ola—. Pero… ¿cómo… por qué…?

Los labios de Bastian se curvaron en una sonrisa sombría, aunque no había humor en ella.

—Puede que no lo supieras, pero eso no cambia lo que ocurrió. Y no cambia el hecho de que me niego a dejar que salgas de esto sin consecuencias.

Apenas podía procesar lo que estaba escuchando. El Duque de Lightwood, el hombre que se había convertido en un símbolo de poder frío y despiadado, estaba frente a mí, exigiendo que asumiera la responsabilidad de algo que parecía un sueño—una pesadilla—que apenas podía recordar.

—¿Qué quieres de mí? —pregunté, con la voz apenas por encima de un susurro.

La mirada de Bastian permaneció implacable, su voz era un murmullo bajo y peligroso.

—Quiero que te cases conmigo, Adelaide. Tú y yo sabemos que estamos unidos por algo más que una sola noche. Esto no se trata de amor, se trata de responsabilidad. De hacer lo correcto.

—¿Lo correcto? —me burlé, mi ira resurgiendo a pesar del miedo que me atenazaba—. No hay nada correcto en esto, Bastian. Estás usando esa noche para forzar mi mano, para atraparme en un matrimonio que no quiero.

Él sostuvo mi mirada con firmeza, su tono era inflexible.

—Tal vez. Pero tú y yo sabemos que huir de esto no cambiará lo que ocurrió. Puedes negarlo todo lo que quieras, pero la verdad saldrá a la luz eventualmente. Es mejor enfrentarlo ahora, en nuestros términos, que tenerlo expuesto de una manera que ninguno de los dos pueda controlar.

Apreté los puños, mi mente iba a mil por hora. La elección que me ofrecía no era una elección en absoluto: o aceptaba casarme con él, o expondría nuestro secreto al mundo, arrastrando mi nombre y el honor de mi familia por el suelo.

Y, sin embargo, por mucho que lo odiara en ese momento, no podía negar que tenía razón.

La verdad saldría a la luz eventualmente. Y cuando lo hiciera, destruiría todo lo que me importaba. Pero no podía dejar que me intimidara para tomar una decisión, no de esta manera. Necesitaba ganar tiempo, pensar con claridad y sopesar mis opciones.

Tragué saliva con fuerza, eligiendo mis palabras con cuidado.

—Consideraré tu propuesta, pero no puedo darte una respuesta ahora mismo. Es una decisión que cambiará mi vida, y necesito tiempo para pensar.

Sus ojos se entrecerraron ligeramente, como si estuviera tratando de evaluar si estaba ganando tiempo o si realmente estaba considerando su oferta.

—¿Cuánto tiempo necesitas?

—No lo sé —admití, mi voz se estabilizaba mientras continuaba—. Pero no puedo tomar esta decisión precipitadamente. Debes entender que el matrimonio no es algo a lo que pueda acceder por un simple capricho.

Por un momento, no dijo nada, su mirada estaba clavada en la mía como si buscara algún signo de engaño. Luego, para mi sorpresa, asintió.

—Muy bien. Tómate tu tiempo. Pero ten en cuenta esto: mi paciencia no es infinita.

Sentí un atisbo de alivio, aunque fue breve. Esperaba que él presionara más, que insistiera en una respuesta inmediata, pero su inesperada disposición a darme tiempo solo me hizo sentir más inquieta. Estaba planeando algo, podía sentirlo.

Justo cuando comenzaba a pensar que había ganado un respiro, la expresión de Bastian cambió, un destello calculador apareció en sus ojos.

—Por supuesto, hay algo que deberías considerar mientras tomas tu decisión.

Me tensé, mis instintos me advertían que lo que estaba a punto de decir no sería bueno.

—¿A qué te refieres?

Bastian dio un paso más cerca, su voz bajó hasta convertirse en un susurro conspirativo.

—¿Has considerado la posibilidad de que ya estés esperando un hijo mío?

Sus palabras fueron como una bofetada. Mi corazón dio un vuelco, y lo miré incrédula.

—¿Qué? No, eso es imposible.

Pero la sonrisa de Bastian solo se ensanchó, una sonrisa oscura y depredadora que me hizo estremecer.

—¿De verdad? ¿Estás tan segura?

Sacudí la cabeza, negándome a dejarme intimidar.

—Sí, estoy segura. No ha pasado tanto tiempo desde aquella noche. Sabía si algo estuviera mal.

La mirada de Bastian se mantuvo fija en mí, su sonrisa nunca se desvaneció.

—¿Lo sabrías? ¿O simplemente te estás diciendo eso porque es más fácil creerlo?

Un sudor frío me recorrió la nuca, pero me negué a dejar que viera cuánto me estaban afectando sus palabras.

—Estás mintiendo. No hay forma de que sepas algo así.

—¿Mintiendo? —repitió, con un tono burlón—. Adelaide, yo estuve allí esa noche también. Sé lo que pasó entre nosotros. Sé cuán… intenso fue. Y sé que puse mi semilla dentro de ti, una y otra vez.

Sus palabras enviaron un escalofrío de horror por mi espalda.

—Basta —susurré, mi voz temblaba a pesar de mis mejores esfuerzos—. Estás tratando de asustarme.

Dio otro paso hacia mí, su mirada no se apartó de la mía.

—¿En serio? ¿O simplemente estoy exponiendo los hechos? La verdad es, Adelaide, que no lo sabes. Y hasta que lo sepas, cada momento que pasa es un momento más cerca de la posible ruina.

Mi mente corría, la realidad de lo que estaba sugiriendo se asentaba como un peso de plomo en mi estómago. ¿Podría ser posible? ¿Podría estar… embarazada? La sola idea era aterradora, y sin embargo sabía que tenía razón: no podía estar segura. Al menos, no todavía.

—No puedes simplemente… inventar algo así —protesté débilmente, aunque la duda ya se estaba filtrando.

La sonrisa de Bastian se desvaneció, reemplazada por una expresión fría y calculadora.

—No estoy inventando nada. Y si eres sabia, considerarás esa posibilidad muy cuidadosamente antes de decidir cómo proceder.

Se quitó los pantalones y su polla salió disparada, dura y preparada. Extendí los dedos alrededor de su pene y lo acaricié suavemente.

—Eres tan grande —murmuré, con los ojos desorbitados de asombro.

—Y tú estás muy mojada —contestó él, deslizando los dedos en mi coño, entrando y saliendo con facilidad.

—Oh, Dios —gemí, mis caderas se agitaron para ir al encuentro de sus dedos—. Por favor, te necesito dentro de mí.

Se colocó entre mis piernas, con la polla rozando mi entrada. —¿Es esto lo que quieres?

—Sí, por favor —jadeé, bajando las manos para agarrarle las caderas y acercarlo más a mí.

Empujó dentro de mí, llenándome por completo, y grité clavándole las uñas en la piel.

—Joder, te sientes increíble —gimió, y sus caderas empezaron a moverse a un ritmo lento y constante.

—Más fuerte— le supliqué, rodeándole la cintura con las piernas para que me penetrara más.

Me obedeció, sus embestidas se volvieron más duras, más rápidas, su polla golpeando con cada golpe.

—Sí, sí, sí —canturreé, con el orgasmo creciendo en mi interior, tensando mis músculos, haciendo que se me trabara la respiración en la garganta.

—Ven conmigo, mi señora —gruñó, sus dedos encontraron mi clítoris y lo frotaron al ritmo de sus embestidas.

Grité y el orgasmo me invadió en oleadas de placer tan intenso que pensé que me desmayaría.

Siguió empujando, con su propio orgasmo creciendo hasta que no pudo contenerse más. Con una última y profunda embestida, se corrió, su polla palpitando dentro de mí mientras me llenaba con su semilla.

Nos desplomamos sobre la cama, con los cuerpos empapados en sudor y la respiración entrecortada.

—Ha sido increíble —murmuró, y sus labios se encontraron con los míos en un suave beso.

—Sí, lo ha sido —asentí, mientras mis dedos trazaban patrones ociosos en su pecho.

Cuando el recuerdo volvió, sentí una oleada de náuseas recorrerme, con las manos temblando a mis costados. Bastian tenía razón, había entrado en mí esa noche, una y otra vez. Pero la idea de llevar su hijo—de estar ligada a él de esa manera—era demasiado para soportar. Y, sin embargo, ¿qué elección tenía?

Lo miré, mi voz apenas era un susurro.

—Necesito tiempo para pensar.

—Tómate todo el tiempo que necesites —dijo Bastian, con una voz suave como la seda—. Pero recuerda, cuanto más esperes, mayor será el riesgo. Toma tu decisión con sabiduría, Adelaide. Tu futuro depende de ello.

Dicho esto, se dio la vuelta y salió de la habitación, dejándome allí, aturdida, con mis pensamientos en un torbellino caótico de miedo, confusión e incredulidad.

Pensé que aquella noche había quedado atrás, que era un terrible error que podía apartar de mi mente y seguir adelante. Pero Bastian había dejado claro que estaba lejos de terminar. Y ahora, me enfrentaba a una elección imposible: casarme con él y asegurar el honor de mi familia, o rechazarlo y arriesgarlo todo, incluyendo la posibilidad de que ya estuviera esperando su hijo.

15

La Duda

Después de que Bastian se marchara, sus palabras resonaron en mi mente como un estribillo inquietante. ¿Podría yo estar embarazada? La idea misma parecía absurda, y sin embargo… él había hablado con tanta certeza.

Mientras recorría de un lado a otro los confines de mi habitación, no podía sacudirme la inquietud que se había instalado en el fondo de mi estómago. Habían pasado más de dos semanas desde aquella noche, y aunque había intentado dejar todo el asunto en el olvido, la insinuación de Bastian había puesto todo patas arriba. Seguramente, sabría si algo estaba mal. Seguramente, habría señales.

Pero, ¿qué sabía yo sobre el embarazo, en realidad? Soy la menor de la familia, y mi hermana mayor, Anne, siempre había sido la que parecía tan conocedora de estos asuntos. Nunca vi a nuestra madre embarazada, y los bebés eran solo figuras distantes en las guarderías, llevados por las niñeras y visitados de vez en cuando. El embarazo era algo en lo que nunca había pensado demasiado.

Me encontré de pie frente al espejo, mirando mi reflejo como si pudiera ofrecerme algún tipo de respuesta. Mi mirada se deslizó hacia abajo, hacia mi abdomen. Era un abdomen perfectamente normal, me dije a mí misma. Y sin embargo…

Me froté la mano sobre el abdomen, sintiendo un atisbo de duda. ¿Era mi imaginación, o no estaba tan plano como antes? No, seguramente no era nada. Me había dado demasiados caprichos con las rebanadas de pastel durante el té, eso era todo. Un poco más de pastel nunca hizo daño a nadie, ¿verdad?

Pero los pensamientos insistentes no me dejaban en paz. No podía evitar notar que no había tenido mi período este mes. Normalmente, no prestaba mucha atención a esas cosas; mi ciclo nunca había sido particularmente regular, pero ahora, con las palabras de Bastian sobrevolando como una nube oscura, me encontraba obsesionada con ello.

Quizás solo estaba retrasado. Eso pasa a veces, ¿no? No significaba nada. Excepto… Bastian había estado tan seguro. Me había mirado a los ojos y prácticamente me había retado a negarlo. Me había dicho que su semilla había entrado en mí, y por mucho que quisiera descartarlo como una burda fanfarronería, no podía olvidar la forma en que lo había dicho.

El recuerdo de su voz, el tono oscuro y seguro con el que había hecho esa afirmación, hizo que una oleada de náuseas recorriera mi cuerpo. Era demasiado para pensar, demasiado para

soportar.

Sacudí la cabeza, intentando desterrar el pensamiento de mi mente. Estaba dándole demasiadas vueltas a esto. Tenía que ser eso. Pero el nudo en mi estómago se apretó, y me encontré moviéndome hacia el baño, mis pasos se aceleraron a medida que las náuseas aumentaban.

Antes de darme cuenta, estaba de rodillas frente al inodoro, vomitando todo lo que había comido ese día. Mi estómago se revolvía, mi cuerpo rechazaba la mera idea de lo que Bastian había insinuado. Era como si mi mente y mi cuerpo conspiraran contra mí, haciendo imposible ignorar la posibilidad.

Cuando finalmente cesaron los arcadas, me senté sobre mis talones, temblando y sin aliento. El sabor amargo de la bilis permanecía en mi boca, un amargo recordatorio de hasta dónde había llegado esta pesadilla.

Mientras permanecía allí, en el frío suelo de baldosas, la realidad de la situación comenzó a hundirse en mí, pieza por pieza. La voz de Bastian, tan tranquila y segura, se repetía en mi mente, y me di cuenta, con un sobresalto, de que no solo me había estado provocando. Realmente creía que podía estar embarazada.

Embarazada.

Volví a mirar mi abdomen, mi mano temblaba mientras la presionaba contra la ligera curva. Era ridículo, ¿verdad? No había nada allí, nada más que los restos de mi propia ansiedad y demasiado pastel. Y, sin embargo… ¿por qué no había llegado mi ciclo este mes? ¿Por qué me sentía tan nauseabunda de repente?

¿Por qué Bastian parecía tan seguro?

Una nueva ola de miedo me invadió, y luché por ponerme de pie, aferrándome al borde del lavabo para mantenerme en pie. Necesitaba aclarar mi mente, detener esta espiral de pánico antes de que me consumiera. Pero cuanto más intentaba calmarme, más se apoderaba de mí la duda, insidiosa e implacable.

Me eché agua fría en la cara, el aguijón helado me sacó momentáneamente de mis pensamientos. Respiré hondo, tratando de estabilizarme. Estaba reaccionando de forma exagerada. Tenía que ser eso. Estaba dejando que Bastian se metiera bajo mi piel, dejando que sus crueles palabras retorcieran mis pensamientos en algo oscuro y aterrador.

Pero incluso mientras intentaba convencerme, no podía sacudirme la creciente sensación de pavor. La verdad era que no lo sabía. No sabía lo que le estaba pasando a mi cuerpo, y esa incertidumbre me estaba carcomiendo.

Necesitaba hablar con alguien. Alguien que pudiera ayudarme a darle sentido a esto. Pero, ¿con quién? ¿Con mi madre? No, no podía cargarla con esto; estaría horrorizada, y no podría soportar ver la decepción en sus ojos. ¿Anne? Ella era mayor, más sabia y con más experiencia, pero ¿cómo podría contarle sobre esto? La idea de verla mirarme con lástima o, peor aún, con juicio, era insoportable.

No, no podía confiarme a mi familia. Pero tal vez… tal vez podría preguntarle a alguien más, alguien que no sospechara nada. Mis pensamientos se dirigieron a Betsy, nuestra criada. Betsy había estado con nuestra familia durante años, y era práctica, con los pies en la tierra, y tenía una forma de hacer que incluso las situaciones más graves parecieran manejables. Podría saber algo sobre el embarazo, y podría preguntarle sin revelar demasiado.

Decidida, me sequé la cara con una toalla y me arreglé el vestido. No podía permitirme que nadie más me viera en este estado. Con la mayor compostura posible, salí del baño y bajé las

escaleras para buscar a Betsy.

La mansión estaba tranquila, la casa se sumía en la calma de la tarde. Encontré a Betsy en la cocina, supervisando los preparativos para la cena. Al verme entrar, levantó la vista, con una cálida sonrisa en el rostro.

—Señorita Adelaide, ¿está todo bien? —preguntó con tono preocupado al ver mi rostro pálido.

Forcé una sonrisa, intentando mantener la voz firme.

—Oh, sí, Betsy. Solo tenía curiosidad por algo y pensé que tal vez podrías saber.

La expresión de Betsy se suavizó con preocupación, y dejó la cuchara que estaba usando para remover una olla.

—Por supuesto, señorita. ¿Qué le gustaría saber?

Dudé, tratando de encontrar la manera correcta de formular mi pregunta. No podía simplemente salir y preguntar si estaba embarazada; eso sería demasiado sospechoso. En cambio, opté por un enfoque más general.

—Me preguntaba… ¿cuáles son los signos del embarazo? Ya sabes, los primeros.

El ceño de Betsy se frunció ligeramente, pero no insistió en por qué estaba preguntando.

—Bueno, señorita, hay algunos signos. Faltar al ciclo mensual es uno de los primeros, junto con las náuseas, especialmente por las mañanas. Algunas mujeres notan cambios en sus cuerpos: sensibilidad en ciertas áreas, o un poco de hinchazón en el estómago. Pero es diferente para cada persona.

Asentí, mi mente trabajaba a toda velocidad mientras absorbía sus palabras. Todo lo que había mencionado… era todo lo que había estado experimentando. Pero no podía ser. Simplemente no podía.

—¿Es común que esos signos aparezcan de inmediato? —pregunté, tratando de mantener mi voz casual.

—Depende, señorita —respondió Betsy, con tono reflexivo—. Algunas mujeres notan cambios casi de inmediato, mientras que otras no se dan cuenta hasta mucho más tarde. Es diferente para cada una.

Sentí un nudo formarse en mi garganta, pero lo reprimí, asintiendo de nuevo.

—Entiendo. Gracias, Betsy. Solo… tenía curiosidad.

Betsy me sonrió cálidamente, aunque podía ver la curiosidad en sus ojos.

—Por supuesto, señorita. Si tiene alguna otra pregunta, ya sabe dónde encontrarme.

Le di las gracias y me excusé rápidamente, el peso de sus palabras presionaba sobre mí como una manta de plomo. Mientras regresaba a mi habitación, no podía sacudirme la creciente sensación de temor. Las señales estaban allí, tan claras como el día, y había intentado con todas mis fuerzas ignorarlas. Pero ya no podía seguir ignorándolas.

El reflejo en el espejo me saludó de nuevo cuando regresé, con mis pensamientos enredados. Presioné mi mano sobre mi abdomen una vez más, mirando la leve curva que no estaba segura de que hubiera estado allí antes. Era demasiado pronto para saber, demasiado pronto para estar segura de nada. Pero la duda había echado raíces, y sabía que solo crecería.

Y la voz de Bastian resonaba una vez más en mi mente, calmada, confiada e inquebrantable.

¿Podría tener razón?

16

Una Conversación Familiar

La noche era opresiva, la oscuridad de mi habitación reflejaba el tumulto en mi mente. El sueño me eludía mientras los pensamientos de las palabras de Bastian se retorcían y agitaban en mi cabeza, negándome el descanso. La posibilidad de un embarazo pendía sobre mí como una nube tormentosa, oscura y ominosa, amenazando con destrozar todo lo que alguna vez había conocido.

¿Qué haría si realmente estuviera embarazada? La pregunta me carcomía sin cesar, un enigma imposible de responder que me dejaba paralizada de miedo. La idea de decírselo a Bastian era impensable; no podía admitirle a él, de todas las personas, que sus crueles insinuaciones habían echado raíces en mi corazón. Pero si fuera cierto, si realmente estuviera llevando a su hijo… ¿qué entonces?

¿Me casaría con él, como él exigía tan fríamente? La idea me hacía estremecer, pero ¿podría rechazarlo realmente si eso significaba preservar el honor de mi familia? Y sin embargo, ¿cómo podría vivir conmigo misma, unida a un hombre que apenas conocía, un hombre que manejaba su poder como un arma? Un hombre que casi me había chantajeado para que me sometiera con la mera posibilidad de mi embarazo.

Y si lo rechazaba, si decidía mantener el embarazo en secreto… ¿era eso siquiera posible? El escándalo sería enorme, la vergüenza insoportable. ¿Cómo podría mi familia ocultar algo así? ¿Cómo podría yo, con un vientre creciente y un secreto demasiado grande para ocultar?

Cada camino que consideraba parecía llevar al desastre, cada elección peor que la anterior. Me revolvía en la cama, el peso de mis decisiones presionaba sobre mí como un grillete de hierro. ¿Qué se suponía que debía hacer?

Por la mañana, no estaba más cerca de una respuesta, mi agotamiento solo acentuaba la ansiedad que se había apoderado de mí. Apenas había tocado el desayuno que me habían servido, y cuando Anne sugirió un paseo por los jardines para despejar mi mente, solo pude asentir en señal de acuerdo, esperando que el aire fresco pudiera ofrecerme algo de claridad.

Pero mi respiro fue breve. Mientras regresábamos al interior, noté a mi madre y a mi padre en una conversación tranquila, sus expresiones serias. No pasó mucho tiempo antes de que mi madre se dirigiera a mí, sus ojos se iluminaron con una mezcla de emoción y determinación que me hizo estremecer.

—Adelaide, necesitamos hablar de algo importante —dijo, su tono indicaba que no era una solicitud.

Sabía lo que venía antes de que las palabras salieran de sus labios. La propuesta del duque. El solo pensamiento me provocó una nueva oleada de pánico, pero me obligué a mantener la calma, a seguir a mis padres al salón donde la familia se había reunido.

Anne estaba allí, su cálida sonrisa habitual reemplazada por una expresión de curiosidad y preocupación. Mi padre estaba de pie junto a la chimenea, su postura rígida, su expresión grave. El aire en la habitación estaba cargado de expectación, y sabía que no habría forma de escapar de esta conversación.

—Adelaide —comenzó mi padre, su voz firme pero serena—, la propuesta del duque de Lightwood es significativa. No es algo que podamos tomar a la ligera.

Asentí, incapaz de encontrar mi voz. Sabía lo que venía, la presión que se me impondría, pero no estaba preparada para el peso de ello, no después de la noche en vela que había soportado.

Los ojos de mi madre se suavizaron al mirarme, su tono era más gentil que el de mi padre.

—Querida, esta es una oportunidad increíble. El duque es un hombre poderoso, muy respetado, y este matrimonio aseguraría tu futuro de maneras que nunca podríamos haber imaginado.

—Madre, lo entiendo —dije, mi voz temblaba a pesar de mis mejores esfuerzos por mantener la compostura—. Pero… no sé si estoy lista para tomar una decisión así. Estamos hablando de mi vida.

Mi padre frunció el ceño, su expresión severa.

—Adelaide, eres una mujer adulta. Es hora de considerar tu futuro con seriedad. La propuesta del duque no es algo que puedas permitirte rechazar a la ligera. Te está ofreciendo estabilidad, seguridad y un lugar en una de las familias más prestigiosas del país.

Miré a Anne, esperando recibir algún apoyo, pero su rostro era inescrutable, sus ojos se movían entre nuestros padres y yo como si estuviera sopesando sus propios pensamientos. Finalmente, habló, su voz era mesurada.

—Adelaide, sé que esto debe ser difícil para ti. Pero padre tiene razón, es un matrimonio extraordinario. No se trata solo de ti; se trata de nuestra familia, de nuestra posición. Casarte con el duque nos traería un gran honor.

Sus palabras eran como piedras que se colocaban sobre mi pecho, cada una más pesada que la anterior. ¿Cómo podían entender lo que estaba sintiendo? ¿Cómo podían saber el miedo que me atenazaba, el terror de lo que podría estar ya creciendo dentro de mí?

Pero no podía decírselo. No podía admitir la posibilidad de que las crueles palabras de Bastian pudieran ser ciertas, que podría estar ya llevando a su hijo. ¿Cómo podría? La vergüenza sería insoportable, el escándalo impensable.

—Yo… solo necesito tiempo para pensar —balbuceé, con el corazón acelerado—. Por favor, necesito considerar esto con cuidado.

La expresión de mi madre se suavizó aún más, pero pude ver la determinación en sus ojos.

—Por supuesto, querida. Pero no tardes demasiado. El duque no esperará para siempre.

Mi padre asintió en señal de acuerdo.

—Esta no es una decisión para retrasar. Esperamos que lo consideres seriamente, Adelaide.

—Lo haré —prometí, aunque las palabras me sonaban vacías, insinceras. ¿Cómo podría tomar una decisión así con tanta incertidumbre sobre mí?

La conversación cambió de rumbo, pero apenas escuché el resto de lo que se dijo. Mis pensamientos estaban consumidos por las posibilidades que se cernían sobre mí, cada una más aterradora que la anterior. ¿Podría casarme con Bastian para salvar la reputación de mi familia, incluso si eso significaba sacrificar mi propia felicidad? ¿O podría encontrar una manera de ocultar la verdad, de mantener mis secretos enterrados y esperar que nunca salieran a la luz?

Pero en el fondo, sabía la respuesta. Si realmente estaba embarazada, no habría forma de ocultarlo. Bastian lo sabría, y el mundo lo sabría poco después. La vergüenza, el escándalo, destruirían todo lo que alguna vez había conocido.

Y sin embargo, la alternativa era igualmente insoportable. Casarme con un hombre como Bastian, un hombre que había forzado mi mano con sus crueles insinuaciones, era un destino que no podía aceptar.

Pero, ¿qué elección tenía?

La habitación comenzó a cerrarse a mi alrededor, las paredes me oprimían con el peso de las expectativas de mi familia, con la aplastante presión de la decisión que tenía que tomar. Podía sentir sus miradas sobre mí, esperando mi respuesta, esperando que hiciera lo que se esperaba.

Pero no podía. No todavía. No mientras la duda me mordiera el corazón, el miedo de que las palabras de Bastian fueran ciertas, de que ya estuviera llevando a su hijo.

—Necesito salir —dije de repente, las palabras escapando antes de que pudiera detenerlas—. Necesito… necesito aire.

Mi madre parecía sorprendida, pero asintió, su preocupación era evidente.

—Por supuesto, querida. Tómate tu tiempo. Estaremos aquí cuando estés lista para hablar.

No esperé más. Huir de la habitación era la única opción que sentía correcta, la atmósfera opresiva me asfixiaba mientras me dirigía hacia afuera. El aire fresco me golpeó como una ola, pero hizo poco por aclarar mi mente; el enredo de pensamientos y miedos solo crecía más caótico.

¿Qué iba a hacer? ¿Cómo podría tomar esta decisión cuando las consecuencias eran tan terribles? Cada camino parecía llevar al desastre, y me sentía atrapada, atrapada en una telaraña que yo misma había tejido.

El viento agitaba las hojas del jardín, pero apenas lo notaba. Mis manos temblaban mientras me cruzaba de brazos, el peso de mi futuro me oprimía como un tornillo de banco.

¿Podría realmente casarme con Bastian? ¿Podría enfrentarme a él cada día, sabiendo el miedo que había instilado en mí, la forma en que había usado mis propias dudas en mi contra?

¿Y si me negaba? ¿Podría vivir con las consecuencias de esa elección, con el escándalo que seguiría si mis peores temores se volvían realidad?

Las preguntas giraban sin cesar en mi mente, cada una más aterradora que la anterior. Pero no había respuestas, no había soluciones fáciles. Estaba sola, atrapada en una pesadilla de mi propia creación, sin escape a la vista.

No sabía cuánto tiempo estuve allí, perdida en mis pensamientos, pero finalmente, el sonido de pasos me devolvió a la realidad. Anne se acercaba, su expresión era de preocupación mientras extendía la mano para tocarme el brazo.

—Adelaide —dijo suavemente, su voz llena de inquietud—. ¿Estás bien?

La miré, mis ojos reflejaban el miedo y la incertidumbre que me habían invadido.

—Anne… ¿qué voy a hacer?

Ella dudó, frunciendo el ceño mientras buscaba las palabras correctas.

—Lo que decidas, Adelaide, tienes que hacer lo que es correcto para ti. Esta es tu vida, tu

futuro. Nadie más puede tomar esta decisión por ti.

Sus palabras eran amables, pero hicieron poco por calmar el tumulto en mi corazón. ¿Cómo podría saber lo que era correcto cuando cada opción parecía incorrecta?

Pero al mirar a los ojos de Anne, me di cuenta de que tenía razón. Esta era mi decisión, y solo mía. No podía dejar que las expectativas de mi familia, las amenazas de Bastian, o incluso mis propios miedos dictaran mi futuro.

Tenía que encontrar la fuerza para tomar esta decisión, cualquiera que fuera. Y tenía que hacerlo pronto.

—Necesito tiempo —susurré, más para mí que para Anne.

—Entonces tómalo —respondió Anne, su voz era suave pero firme—. Pero no dejes que nadie más decida por ti. Esta es tu vida, Adelaide. Asegúrate de que sea la que quieres vivir.

Asentí, el peso de sus palabras se asentaba sobre mí como una pesada manta. No sabía lo que iba a hacer, pero sabía que tenía que tomar esta decisión en mis propios términos, cualesquiera que fueran las consecuencias.

17

Una Interrupción Humorada

La tensión en casa se había vuelto insoportable, el peso de las expectativas de mi familia me oprimía como una manta sofocante. Necesitaba escapar, respirar, encontrar algo de normalidad en medio del caos que se había apoderado de mi vida. Así que, cuando Anne sugirió que asistiera a la feria local con algunos de mis pretendientes, acepté, esperando que la atmósfera alegre pudiera ofrecerme un respiro del incesante peso que me había consumido.

La feria era un estallido de colores y ruido, el aire estaba impregnado con los aromas de castañas asadas y dulces. Los niños corrían con las manos pegajosas, sus risas resonaban en medio de la bulliciosa multitud. Los puestos llenaban la plaza, ofreciendo de todo, desde juegos de azar hasta las cintas y baratijas más finas. Era la distracción perfecta, y por un breve momento, sentí una pequeña medida de paz.

Apenas había llegado cuando el señor Harold Davies, un pretendiente particularmente persistente con tendencia a esforzarse demasiado, se apresuró hacia mí, su rostro enrojecido por la emoción.

—¡Señorita Blair! Qué deleite verla aquí. ¿Me concede el honor de acompañarla?

Forcé una sonrisa, intentando apartar la ansiedad de mi mente.

—Por supuesto, señor Davies.

Él me ofreció su brazo, y lo tomé, permitiéndole guiarme por los bulliciosos terrenos de la feria. Mientras caminábamos, él parloteaba incesantemente sobre las últimas tendencias en moda, la calidad de la propiedad de su familia, y cualquier otra cosa que se le ocurriera. Sus intentos de impresionarme eran a la vez entrañables y agotadores, y me encontré luchando por seguirle el ritmo a su entusiasmo.

Pero a pesar de sus mejores esfuerzos, la salida resultó ser una divertida distracción. En un momento dado, el señor Davies insistió en probar suerte en un juego de lanzar anillos, solo para que los anillos rebotaran en las clavijas y cayeran en el barro. Él refunfuñó frustrado, y no pude evitar reírme de su mala fortuna, para su disgusto.

No mucho después, otro pretendiente, El Señor William, un joven bien intencionado pero torpe, intentó ganarme un oso de peluche en la galería de tiro. Falló cada uno de los blancos, y me encontré reprimiendo la risa mientras él se sonrojaba furiosamente, ofreciéndome como premio de consolación una flor marchita.

Todo era diversión inofensiva, y por un tiempo, logré olvidar las pesadas cargas que me pesaban en la mente. Incluso me permití disfrutar de una porción particularmente deliciosa de pastel, convenciéndome de que un pequeño capricho no haría daño. Después de todo, no todos los días tenía la oportunidad de escapar de las presiones de la vida y simplemente ser una joven en una feria, rodeada de admiradores y el entusiasmo de un coqueteo inofensivo.

A medida que avanzaba la tarde, nos encontramos en un puesto que vendía globos de colores brillantes. El señor Davies, siempre tan galante, insistió en comprarme un ramo de ellos, a pesar de mis protestas. Los acepté con una sonrisa amable, preguntándome en secreto cómo iba a manejar tantos globos.

Justo cuando comenzaba a disfrutar de verdad, un silencio cayó sobre la multitud, y sentí un escalofrío recorrerme la espalda. Los pelos en la nuca se me erizaron, y supe, sin necesidad de darme la vuelta, quién acababa de llegar.

—Señorita Blair —la voz grave y familiar del duque Bastian llegó a mis oídos.

Me volví lentamente, la vista de él me produjo una punzada de ansiedad en el pecho. Estaba a unos pocos pasos de distancia, su oscura y dominante presencia cortaba la animada atmósfera de la feria como una cuchilla. La multitud se apartaba a su alrededor, como si el propio aire se hubiera desplazado en deferencia a su llegada.

Los pretendientes que momentos antes habían estado tan ansiosos por impresionarme, de repente encontraron otras cosas que hacer, retirándose como escolares nerviosos. Incluso el señor Davies, que había estado lleno de bravata apenas unos segundos antes, ofreció una excusa apresurada y se alejó, dejándome allí con un puñado de globos y una sensación de hundimiento en el estómago.

—Su Gracia —dije, tratando de mantener una semblanza de compostura—. No esperaba verlo aquí.

La mirada de Bastian recorrió los terrenos de la feria, su expresión era de un desdén apenas disimulado.

—Claramente.

El ambiente ligero de la feria se evaporó al instante, reemplazado por una tensión tan densa que apenas podía respirar. Los ojos de Bastian se entrecerraron al encontrarse con los míos, y supe de inmediato que cualquiera que fuera la razón por la que había venido, no era algo bueno.

—¿Puedo hablar con usted, señorita Blair? —preguntó, aunque no era tanto una pregunta como una orden.

Vacilé, mi mente corría a mil por hora. Lo último que quería era estar a solas con él, especialmente aquí, en medio de la feria. Pero también sabía que negarme abiertamente solo atraería más atención, y lo último que necesitaba era otro escándalo en mis manos.

Con reticencia, asentí.

—Por supuesto, Su Gracia.

Bastian extendió la mano, rozando mi brazo mientras me llevaba lejos de la multitud, su agarre firme e inflexible. Los sonidos festivos de la feria se desvanecieron en el fondo mientras caminábamos, el ruido y el color de la tarde parecían distantes e irrelevantes ahora que él estaba aquí.

Nos detuvimos cerca de un pequeño bosque de árboles, la sombra ofrecía un mínimo de privacidad de los bulliciosos terrenos de la feria. Bastian se volvió hacia mí, su expresión era fría e implacable.

—¿Qué crees que estás haciendo? —preguntó, su voz estaba cargada de irritación.

Parpadeé sorprendida.

—¿Qué quiere decir?

—Estás exhibiéndote con estos… estos pretendientes, como si no hubiera pasado nada. Como si no hubieras hecho un compromiso ya.

Sentí un aumento de furia ante sus palabras.

—No he hecho tal compromiso, Su Gracia. Acepté considerar su propuesta, nada más.

Los ojos de Bastian se oscurecieron, su paciencia claramente se agotaba.

—Sabes perfectamente a qué me refiero, Adelaide. Esta farsa—interpretar el papel de una debutante despreocupada mientras llevas a mi hijo—no solo es tonto, es peligroso.

Mi respiración se detuvo, la realidad de sus palabras se estrelló sobre mí como una ola.

—Ni siquiera estoy segura de estar embarazada —solté, cruzando los brazos sobre mi pecho en desafío—. Así que no hay necesidad de que esté tan seguro de sí mismo y de ponerme en mi lugar.

La mirada de Bastian no vaciló, su expresión era dura como una roca.

—Tú puedes no estar segura, pero yo sí. Y hasta que lo sepamos con certeza, actuaré como si lo estuvieras.

Entonces, su mano se movió, la punta de su índice rozó suavemente mi abdomen. El toque apenas fue perceptible, pero fue suficiente para enviarme un escalofrío de miedo.

—Mientras exista la posibilidad de que estés llevando a mi hijo, tengo todo el derecho a preocuparme por tus acciones.

Lo miré fijamente, mi ira se encendió una vez más.

—No tienes derecho a dictar mi vida, Su Gracia. No somos nada el uno para el otro— nadie.

Su expresión no cambió, pero había algo en sus ojos que hizo que mi sangre se helara.

—Mientras el niño permanezca en tu vientre, tú y yo estamos ligados, Adelaide. Te guste o no.

Las palabras colgaban entre nosotros, pesadas y sofocantes. Sentí una oleada de náuseas subir dentro de mí, pero esta vez no era el miedo al embarazo lo que la causaba. Era la realización de que Bastian tenía razón. Si estaba embarazada, estaría atada a él para siempre, quisiera o no.

Pero no estaba dispuesta a ceder, al menos no todavía. Enderecé los hombros, obligándome a mantener su mirada.

—Estás asumiendo demasiado, Su Gracia. Puede que ni siquiera esté embarazada.

—Quizás —dijo en voz baja, su tono era peligroso—. Pero hasta que lo sepamos con certeza, deberías ser más cuidadosa con tus acciones. Es temprano aún, Adelaide. No querrías hacer nada que pudiera poner en peligro la salud del niño.

Sus palabras me golpearon como una bofetada, la implicación era clara. Sentí que mis manos se cerraban en puños, mi ira hervía.

—Crees que puedes controlarme, asustarme para someterme con tus amenazas y tu arrogancia. Pero no lo permitiré, Su Gracia. No lo haré.

Sin esperar una respuesta, me di la vuelta y me alejé, dejándolo allí, de pie en la sombra de los árboles. Los globos que había estado sosteniendo se elevaron en el cielo cuando los solté, las esferas de colores flotaban como los últimos restos del día despreocupado que había esperado disfrutar.

Pero mientras caminaba de regreso hacia la feria, mi corazón pesado con ira y miedo, supe que no había escapatoria a la realidad de mi situación. Bastian había dejado claro que no iba a

dejar pasar esto, y por mucho que intentara negarlo, la posibilidad del embarazo se cernía sobre mí como una oscura nube.

No miré atrás, pero pude sentir su mirada sobre mí mientras me alejaba, el peso de su presencia me oprimía con cada paso que daba.

18

La Persistencia del Duque

Los días que siguieron a mi encuentro con Bastian en la feria fueron una extraña mezcla de tensión e incertidumbre. Intenté volver a mis rutinas diarias, perderme en los ritmos familiares de la vida en Mansión Windermere, pero era imposible escapar de la sombra que Bastian había arrojado sobre mí. Sus palabras, su presencia, su inquebrantable confianza… todo ello pesaba mucho en mi mente, dejándome con la sensación de estar atrapada e indefensa.

Y entonces, para mi sorpresa, Bastian comenzó a cortejarme. No en el sentido tradicional, con flores y poesía, sino a su manera poco convencional, una que me mantenía constantemente en vilo, sin estar segura de sus intenciones.

Comenzó con pequeños gestos, cosas que eran casi imperceptibles pero imposibles de ignorar. Un ramo de lirios, mis flores favoritas, llegó una mañana sin una nota. Un libro que había mencionado de pasada fue entregado en mi puerta al día siguiente. Y luego estaban las cartas, notas breves y concisas que eran directas y al grano. Nunca mencionaba la propuesta, nunca pedía una respuesta, pero sus palabras siempre llevaban una carga de expectativa, un recordatorio de que él estaba esperando.

Pero no eran solo los regalos o las cartas lo que me inquietaba. Era la forma en que Bastian parecía preocuparse genuinamente por el bienestar del hijo que él creía que yo llevaba en mi vientre. Mandaba recados a la mansión preguntando por mi salud, mi dieta, si estaba descansando lo suficiente. Su preocupación era desconcertante, no porque fuera indeseada, sino porque estaba tan en desacuerdo con el hombre frío y calculador que había llegado a conocer.

Me encontraba dividida entre la ira y la confusión. La persistencia de Bastian era exasperante, pero había una parte de mí que no podía evitar sentirse conmovida por su preocupación. Era como si estuviera tratando de mostrarme un lado de sí mismo que nunca había visto antes, un lado que era suave, incluso vulnerable. Pero no podía confiar en ello. No podía confiar en él.

Entonces llegó la invitación.

Llegó una mañana, entregada por un lacayo con un impecable sentido del tiempo. El sobre era pesado, el papel estaba grabado con el escudo de la duquesa de Abernathy, una mujer conocida por su influencia en la sociedad y su habilidad para hacer o deshacer reputaciones con una sola palabra. La invitación era para una exclusiva fiesta en el jardín, una reunión de los

miembros más elitistas de la sociedad. Era el tipo de evento en el que se forjaban conexiones, se hacían alianzas y se determinaban fortunas.

Me quedé mirando la invitación, mi mente trabajaba a toda velocidad. Asistir a esta fiesta podría ser mi oportunidad para asegurar una propuesta de uno de los muchos hombres elegibles que, sin duda, asistirían. Si pudiera encontrar un esposo adecuado rápidamente, podría poner fin a esta pesadilla, y el control de Bastian sobre mí se rompería.

Pero la idea de ser reconocida, de que alguien susurrara detrás de su abanico sobre los rumores que habían comenzado a circular sobre mí, me llenaba de temor. Aun así, sabía que no podía permitirme perder esta oportunidad. Tenía que arriesgarme.

Con una determinación nacida de la desesperación, decidí asistir.

El día de la fiesta en el jardín amaneció claro y brillante, el aire estaba lleno del aroma de flores en plena floración y la promesa del verano. Me vestí con cuidado, eligiendo un vestido de seda azul pálido que complementaba mi tez y llevé mi cabello en un estilo simple pero elegante. Si quería causar una buena impresión, necesitaría presentarme como la imagen de la calma y la confianza, aunque no fuera así en absoluto.

Al llegar a la finca de la duquesa, me impresionó la pura opulencia del lugar. Los jardines eran vastos, llenos de flores cuidadosamente atendidas y altos setos que creaban una sensación de privacidad e intimidad. Los invitados deambulaban, sus risas y conversaciones llenaban el aire mientras bebían champaña y mordisqueaban delicados pasteles.

Respiré hondo, preparándome para la tarea que tenía por delante. Esta era mi oportunidad, mi oportunidad de encontrar un esposo y asegurar mi futuro. No podía dejar que el miedo me detuviera.

Pero mientras caminaba por los jardines, intercambiando cumplidos con quienes pasaba, no podía deshacerme de la sensación de que alguien me estaba observando. No fue hasta que doblé una esquina y me encontré cara a cara con el duque Bastian que me di cuenta de por qué.

Él estaba allí, por supuesto. Debería haber sabido que estaría. El duque de Lightwood nunca perdía una oportunidad para hacer notar su presencia, especialmente cuando se trataba de mí.

—Señorita Blair —me saludó, su voz era suave y compuesta, como si nuestro último encuentro nunca hubiera sucedido—. Luces encantadora hoy.

Forcé una sonrisa, mi corazón latía rápidamente.

—Su Gracia. No esperaba verlo aquí.

Los ojos de Bastian brillaron con algo indescifrable.

—¿Pensaste que te dejaría fuera de mi vista por mucho tiempo?

Había algo en su tono que me hizo crisparme, pero mantuve la compostura.

—Estoy aquí para disfrutar de la fiesta en el jardín, Su Gracia. Nada más.

—Por supuesto —dijo, aunque su mirada nunca se apartó de la mía—. ¿Y cómo te sientes?

La pregunta estaba cargada, y ambos lo sabíamos. Tragué saliva, intentando mantener mi voz firme.

—Estoy bien, gracias.

—Bien —replicó él, su tono era engañosamente casual—. Me odiaría que algo arruinara tu día.

Antes de que pudiera responder, la duquesa de Abernathy se acercó, sus ojos brillaban con travesura.

—¡Ah, señorita Blair! Y el duque de Lightwood. Qué agradable sorpresa ver a los dos juntos.

Abrí la boca para responder, pero antes de que pudiera, Bastian habló.

—De hecho, Su Gracia. De hecho, hay algo que he estado deseando discutir con la señorita Blair desde hace algún tiempo.

Mi corazón se detuvo un instante, el pavor se acumulaba en el fondo de mi estómago. Cualquiera que fuera el plan de Bastian, sabía que no podía ser bueno.

La duquesa levantó una ceja, claramente intrigada.

—¿Oh? Adelante, duque Bastian.

Bastian se volvió hacia la multitud reunida, su voz se alzó con la autoridad de un hombre acostumbrado a captar la atención.

—Damas y caballeros, les pido disculpas por la interrupción, pero tengo un anuncio que hacer.

El público quedó en silencio, todas las miradas se volvieron hacia nosotros. Mi pulso se aceleró, el pánico se acumulaba en mi pecho. Esto no podía estar sucediendo. No aquí, no ahora.

—He tenido el placer de conocer a la señorita Blair desde hace algún tiempo —continuó Bastian, su voz era calmada y medida—. Y es con gran honor y respeto que le pido que sea mi esposa.

Un suspiro colectivo resonó en el jardín, el aire estaba cargado de anticipación. Mi mente quedó en blanco, el mundo giraba a mi alrededor mientras trataba de procesar lo que estaba sucediendo. Bastian acababa de proponerme matrimonio, públicamente, frente a los miembros más influyentes de la sociedad.

Abrí la boca para protestar, para rechazarlo, pero las palabras no salieron. Mi mirada se desvió a los rostros de la multitud, sus expresiones eran una mezcla de sorpresa y deleite. Si lo rechazaba aquí, el escándalo sería inimaginable. Pero si aceptaba… estaría sellando mi destino.

Bastian se volvió hacia mí, sus ojos se clavaron en los míos con una intensidad que me dejó sin aliento.

—Adelaide —dijo en voz baja, para que solo yo pudiera escuchar—. No tienes que decidir ahora. Pero piensa con cuidado antes de rechazarme. Esta es tu oportunidad de asegurar tu futuro, y el futuro de nuestro hijo.

Sus palabras me golpearon como un puñetazo en el estómago. Lo había logrado. Había manipulado la situación para que apenas tuviera otra opción que aceptar. Rechazarlo sería invitar al escándalo, destruir cualquier oportunidad que tuviera de encontrar otro pretendiente. Y aceptar… sería atarme a él para siempre.

El jardín pareció cerrarse a mi alrededor, las miradas del público eran como mil pesas presionando mis hombros. Mi mente corría, pero no había escapatoria, no había manera de salir de la trampa que había tendido.

La mano de Bastian se extendió, tomando la mía con suavidad. Su toque era firme, pero no forzoso, como si me estuviera ofreciendo una tabla de salvación en lugar de atarme a él.

—¿Me harías el honor de convertirte en mi esposa?

Tragué saliva, el sabor del miedo amargo en mi boca. Había estado tan decidida a resistirme, a encontrar otra manera, pero ahora… ¿qué opción tenía?

Con una respiración profunda, asentí, el peso de la decisión me presionaba como mil piedras.

—Sí, Su Gracia. Me casaré contigo.

La multitud estalló en aplausos, sus vítores resonaron en mis oídos mientras la mano de Bastian se apretaba en la mía. Pero incluso mientras sonreía e inclinaba la cabeza, desempeñando el papel de la prometida obediente, no podía deshacerme de la sensación de temor que se instaló sobre mí.

Bastian había ganado. Me había superado en cada movimiento, y ahora, era suya. Pero mientras lo miraba, sus ojos llenos de satisfacción, hice una promesa silenciosa para mí misma.

Pude haber aceptado su propuesta, pero no dejaría que me controlara. No por completo. Nunca.

Esto no era el final. Era solo el comienzo.

19

Los Secretos y Sentimientos.

Los días que siguieron a mi encuentro con Bastian en la feria fueron una extraña mezcla de tensión e incertidumbre. Intenté volver a mis rutinas diarias, perderme en los ritmos familiares de la vida en Mansión Windermere, pero era imposible escapar de la sombra que Bastian había arrojado sobre mí. Sus palabras, su presencia, su inquebrantable confianza… todo ello pesaba mucho en mi mente, dejándome con la sensación de estar atrapada e indefensa.

Cada día me encontraba esperando que ocurriera lo inevitable, preguntándome cuándo haría su próximo movimiento. Su repentino interés por mi bienestar era desconcertante, incluso inquietante. Estaba acostumbrada a verlo como un hombre frío y calculador, pero su preocupación por mí, y por el niño que él creía que yo estaba esperando, parecía genuina. ¿Pero era posible? ¿Podía un hombre como Bastian preocuparse realmente por alguien más que por sí mismo?

Estos pensamientos me atormentaban mientras deambulaba por los pasillos de Windermere, mi mente inquieta y mi corazón conflictuado. Encontraba consuelo en mis lugares habituales: la biblioteca, donde me perdía en las páginas de novelas y poesía, y los jardines, donde el aroma de las rosas y el suave susurro de las hojas en la brisa ofrecían una fugaz sensación de paz. Pero incluso allí, no podía escapar de las preguntas que giraban en mi mente.

Una tarde, mientras estaba sentada bajo la sombra del antiguo roble que se alzaba en el borde de la propiedad, me sorprendió la llegada de una visitante. Era la señora Pritchard, el ama de llaves, una mujer de pocas palabras pero con una mirada que no pasaba por alto nada.

—Señorita Blair —comenzó, su tono era formal pero teñido de algo parecido a la preocupación—, hay un asunto del que creo que debería estar al tanto.

Levanté la vista de mi libro, con el corazón acelerado.

—¿De qué se trata, señora Pritchard?

Ella vaciló, sus manos se retorcían en un inusual despliegue de ansiedad.

—Es… Su Gracia, el duque de Lightwood. Ha enviado un mensaje diciendo que desea visitar Windermere en los próximos días.

Sentí que el aliento se atascaba en mi garganta.

—¿El duque Bastian viene aquí?

—Sí, señorita —confirmó, sus ojos se entrecerraron mientras estudiaba mi reacción—. Insiste en que es solo una visita social, pero pensé que lo mejor sería informarle para que pudiera

estar preparada.

Preparada. ¿Cómo podría estarlo alguna vez para Bastian? La mera idea de él en mi hogar, invadiendo mi santuario, hacía que mi piel se erizara. Pero no había manera de evitarlo. Ya había tomado una decisión, y cuando Bastian Lightwood fijaba su mirada en algo, o en alguien, había poco que pudiera disuadirlo.

—Gracias, señora Pritchard —dije, forzando una sonrisa que se sentía tan frágil como el vidrio—. Agradezco la advertencia.

Ella asintió, su expresión se suavizó.

—Si necesita algo, señorita, solo tiene que pedirlo.

Cuando se fue, me quedé allí en silencio, el peso de la inminente visita de Bastian presionando sobre mí como un manto de plomo. ¿Qué esperaba conseguir viniendo aquí? ¿Era otro intento de desestabilizarme, de recordarme el poder que tenía sobre mi vida? ¿O había algo más, algo más profundo que aún no podía comprender?

Los siguientes días pasaron en una neblina de anticipación ansiosa. Me encontraba sobresaltándome con cada sonido, cada golpe en la puerta, esperando a Bastian en cualquier momento. Pero no apareció. En cambio, envió más cartas: notas breves y corteses que no ofrecían ninguna pista sobre sus verdaderas intenciones, pero que lo mantenían firmemente en mis pensamientos.

No podía evitar sentir que estaba jugando conmigo, probando mi determinación, esperando a que me quebrara bajo la presión. Pero me negaba a darle esa satisfacción. Si quería jugar, yo lo enfrentaría movimiento a movimiento.

No fue hasta tres días después que Bastian finalmente llegó a Windermere. El cielo estaba nublado, el aire cargado con la promesa de lluvia, cuando su carruaje se detuvo frente a la mansión. Lo observé desde mi ventana mientras bajaba, su figura alta y su presencia imponente eran imposibles de ignorar. Incluso desde la distancia, pude ver la determinación en su paso, la firmeza de su mandíbula.

Respiré hondo, preparándome para lo que estaba por venir. No me dejaría intimidar. Lo enfrentaría con la misma compostura y resolución que había mostrado en la feria. Pero mientras bajaba las escaleras y me dirigía al salón, un nuevo pensamiento me asaltó, un pensamiento que me hizo estremecer.

¿Qué pasaría si esto era más que una simple visita? ¿Y si Bastian había venido a forzar mi mano, a empujarme a aceptar su propuesta de una vez por todas? La idea parecía absurda, pero no podía deshacerme de la sensación de que estaba jugando un juego a largo plazo, uno que aún no comprendía del todo.

Cuando entré en el salón, Bastian ya estaba allí, de pie junto a la ventana con la espalda hacia mí. Se giró cuando me acerqué, su expresión era inescrutable, sus ojos oscuros e intensos.

—Señorita Blair —me saludó, su voz suave como la seda—. Gracias por recibirme.

—Su Gracia —respondí, mi propia voz era firme a pesar del tumulto en mi pecho—. ¿Qué lo trae a Windermere?

Él sonrió, una sonrisa lenta y calculadora que me envió un escalofrío por la espalda.

—Quería verte, por supuesto. Y discutir un asunto de cierta importancia.

Mi corazón dio un vuelco.

—¿Y qué asunto sería ese?

Bastian dio un paso más cerca, su mirada se fijó en la mía.

—Nuestro futuro, señorita Blair. Es hora de que lo discutamos seriamente.

Las palabras de Bastian quedaron suspendidas en el aire entre nosotros, pesadas y amenazantes. Mi corazón latía con fuerza en mi pecho mientras buscaba en su rostro algún indicio de vulnerabilidad, alguna señal de que esto era algo más que otro movimiento calculado en su implacable persecución. Pero todo lo que vi fue esa misma determinación inquebrantable, esa misma firmeza de carácter que se había vuelto demasiado familiar.

—¿Nuestro futuro? —repetí, esforzándome por evitar que mi voz temblara—. Su Gracia, no estoy segura de qué espera ganar con esta… conversación.

La sonrisa de Bastian no titubeó, pero había una nueva intensidad en sus ojos, una agudeza que aceleró mi pulso.

—Adelaide —dijo, su voz se suavizó ligeramente—, debes saber a estas alturas que no soy un hombre que acepte un "no" a la ligera. Pero estoy dispuesto a escucharte, aunque solo sea para entender qué es lo que realmente deseas.

Lo que realmente deseo. Las palabras resonaron en mi mente, burlándose de mí. Lo que quería era simple: libertad del asfixiante control de las maquinaciones de Bastian, la oportunidad de recuperar la vida que tenía antes de que él apareciera como una tormenta en el horizonte. Pero, ¿podía decirle eso? ¿Lo escucharía siquiera?

Respiré hondo, convocando cada gramo de coraje que tenía.

—Lo que quiero, su gracia, es vivir mi vida en mis propios términos. Tomar mis propias decisiones, libre de la influencia de los demás. No puedo—no voy a—permitirme ser manipulada para contraer un matrimonio que no deseo.

Por primera vez desde su llegada, la sonrisa de Bastian vaciló, su ceño se frunció apenas.

—¿Manipulada? —repitió, un destello de algo—¿sorpresa?— en sus ojos—. ¿Eso es realmente lo que piensas?

—¿Cómo podría verlo de otra manera? —respondí rápidamente, las palabras brotaron antes de que pudiera detenerlas—. Me has acorralado en cada paso, forzándome a considerar tu propuesta. Y ahora estás aquí, esperando que simplemente… ¿me someta? ¿Que ceda a tu voluntad porque es lo que quieres?

La expresión de Bastian se endureció, su mandíbula se tensó.

—Solo he buscado asegurar nuestro futuro—protegerte, Adelaide. El niño que llevas…

—No hay ningún niño —lo interrumpí, mi voz firme e inquebrantable. La mentira que le había dejado creer durante tanto tiempo se había convertido en una cadena alrededor de mi cuello, y ya no la soportaba—. No hay ningún niño, su gracia. No estoy embarazada, y nunca lo estuve.

Cayó un tenso silencio entre nosotros, pero en lugar de la sorpresa esperada, los ojos de Bastian se entrecerraron, su expresión era escéptica.

—Adelaide, no juegues conmigo. Conozco los síntomas; he visto cómo has estado. No tienes por qué negarlo para irritarme.

La convicción en su tono era exasperante, como si pudiera hacer que fuera verdad simplemente porque así lo quería. Mi frustración estalló.

—¡No estoy jugando! El único que se engaña aquí eres tú. No estoy embarazada, y no tengo intención de fingir lo contrario solo para complacer tu ego.

Él dio un paso más cerca, su presencia era abrumadora, sus ojos se clavaban en los míos como si intentara deshacer las capas de mi resolución.

—Has estado enferma, incluso desmayándote. El momento es demasiado preciso para ser coincidencia. ¿Esperas que crea que todo eso fue en vano?

—Sí —insistí, mi voz subiendo con cada palabra—. Sí, lo espero. Lo que has estado observando no es más que agotamiento, estrés—provocado por ti, si es que necesitas saberlo. Pero no es—ni será nunca—prueba de un niño.

La mandíbula de Bastian se apretó, un destello de duda cruzó por sus rasgos, pero fue rápidamente sofocado por su obstinada determinación.

—Eso dices ahora, pero sé lo que vi.

Quería gritar, sacudirlo, obligarlo a ver la verdad que se negaba a reconocer. Pero en lugar de eso, respiré hondo, obligándome a mantener la calma.

—Ves lo que quieres ver. Y ese es el problema. Te has convencido de que sabes lo que es mejor para mí, para nosotros, sin considerar lo que yo quiero.

Los ojos de Bastian se llenaron de frustración, pero contuvo su lengua. Por un momento, pensé que podría haber llegado a él, que podría escucharme. Pero entonces su expresión se endureció de nuevo, su mirada se volvió fría y calculadora.

—Has jugado bien tus cartas, señorita Blair —dijo en voz baja, su tono desprovisto del encanto y la confianza que normalmente llevaba—. Te concedo eso. Pero no pienses por un momento que esto cambia algo.

Un escalofrío recorrió mi espalda.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir —dijo, su voz era como acero—, que no seré tan fácilmente descartado. Puedes rechazarme ahora, pero te lo advierto, Adelaide—no me rendiré en lo que quiero. Nunca.

Tragué saliva, obligándome a sostener su mirada de frente.

—¿Y qué es lo que quieres, su gracia? ¿Realmente soy yo, o solo la idea de poseer algo que no puedes tener?

Durante un largo momento, no dijo nada, sus ojos se clavaron en los míos con una intensidad que hizo que mi piel se erizara. Cuando finalmente habló, su voz era baja y peligrosa.

—No te equivoques, Adelaide. Te quiero a ti. Pero más que eso, quiero que tú me quieras a mí.

Sentí una punzada de miedo, pero me negué a mostrarlo.

—Entonces estarás esperando mucho tiempo, su gracia. Porque no seré conquistada por amenazas o manipulación.

Los labios de Bastian se curvaron en una sonrisa apretada, sin humor.

—Ya veremos.

Sin decir una palabra más, se dio la vuelta y se dirigió hacia la puerta, dejándome allí de pie, con el corazón latiendo en mi pecho. En cuanto se fue, la tensión que había coartado mi cuerpo como un resorte finalmente se liberó, y me dejé caer en la silla más cercana, con las manos temblorosas.

Lo había hecho. Lo había rechazado. Pero mientras me sentaba allí, tratando de recuperar el aliento, no podía sacudirme la sensación de que esto estaba lejos de haber terminado. Bastian Lightwood no era un hombre que aceptara el rechazo a la ligera. Había ganado esta ronda, pero la batalla apenas comenzaba.

Mientras miraba por la ventana, observando cómo se acumulaban las nubes oscuras en el horizonte, supe que tendría que estar más alerta que nunca. Las amenazas de Bastian no eran vacías, y no tenía ninguna duda de que encontraría nuevas formas de intentar doblegarme a su voluntad. Pero me había hecho una promesa a mí misma, y no permitiría que nadie me desviara de ella.

Esta era mi vida, mi futuro. Y lucharía por él con todo lo que tenía.

20

La Epifanía No Deseada

Las secuelas de la visita de Bastian me dejaron más desconcertada de lo que estaba dispuesta a admitir. Su persistencia, su inquebrantable certeza, habían desatado algo dentro de mí. Me había enorgullecido de mi capacidad para mantenerlo a distancia, para resistir sus manipulaciones, pero la duda que él había sembrado en mi mente era como una espina que no podía arrancar.

Pasaron los días, y con cada uno, mi inquietud creció. Aún no había menstruado, y mi ciclo mensual tenía más de tres semanas de retraso. Al principio, lo había descartado, atribuyéndolo al estrés de lidiar con Bastian y al caos en mi vida. Pero a medida que los días se convertían en semanas, ya no podía ignorar el temor creciente de que Bastian pudiera tener razón. ¿Y si… realmente había un niño?

El pensamiento hacía que mi estómago se revolviera de temor. Un hijo lo cambiaría todo, me ataría a Bastian de una manera aterradora e irrevocable. Pero, ¿y si era cierto? ¿Y si lo que había negado con tanta certeza era, de hecho, una realidad?

No podía soportar quedarme encerrada en Windermere con mis pensamientos por más tiempo. Necesitaba aire, espacio para pensar, para ordenar el caos en mi mente. Sin pensarlo mucho, me puse la capa y me dirigí a la ciudad, con la esperanza de que el bullicio de Londres me ofreciera alguna distracción, alguna claridad.

Mientras caminaba por las concurridas calles, mi mente estaba llena de emociones contradictorias. Estaba enojada—enojada con Bastian por su persecución implacable, enojada conmigo misma por siquiera considerar la posibilidad de que él tuviera razón. ¿Cómo se atrevía a imponerme esto, a hacerme cuestionar mi propio cuerpo, mi propia realidad?

Pero al doblar por una calle más tranquila, mis pasos vacilaron ligeramente y una oleada de mareo me invadió. El suelo pareció inclinarse bajo mis pies, y me apoyé en una pared cercana para estabilizarme, respirando con dificultad. El pánico me envolvió mientras luchaba por recuperar el control, mi visión se nublaba con manchas oscuras.

Era como si el mundo se hubiera cerrado repentinamente a mi alrededor, la bulliciosa ciudad desvaneciéndose en el fondo mientras mi cuerpo me traicionaba. Instintivamente, llevé la mano a mi abdomen, una fría realización se colaba en mi mente. Esto no era solo estrés. Era algo más, algo que no podía simplemente descartar.

Antes de que pudiera comprender por completo lo que estaba sucediendo, escuché una voz familiar—una que me provocó tanto alivio como frustración.

—¡Adelaide!

Me giré, aún apoyada en la pared, y me encontré cara a cara con Bastian. Su expresión era una mezcla de preocupación y algo más, algo casi parecido al triunfo. Cruzó la distancia entre nosotros con unos pocos pasos largos, su mano alcanzando para sostenerme.

—¿Qué te pasa? Estás pálida —dijo, su voz baja y urgente.

—Estoy… estoy bien —logré balbucear, aunque las palabras me sonaron huecas incluso a mí —. Solo necesito un momento.

Pero Bastian no estaba convencido. Sus ojos se entrecerraron mientras estudiaba mi rostro, su mano aún descansando en mi brazo.

—No estás bien. Algo va mal.

Quería empujarlo, negarlo todo, pero la verdad era que no sabía qué me estaba pasando. Y eso me aterraba más que cualquier otra cosa.

—Por favor —susurré, mi voz temblaba—, ayúdame.

Algo cambió en la expresión de Bastian—una suavidad casi imperceptible en sus rasgos, un destello de vulnerabilidad que nunca antes había visto. Sin decir una palabra más, deslizó su brazo alrededor de mi cintura, sosteniéndome mientras me guiaba por las calles.

Caminamos en silencio, el ruido de la ciudad se desvanecía en el fondo mientras me concentraba en poner un pie delante del otro. No sabía adónde me estaba llevando Bastian, y no me importaba. Todo lo que sabía era que no podía hacer esto sola.

Finalmente, llegamos a un callejón estrecho, el tipo de lugar al que nunca me hubiera aventurado sola. Bastian me llevó hasta una pequeña puerta discreta escondida entre dos edificios deteriorados. Llamó dos veces, y tras un momento, la puerta se abrió con un crujido, revelando a un anciano de cabello blanco y alborotado y unas gafas que se sostenían precariamente en la punta de su nariz.

—¿Qué quieres? —gruñó el hombre, entrecerrando los ojos detrás de sus gafas.

Bastian no perdió un segundo.

—Esta joven necesita ser examinada. Se ha sentido mal.

El anciano—claramente un doctor, aunque no del tipo más respetable—me miró, su mirada aguda y evaluadora.

—Entra, entonces. La revisaré.

La habitación en la que entramos era pequeña y estrecha, llena de un surtido extraño de instrumentos médicos y libros apilados de manera desordenada en cada superficie disponible. El aire estaba impregnado con el olor a hierbas y algo más que no pude identificar—algo ligeramente agrio y metálico.

Bastian me ayudó a sentarme en una silla, su mano descansando en mi hombro mientras el doctor se acercaba, sus movimientos lentos pero deliberados. Me examinó con ojo experimentado, haciendo algunas preguntas bruscas antes de indicarme que me recostara en una camilla que parecía haber visto días mejores.

Seguí sus instrucciones, mi corazón latía con fuerza en mi pecho mientras la realidad de la situación empezaba a hundirse en mí. Estaba a punto de descubrir si mi peor temor era cierto—si estaba llevando el hijo de Bastian.

El examen del doctor fue rápido y eficiente, sus manos se movían con una confianza que desmentía su aspecto desaliñado. Cuando finalmente se alejó, su expresión era inescrutable.

—¿Y bien? —preguntó Bastian, su voz tensa—. ¿Cuál es el veredicto?

El doctor miró entre nosotros dos, sus ojos se detuvieron en Bastian un momento antes de hablar.

—Es demasiado pronto para decirlo con certeza, pero es probable que la joven esté, de hecho, encinta. Sin embargo, aconsejaría esperar unas semanas más antes de sacar conclusiones definitivas.

Un escalofrío recorrió mi espalda, mis peores temores parecían confirmarse. Sentí que la mano de Bastian se apretaba en mi hombro, su agarre era firme pero no doloroso. Hubo un momento de pesado silencio, y en ese instante, algo dentro de mí se rompió.

Había luchado con todas mis fuerzas para resistirme a él, para negar la posibilidad, pero ahora… ¿qué quedaba? Si realmente estaba embarazada, entonces todo cambiaría. Mi vida, mi futuro—todo estaría ligado a Bastian de una manera de la que nunca podría escapar.

Me incorporé lentamente, mi mente corría a mil por hora. La presencia de Bastian a mi lado era tanto un consuelo como un tormento, un recordatorio del poder que tenía sobre mí. Pero al levantar la vista hacia él, sus ojos llenos de una intensidad que me estremeció, supe que no podía seguir luchando contra él. No así.

—Bastian —dije en voz baja, mi voz apenas era un susurro—. Si esto es cierto… si estoy embarazada, entonces no tengo más remedio que aceptar lo que está pasando. Pero quiero que entiendas algo.

Su mirada se suavizó ligeramente, como si sintiera el cambio en mí.

—¿Qué es?

Tragué saliva, enfrentándome a su mirada directamente.

—Puedo aceptar tu presencia en mi vida, pero eso no significa que me haya rendido. Protegeré a este niño—nuestro hijo—si llega a ser el caso. Pero lo haré en mis términos. No seré tu posesión. No seré controlada.

Por un momento, no dijo nada, sus ojos buscaban en los míos como tratando de descifrar mis verdaderos sentimientos. Luego, lentamente, asintió.

—Lo entiendo, Adelaide. Pero sé esto—haré lo que sea necesario para protegerte a ti y a nuestro hijo. Lo que sea necesario.

Sus palabras me dieron escalofríos, pero también había en ellas un extraño sentido de alivio —un alivio de que, al menos por ahora, no estaba sola en esto. Aunque no confiara completamente en Bastian, aunque no pudiera llegar a gustarme, sabía que estaba decidido a ver esto hasta el final.

Cuando salimos del estrecho consultorio del doctor, la realidad de lo que podría estar por venir se asentó sobre mí como un manto pesado. Mi vida había cambiado irrevocablemente, y no había vuelta atrás. Pero mientras la mano de Bastian descansaba ligeramente en la parte baja de mi espalda, guiándome por las bulliciosas calles de Londres, hice una promesa silenciosa a mí misma.

Sobreviviría a esto. Protegería mi futuro, y si había un niño, también lo protegería. Pero lo haría a mi manera. Incluso si eso significaba aceptar la presencia de Bastian en mi vida, nunca permitiría que me controlara completamente. No, nunca.

21

Un Afecto Creciente

Los días que siguieron a la propuesta pública de Bastian y a nuestro encuentro en un estrecho callejón fueron un torbellino de actividad y emoción. El shock de haber aceptado su oferta, de verme empujada al papel de futura duquesa de Lightwood y la posibilidad de estar realmente embarazada, me dejaron aturdida. Pero, incluso mientras intentaba aceptar lo que había sucedido, me encontré pasando más tiempo con Bastian de lo que nunca había hecho antes.

Para mi sorpresa, el duque frío y distante que una vez temí comenzó a revelar un lado de sí mismo que no esperaba. Fue sutil al principio: pequeños gestos, momentos de preocupación silenciosa que me tomaron por sorpresa. Estaba preparada para un matrimonio de conveniencia, una unión construida sobre el deber y la obligación, pero lo que encontré en su lugar fue algo mucho más complejo.

Una tarde fresca, estábamos caminando por los jardines de su finca, las hojas crujían con la brisa mientras el otoño comenzaba a apoderarse del paisaje. El aire era fresco y había llevado un chal para protegerme del frío, pero Bastian parecía estar inusualmente atento a mi comodidad.

—¿Estás lo suficientemente abrigada, Adelaide? —preguntó, su voz cargada de genuina preocupación—. Demasiada exposición al viento no es buena para las mujeres embarazadas.

Abrí la boca para protestar, para recordarle que ni siquiera estaba segura de estar embarazada, pero la mirada en sus ojos me detuvo. Hablaba en serio, genuinamente preocupado por mi bienestar. Por un momento, el habitual semblante severo del duque se suavizó, y vi algo más en su expresión: algo protector y tierno.

Extendió la mano y ajustó el chal alrededor de mis hombros con una gentileza que me sorprendió.

—Así está mejor —murmuró, su mano se quedó en mi brazo un momento más de lo necesario.

Quise protestar, decirle que su preocupación era innecesaria, pero las palabras se atoraron en mi garganta. Verlo así, tan enfocado en mi comodidad, hacía difícil discutir. En lugar de eso, me encontré asintiendo, una pequeña sonrisa se asomaba en las comisuras de mis labios.

—Gracias —dije en voz baja, mi corazón latía de una manera en que no lo había hecho antes.

Mientras continuábamos nuestra caminata, Bastian no dejaba de observarme, asegurándose de que el camino estuviera despejado y que el viento no se levantara demasiado. Era un lado de él que no había visto antes: un lado atento, incluso cariñoso.

Cuando llegó el momento de regresar a la mansión, Bastian insistió en que tomáramos el carruaje, a pesar de la corta distancia. Y no solo era cuando estábamos afuera. Siempre que viajábamos en un carruaje, Bastian insistía en que los caballos se movieran a paso de tortuga, mucho más lento de lo necesario.

—Debemos ser cuidadosos —decía, su mano descansaba protectora en mi brazo—. Un viaje accidentado podría ser peligroso para el bebé.

Lo miré, mi corazón se aceleró.

—Bastian, ni siquiera estoy segura de que…

Me interrumpió con una sonrisa gentil, una que llegaba a sus ojos y hacía imposible que continuara.

—Lo sé, Adelaide. Pero hasta que estemos seguros, quiero ser cauteloso. No correré ningún riesgo.

Quise poner los ojos en blanco, decirle que estaba siendo ridículo, pero la forma en que me miraba, la sinceridad en su mirada, me dejó sin palabras. Parecía tan sincero, tan genuinamente preocupado por mi comodidad, que no pude protestar. Solo pude asentir, mis pensamientos se enredaban en la confusión y algo más, algo que no podía nombrar.

Mientras el carruaje comenzaba a moverse, la mano de Bastian encontró la mía, su toque era cálido y reconfortante. Viajamos en silencio, el suave balanceo del carruaje y el rítmico sonido de los cascos de los caballos creaban un fondo tranquilizador. A pesar de mis reservas iniciales, me encontré relajándome, la tensión que me había agarrado desde su propuesta comenzaba a desvanecerse lentamente.

Una tarde, mientras viajábamos juntos en su carruaje, la luz del sol se filtraba a través de los árboles y proyectaba sombras moteadas en el camino, Bastian se inclinó hacia mí, su expresión era pensativa.

—Adelaide —comenzó, su voz era baja—, aún no te ha venido tu menstruación, ¿verdad?

La pregunta me tomó por sorpresa, y sentí que el rubor de la vergüenza subía a mis mejillas. Era algo tan personal de preguntar, y sin embargo, no había malicia en su tono, solo una preocupación silenciosa.

—Yo… no, no me ha venido —admití, mi voz apenas era un susurro.

Bastian asintió, sus ojos se oscurecieron con algo que no pude identificar.

—Entonces es posible, ¿no? Que estés llevando a nuestro hijo.

Abrí la boca para responder, para decirle que no podíamos estar seguros, que era demasiado pronto para sacar conclusiones, pero las palabras se quedaron atoradas en mi garganta. Porque la verdad era que no lo sabía. Y cuanto más tiempo pasaba con él, más me preguntaba si tal vez, solo tal vez, tenía razón.

¿Podría ser que ya estuviera embarazada? El pensamiento me llenó de una extraña mezcla de miedo y asombro, y me encontré inconscientemente colocando una mano en mi abdomen, como si pudiera sentir algún signo de vida en mi interior.

Bastian notó el gesto y sonrió, sus ojos se suavizaron.

—Serás una madre maravillosa, Adelaide —dijo, su voz estaba llena de tranquila convicción.

Sentí un nudo formarse en mi garganta, y por primera vez, no pude negarlo. ¿Y si tenía razón? ¿Y si realmente había un niño creciendo dentro de mí, un niño que era nuestro?

Bastian extendió la mano y la colocó suavemente sobre mi vientre. El toque fue ligero, casi reverente, y me hizo estremecer.

—Tu vientre crecerá pronto —dijo en voz baja, sus ojos estaban fijos en los míos—. No

pasará mucho tiempo antes de que sea demasiado grande para ocultarlo bajo un vestido de novia. Debemos movernos rápido, Adelaide.

Sus palabras quedaron en el aire, cargadas de un significado no dicho. Podía sentir el calor de su mano a través de la tela de mi vestido, el peso de su toque me anclaba de una manera que era a la vez reconfortante y aterradora. Era como si, en ese momento, no solo me estuviera reclamando a mí, sino también a la vida que podría estar creciendo dentro de mí.

Quise protestar, decirle que nos estábamos precipitando, que debíamos esperar y ver qué sucedía. Pero cuando lo miré a los ojos, vi la forma en que me miraba con tanta ternura, las palabras me fallaron. Había algo en la forma en que hablaba de nuestro hijo, de nuestro futuro, que me dejaba sin habla. Él también estaba decidido a asegurarse de que nos casáramos antes de que pudieran comenzar los rumores, o antes de que mi vientre creciera demasiado para ocultarlo.

Tal vez era la forma en que estaba tan seguro, tan firme en su creencia de que ya estaba llevando a su hijo. Tal vez era la forma en que me tocaba, no con el desapego frío de un hombre cumpliendo con un deber, sino con la calidez y la protección de un padre. Lo que fuera, me dejó más confundida que nunca, y solo pude asentir en respuesta, mi corazón estaba demasiado lleno de emociones contradictorias para hablar.

Mientras el carruaje avanzaba, me recosté contra el asiento acolchado, mi mente corría a mil por hora. Bastian estaba planeando todo, avanzando como si el futuro ya estuviera decidido. Y tal vez lo estaba. Tal vez, a pesar de todas mis dudas y miedos, estaba comenzando a creer que realmente estaba embarazada, que llevaba a su hijo.

Pero mientras me sentaba allí, con la mano de Bastian descansando suavemente en mi vientre, supe una cosa con certeza: ya no era la misma mujer que había sido antes. Algo había cambiado, se había movido dentro de mí, y no podía negar el afecto creciente que sentía por el hombre a mi lado.

Había pasado tanto tiempo temiéndolo, resentida con él, pero ahora… ahora lo veía de una manera diferente. Seguía siendo el duque de Lightwood, seguía siendo frío y calculador en muchos aspectos, pero también había una calidez allí, un profundo pozo de cuidado y protección que no había visto antes.

Y fue esa calidez, esa ternura, lo que me hizo preguntarme si tal vez, solo tal vez, podría aprender a quererlo también.

El pensamiento era aterrador, pero también extrañamente reconfortante. Porque si iba a casarme con él, si iba a llevar a su hijo, entonces tal vez era mejor hacerlo con un corazón que no estuviera lleno de miedo y resentimiento, sino de algo más… algo más suave, algo que pudiera crecer en amor.

22

La Fiebre del Bebé del Duque

Desde que me convencí de que Adelaide estaba embarazada, mi vida había tomado un enfoque singular: prepararme para nuestro futuro hijo. Nunca me había imaginado como un hombre paternal, pero ahora me encontraba profundamente invertido en cada aspecto de nuestro futuro, desde los detalles más pequeños del cuarto del bebé hasta el tono exacto de azul para el primer juego de mantas del bebé.

—Su Gracia —me recordó Alfred, mi siempre práctico mayordomo, varias veces—, el embarazo de la señorita Blair no ha sido confirmado.

—Sí, Alfred, lo sé —respondí, desestimando sus preocupaciones con un gesto de la mano—. Pero estoy bastante seguro.

Alfred, bendita sea su alma paciente, simplemente arqueó una ceja.

—¿Y cómo puede estar tan seguro, Su Gracia?

Levanté la vista de los planes que había estado revisando para la habitación del bebé—elegantemente decorada, naturalmente, con los mejores muebles que el dinero puede comprar—y fijé a Alfred con lo que esperaba fuera una sonrisa tranquilizadora.

—No le ha venido su período, Alfred. Esa es suficiente confirmación para mí.

—Muy bien, Su Gracia —respondió Alfred, aunque pude escuchar el escepticismo en su voz —. Pero tal vez sería prudente esperar una prueba más… definitiva antes de proceder con tanto entusiasmo.

—¿Entusiasmo? —repetí, fingiendo ignorancia mientras miraba la colección de artículos para bebés que había ordenado que se entregaran en la mansión Lightwood. La cuna más fina, una selección de juguetes suaves hechos a mano, y suficiente ropa de bebé para vestir a un pequeño ejército de infantes—. Solo estoy siendo preparado.

Los labios de Alfred se movieron, en lo que sospeché fue un intento de reprimir una sonrisa.

—Por supuesto, Su Gracia. La preparación es encomiable.

Volví mi atención a los planes de la habitación del bebé, pero mi mente estaba en otra parte, específicamente en la imagen de Adelaide, embarazada, sentada en mi regazo mientras pasábamos una tranquila velada juntos. Era una visión que había echado raíces en mi mente, y a la que me encontraba regresando una y otra vez.

En mi imaginación, podía verlo claramente: Adelaide vestida con uno de esos vestidos de maternidad que acentuaban su creciente barriga, su cabello cayendo sobre sus hombros en suaves

ondas. Estaría cómodamente sentada en mi regazo, sus brazos alrededor de mi cuello mientras se inclinaba para besarme, sus labios suaves y cálidos contra los míos. Y todo el tiempo, mi mano descansaría protectora sobre su vientre abultado, sintiendo la vida crecer dentro de ella.

Era un pensamiento reconfortante, uno que hacía que la perspectiva del matrimonio no solo fuera soportable, sino deseable. Siempre había visto el matrimonio como una necesidad, una obligación para asegurar la continuidad de la línea de los Lightwood. Pero ahora, me encontraba esperando con ansias, no solo por el bien del hijo que estaba seguro de que Adelaide estaba llevando, sino por la vida que podríamos construir juntos.

—Su Gracia —la voz de Alfred interrumpió mi ensoñación—, ¿podría sugerir que desaceleremos los preparativos hasta que se confirme la condición de la señorita Blair?

Lo miré, frunciendo el ceño.

—Alfred, ya sea que Adelaide esté embarazada ahora o no, eventualmente lo estará. La boda debe proceder de todos modos, y la habitación del bebé se necesitará tarde o temprano.

Alfred inclinó la cabeza, su expresión era de cortesía complaciente.

—Como desee, Su Gracia.

Con el suave recordatorio de Alfred resonando en el fondo de mi mente, decidí continuar con los preparativos, aunque con un poco más de discreción. La boda estaba programada para celebrarse pronto, y todavía había mucho que hacer. Pero mientras revisaba la lista de invitados, el menú y los arreglos para la ceremonia, mis pensamientos seguían volviendo a esa visión de Adelaide.

Podía imaginarlo tan vívidamente: regresar a casa después de un largo día de trabajo, encontrarla en la biblioteca o tal vez en nuestro salón privado, su mano descansando en su vientre mientras leía o dibujaba. La tomaría en mis brazos, sintiendo la calidez de su cuerpo contra el mío, y compartiríamos un momento tranquilo juntos. Ella me sonreiría, esa sonrisa suave y genuina que había llegado a atesorar, y me contaría sobre su día.

Y luego, cuando la noche llegara a su fin, nos retiraríamos a nuestras habitaciones. Adelaide apoyaría su cabeza en mi hombro mientras la sostenía cerca, mi mano encontraría de nuevo su lugar en su vientre. Hablaríamos sobre el futuro, sobre el hijo que estábamos trayendo al mundo, y le diría cuánto significaba para mí, cuánto significaban ambos para mí.

El pensamiento me llenaba de una calidez que no sabía que era capaz de sentir. Era más que solo la satisfacción de un deber cumplido; era un deseo genuino de construir una vida con Adelaide, de compartir las alegrías y desafíos de la paternidad.

—Su Gracia —la voz de Alfred me devolvió al presente—, ¿debo arreglar una visita de la partera?

Dudé por un momento antes de asentir.

—Sí, Alfred. Discretamente, por supuesto. Pero sería prudente que ella examinara a Adelaide, solo para estar seguros.

—Muy bien, Su Gracia —respondió Alfred, con un toque de aprobación en su tono.

Cuando Alfred se fue para hacer los arreglos necesarios, me recosté en mi silla, permitiéndome disfrutar de esa visión una vez más. Podía verlo tan claramente: Adelaide, con su mano en su vientre creciente, sonriéndome mientras nos preparábamos para dar la bienvenida a nuestro hijo al mundo.

Ya fuera que estuviera embarazada en este mismo momento o en el futuro, sabía que el futuro que imaginaba no estaba lejos. Y haría todo lo posible para asegurarme de que fuera un futuro lleno de amor, calidez y la alegría de una familia que construiríamos juntos.

Por primera vez en mucho tiempo, sentí que una sensación de satisfacción se apoderaba de mí. La boda era inminente, los preparativos estaban casi completos, y pronto tendría todo lo que siempre había querido, todo lo que ni siquiera me había dado cuenta de que necesitaba.

Y cuando cerré los ojos, la visión de Adelaide y nuestro hijo volvió a llenar mis pensamientos, trayendo consigo una sonrisa que no pude reprimir. Ya sea que estuviera embarazada ahora o en el futuro, una cosa era segura: Adelaide era mía, y juntos enfrentaríamos lo que el futuro nos deparara.

23

Bajo el Sauce

El día de nuestro picnic amaneció con una ligera brisa y cielos despejados, un telón de fondo perfecto para la farsa que Bastian y yo estábamos interpretando. Mis emociones eran una maraña de aprensión y aceptación reticente. Había accedido a esta salida, permitiendo que Bastian me cortejara a su manera peculiar, pero mi corazón seguía estando guardado, mi mente cautelosa sobre lo que todo esto significaba.

Bastian llegó a Windermere en un elegante carruaje que atrajo la atención de toda la casa. Mi madre, siempre la imagen de la compostura, observaba desde la ventana del salón, sus ojos agudos captando cada detalle de la llegada del duque. Casi podía sentir su satisfacción: su hija, cortejada por el mismísimo duque de Lightwood. Pero ella no veía lo que yacía debajo de la superficie, la incertidumbre, el miedo que me carcomía.

—Señorita Blair —me saludó Bastian con una leve reverencia mientras descendía los escalones, su tono cálido y su mirada detenida en la mía. Había una posesividad en sus ojos que aceleró mi pulso, no solo por miedo, sino por algo más que no estaba lista para admitir.

—Su Gracia —respondí, con la voz lo más uniforme que pude. Era muy consciente de las miradas de mi familia sobre nosotros, especialmente la de mi madre, que se asomaba en la puerta, observándonos con un interés apenas disimulado.

Bastian me ofreció su brazo, y lo tomé, permitiéndole guiarme hasta el carruaje que nos esperaba. Era todo encanto mientras intercambiaba amables palabras con mi madre, haciéndola prácticamente irradiar aprobación. Podía ver cómo se vería esto para cualquiera desde fuera: un duque cortejando a una joven dama con toda la corrección que su rango esperaba. Pero yo sabía la verdad. Esto no era un cortejo ordinario.

Una vez que estuvimos acomodados en el carruaje, el comportamiento de Bastian cambió. La máscara del duque pulido se deslizó solo un poco, revelando un lado más tierno, más posesivo. Me miró con algo cercano al orgullo, su mano descansando en el asiento entre nosotros, los dedos temblando como si quisiera alcanzarme, pero se contuviera.

No pasó mucho antes de que cediera al impulso, colocando su mano suavemente sobre mi vientre. Me tensé ante la intimidad inesperada, pero su toque fue sorprendentemente tierno. Dibujó círculos lentos en mi abdomen, su expresión suavizándose mientras miraba hacia mi estómago.

—Hola, pequeño —murmuró, con una voz tan baja que me hizo estremecer—. Debes ser paciente, cariño. Pronto estaremos todos juntos, tu madre y yo, después de la boda.

Sus palabras, pronunciadas con tanta casualidad pero con tanta convicción, hicieron que mi corazón latiera con fuerza en mi pecho. El peso de lo que estaba diciendo, la certeza con la que hablaba, era sofocante. Apenas podía respirar, el ritmo del carruaje resonando con la tormenta dentro de mí.

No pude encontrar palabras para responder, mis pensamientos demasiado confusos para formar frases coherentes. Todo lo que pude hacer fue quedarme allí, dejando que él hablara con un niño que podía o no existir, sintiendo cómo las murallas de mis defensas cuidadosamente construidas comenzaban a desmoronarse.

El resto del viaje transcurrió en un tenso silencio, solo interrumpido por el traqueteo del tren mientras avanzaba hacia nuestro destino. Cuando llegamos al parque, el aire estaba fresco y limpio, el contraste perfecto con la pesadez que se había asentado sobre mí.

Encontramos un lugar bajo un gran sauce, cuyas ramas colgantes ofrecían privacidad y sombra. Bastian extendió una manta sobre la hierba, sus movimientos cuidadosos y precisos, como si estuviera preparando el escenario para alguna gran actuación. Podía ver lo mucho que se esforzaba, cuánto deseaba ganarse mi favor, y a pesar de todo, eso tocaba algo profundo dentro de mí.

Mientras nos acomodábamos, Bastian se esmeró en arreglar el picnic. Me ofreció un vaso de limonada, observándome con esos ojos intensos suyos. Lo bebí lentamente, tratando de calmar el nerviosismo que revoloteaba en mi estómago.

Una repentina brisa atravesó el parque, y algunos mechones de mi cabello se soltaron de sus horquillas, cayendo sobre mi rostro. Bastian extendió la mano sin dudar, colocando suavemente los mechones sueltos detrás de mi oreja. El simple gesto fue tan tiernamente inusual que me tomó por sorpresa, enviando un cálido rubor a mis mejillas.

—Deberías dejarlo suelto más a menudo —comentó, su tono casi juguetón mientras contemplaba mi cabello con una mirada curiosa—. Te queda bien.

Logré esbozar una pequeña sonrisa, sin saber cómo responder. El hombre que me había manipulado, que me había acorralado, ahora me miraba como si fuera algo precioso. Era desarmante, confuso.

Hablamos sobre cosas triviales, sobre el clima, la belleza del parque, los próximos eventos sociales. Pero había una tensión bajo nuestras palabras, una tensión que ninguno de los dos reconocía pero que ambos sentíamos profundamente. La mano de Bastian encontró de nuevo su camino hacia mi vientre, su toque permaneciendo, como para recordarme la vida que él creía que habíamos creado juntos.

Y luego, sin previo aviso, me levantó y me acomodó en su regazo, sus brazos rodeándome protectores. La repentina cercanía me hizo contener la respiración, pero no me resistí. Había algo reconfortante en la forma en que me sostenía, como si en ese momento, todas sus intrigas y maniobras quedaran a un lado.

Sus labios encontraron los míos en un beso que fue mucho más suave de lo que esperaba. No había urgencia, ni fuerza, solo una ternura lenta y deliberada que me tomó por sorpresa. Su mano, cálida y firme, descansaba en mi estómago, como anclándonos a ambos en la realidad de la situación. Por primera vez, sentí un destello de algo, algo que había estado resistiendo durante tanto tiempo. Un estremecimiento, una sensación de calidez que no podía nombrar del todo.

Cuando finalmente se apartó, sus labios se deslizaron hasta mi vientre, presionando un suave

beso que me provocó otro escalofrío. Apenas podía creer que este era el mismo hombre que me había acorralado en cada oportunidad, que me había dejado sintiéndome atrapada e indefensa. Y, sin embargo, aquí estaba, tratándome con un cuidado y una consideración que no esperaba.

—Me pregunto —murmuró Bastian, con sus labios rozando mi piel mientras hablaba—. ¿Tendrá nuestro hijo tu espíritu, tu fuego? ¿O será más como yo, calculador e implacable?

Sus palabras, dichas con tanta honestidad, me hicieron contener el aliento. No sabía cómo responderle, no sabía cómo reconciliar al hombre que tenía ante mí con el que me había manipulado tan despiadadamente.

—Supongo —susurré, con la voz temblorosa—, que será una mezcla de ambos. Fuerte, como su padre, pero con voluntad propia.

Los ojos de Bastian se encontraron con los míos, y algo indescifrable brilló en su mirada.

—Haré lo que sea necesario para protegerlo, Adelaide. Para protegerte. Espero que lo creas.

Quería decir que sí, que lo creía, pero las palabras no salieron. En lugar de eso, asentí, con el corazón envuelto en un torbellino de emociones que no podía empezar a desenmarañar.

Cuando Bastian se levantó para ir a buscar una manta al carruaje, el viento se intensificó, trayendo consigo un repentino frío. Me envolví en mis brazos, observándolo mientras se alejaba, con la mente hecha un mar de emociones contradictorias. Pero justo cuando empezaba a darle sentido a todo, un calambre agudo y violento me atravesó el abdomen.

El dolor era como nada que hubiera sentido antes, una agonía punzante y retorcida que me dejó sin aliento. Solté un jadeo, agarrándome el estómago mientras el mundo se inclinaba a mi alrededor. El calambre volvió, esta vez con más fuerza, y me doblé, con la visión nublada por las lágrimas.

—¡Bastian! —grité, con la voz estrangulada por el dolor.

Él estaba a mi lado en un instante, con el rostro pálido de alarma mientras se arrodillaba junto a mí.

—¿Adelaide? ¿Qué pasa? ¿Qué está sucediendo?

—N-No lo sé —logré decir con dificultad, el dolor era tan intenso que apenas podía pensar —. Me duele… me duele mucho…

Sin decir una palabra más, Bastian me levantó en sus brazos, con una expresión de determinación sombría. Me llevó al carruaje, dando órdenes al conductor para que nos llevara de vuelta a su residencia lo más rápido posible. La urgencia en su voz, el miedo en sus ojos, era casi suficiente para ahogar el dolor. Casi.

Mientras el carruaje se apresuraba por las calles, Bastian me mantenía cerca, su mano aferrada a la mía con fuerza.

—Todo estará bien, Adelaide —murmuró, aunque su voz estaba cargada de preocupación—. Ya casi llegamos. Aguanta.

Sus palabras intentaban consolarme, pero todo lo que podía pensar era en el dolor abrasador que no cesaba, en el miedo de que algo estuviera terriblemente mal. Nunca había visto a Bastian así, tan vulnerable, tan desesperado, y eso me asustaba casi tanto como el dolor mismo.

Cuando finalmente llegamos a su residencia, Bastian no dudó. Me llevó directamente al interior, gritando para que llamaran al médico. El personal se apresuró a obedecer, con los rostros tensos de preocupación mientras se movían por la casa. Pude ver la tensión en el rostro de Bastian, la forma en que su mandíbula estaba apretada, sus ojos oscurecidos por el miedo. Este ya no era el duque confiado y calculador que había llegado a conocer. Este era un hombre

aterrorizado por perder algo, o a alguien, a quien apenas había comenzado a darse cuenta de que le importaba.

El médico llegó rápidamente, con una expresión grave mientras me examinaba. Me aferré a la mano de Bastian, mis uñas clavándose en su piel mientras otra ola de dolor me atravesaba. Apenas podía concentrarme en lo que decía el médico, con la mente nublada por el miedo y la agonía.

Pero una cosa estaba clara: lo que estaba sucediendo no era normal. Y estaba amenazando con destrozar todo, todo lo que había intentado mantener a raya.

—Adelaide, quédate conmigo —susurró Bastian, con la voz quebrada mientras se inclinaba para besarme en la frente—. Por favor, quédate conmigo. Superaremos esto. Te lo prometo.

Quería creerle, encontrar consuelo en sus palabras, pero el dolor era demasiado. Todo lo que podía hacer era aferrarme, rezando para que esto no fuera el final, para que de alguna manera, superáramos esto, juntos.

24

La Sangre y la Revelación

La habitación estaba impregnada de un silencio tenso, roto solo por el susurro de las herramientas del doctor mientras trabajaba con rapidez, sus movimientos eficientes y experimentados. Bastian se mantenía cerca, con una expresión que mezclaba preocupación y algo más profundo, algo casi similar al miedo. Me sostenía la mano con fuerza, como si soltarla pudiera hacer que todo se desmoronara.

El doctor frunció el ceño mientras me examinaba, sus manos firmes pero gentiles presionando mi abdomen, su rostro no revelaba nada. Me estremecí cuando otro dolor agudo atravesó mi cuerpo, mordiéndome el labio para contener un grito. El agarre de Bastian en mi mano se volvió más fuerte, y podía sentir la tensión emanando de él en oleadas.

—Su Gracia —dijo finalmente el doctor, con voz grave—, debo pedirle que se aparte.

Bastian dudó, sus ojos se encontraron con los míos antes de que, a regañadientes, soltara mi mano y se apartara. El doctor continuó su examen, su expresión volviéndose más seria con cada momento que pasaba. Luego, con una fuerte inhalación, levantó con cuidado el borde de mi vestido, revelando la mancha carmesí que se había extendido por la tela.

Un jadeo escapó de mis labios, y el rostro de Bastian se quedó sin color. Dio un paso adelante, con los ojos abiertos de par en par por la sorpresa.

—¿Es… ella…?

El doctor alzó la vista hacia él, con una expresión inescrutable.

—Parece que la señorita está sangrando, Su Gracia. Debo continuar examinando para determinar la causa.

Mi corazón latía con fuerza en mi pecho, el miedo se aferraba a mí mientras el doctor seguía con su labor. No podía ver el rostro de Bastian, pero podía sentir el peso de su mirada sobre mí, la tensión en la habitación se volvía más densa con cada segundo que pasaba.

Los minutos parecían alargarse hasta el infinito mientras el doctor trabajaba, su rostro era una máscara de concentración. Finalmente, levantó la vista, su expresión suavizándose ligeramente.

—Señorita Blair —comenzó, con un tono cauteloso—, he determinado que el sangrado no se debe a un aborto espontáneo, como quizás temían. De hecho, parece que ha comenzado su curso mensual.

Parpadeé, las palabras no terminaron de registrarse al principio.

—¿Mi… curso?

—Sí —confirmó el doctor, con voz firme—. Está experimentando el inicio de su flujo mensual. Es algo natural y, aunque el dolor que siente es ciertamente angustiante, no es infrecuente.

Un alivio me invadió, una oleada de emoción tan abrumadora que me sentí mareada. No estaba embarazada. La realización me golpeó con la fuerza de una ola, y por un momento, me perdí en el tumulto de sentimientos que la siguieron. Alivio, sí, pero también algo más, algo que no esperaba. Una tristeza profunda y dolorosa que se instaló en mi pecho, dificultando la respiración.

No estaba embarazada. No había ningún bebé, ninguna vida creciendo dentro de mí. Aquello que había temido durante tanto tiempo, lo que había intentado negar y resistir, ahora se había desvanecido. Y con ello, una extraña sensación de pérdida que no podía explicar.

Pero cuando levanté la vista hacia Bastian, el alivio que sentía se atenuó al ver su rostro, pálido, demacrado y lleno de un dolor profundo e inexpresado. Sus ojos estaban oscuros por la decepción, su expresión era de una tristeza profunda. Parecía como si el suelo se hubiera desmoronado bajo sus pies, como si la misma base de su mundo se hubiera derrumbado.

—No hay bebé —susurré, más para mí misma que para él.

La mandíbula de Bastian se tensó, sus manos se cerraron en puños a sus lados.

—No —dijo, con la voz apenas audible—. No, no lo hay.

El doctor, al percibir la tensión entre nosotros, se excusó discretamente y salió de la habitación con la promesa de regresar más tarde. La puerta se cerró tras él, y el silencio que siguió fue ensordecedor.

No sabía qué decir, cómo cerrar la brecha que se había abierto entre nosotros. El hombre que había estado tan lleno de esperanza, que había hablado con tanta ternura a un niño que no existía, estaba ahora ante mí, destrozado y vulnerable de una manera que nunca antes había visto.

—Bastian… —empecé, pero las palabras se atascaron en mi garganta. ¿Qué podía decir? ¿Qué consuelo podía ofrecerle a un hombre que había depositado sus esperanzas en algo que nunca fue real?

Se giró, con los hombros tensos, la cabeza inclinada.

—Pensé… —se interrumpió, con la voz cargada de emoción—. Pensé que había una posibilidad. Que nosotros… que tú y yo…

Sus palabras se cortaron, y dejó escapar una risa amarga, sacudiendo la cabeza como si intentara deshacerse de los pensamientos que lo atormentaban.

—Debo haber sido un tonto.

—No —dije rápidamente, extendiendo la mano hacia él, pero él se apartó, rehusando mirarme a los ojos.

—Quería creerlo —continuó, con la voz baja y dolida—. Quería creer que podía salir algo bueno, algo puro, de todo esto. Un hijo. Nuestro hijo. Pero todo fue solo… una mentira.

La angustia en su voz me atravesó como un cuchillo, y sentí que mis propias lágrimas comenzaban a brotar, quemando mis ojos.

—Nunca quise mentirte, Bastian —susurré—. Nunca quise hacerte daño.

Finalmente me miró, con los ojos llenos de una tristeza profunda y dolorosa.

—Y sin embargo, aquí estamos.

La habitación parecía cerrarse a nuestro alrededor, el aire se hacía pesado con el peso de las palabras no dichas, de los sueños que se habían desvanecido. Había estado tan enfocada en mis

propios miedos, en mi necesidad de control, que nunca me detuve a considerar lo que esto podría significar para él. Para nosotros.

El silencio se prolongó, lleno de los fantasmas de lo que podría haber sido. Finalmente, Bastian habló, con voz hueca.

—Debes descansar, Adelaide. Haré que el carruaje te lleve de vuelta a Windermere.

Quería protestar, decir que no quería que las cosas terminaran así, pero la mirada en sus ojos me dijo que no valía la pena. Necesitaba tiempo, al igual que yo. Tiempo para procesar lo que había sucedido, para aceptar la realidad a la que ahora nos enfrentábamos.

Salió de la habitación sin decir otra palabra, y me quedé sola, con los ecos de nuestra conversación resonando en mis oídos. No estaba embarazada. La verdad era tanto una bendición como una maldición, un alivio empañado por el conocimiento del dolor que había causado.

Mientras me recostaba en las almohadas, el cansancio se apoderaba de mí, y no podía evitar preguntarme qué nos depararía el futuro. Bastian y yo habíamos sido unidos por una serie de eventos que ninguno de los dos podía controlar, y ahora que la base de ese vínculo había sido despojada, me quedaba solo la incertidumbre.

Pero algo era claro: el camino por delante no sería fácil. Para ninguno de los dos.

25

La Habitación del Bebé

Los días que siguieron estuvieron marcados por un silencio pesado y opresivo. Bastian había desaparecido casi por completo de mi vida, refugiándose en las sombras de su finca, dejándome lidiar con las emociones contradictorias que bullían dentro de mí. Al principio, me dije a mí misma que esto era lo mejor, que su ausencia me daría el espacio que necesitaba para pensar y sanar. Pero a medida que las horas se convertían en días, no podía sacudirme la sensación de que algo importante había quedado sin resolver.

Me sentía extraña por no tener un bebé en mi vientre. Sentía como si algo faltara. Quizás, al igual que Bastian, había comenzado a pensar que realmente había un hijo suyo en mi vientre y que estaba embarazada de verdad. Quizás estaba imaginando que mi barriga crecería tanto en unas pocas semanas que no podría ocultarla. Pero cuando no estaba embarazada, tuve que aceptar el hecho de que nuestro bebé no existía. Y, de forma extraña, me sentí decepcionada.

A pesar de todo lo que había pasado, me sorprendí a mí misma echando de menos su presencia: su intensidad, su determinación, incluso su testarudez exasperante. Había algo en él que se había entrelazado en la estructura de mi vida, algo que no había apreciado del todo hasta ahora. Y la idea de que él estuviera sufriendo solo, lidiando con su desilusión y dolor, me corroía de una manera que no había anticipado.

Sabía que necesitaba enfrentar mis sentimientos, verlo y decir las palabras que habían estado atrapadas en mi pecho desde aquel día. Así que, con una determinación que incluso a mí me sorprendía, decidí visitar a Bastian en su finca.

El viaje en carruaje hasta la mansión Lightwood fue tenso, el paisaje campestre pasaba en un borrón mientras ensayaba lo que iba a decir. Imaginé todas las formas en que podría desarrollarse la conversación: cómo podría reaccionar él, qué haría yo si seguía distante y frío. Pero nada podría haberme preparado para lo que encontré cuando llegué.

La mansión se erguía imponente ante mí, su estructura imponente contrastando con el exuberante verdor que la rodeaba. Bajé del carruaje, con el corazón palpitando con una mezcla de determinación y aprensión. El mayordomo, Alfred, me recibió en la puerta, con una expresión cuidadosamente neutral mientras se inclinaba y me guiaba hacia el interior.

—Señorita Blair —me saludó con un respetuoso asentimiento—. ¿En qué puedo asistirla hoy?

—He venido a ver al duque —respondí, con una voz más firme de lo que me sentía—. Necesito hablar con él.

Alfred vaciló, una sombra cruzando su rostro.

—Me temo que Su Gracia no está recibiendo visitas en este momento.

Una punzada de decepción me atravesó, pero me negué a dejarme disuadir.

—Por favor, Alfred. Solo necesito un momento con él. Es importante.

Los ojos de Alfred se suavizaron ligeramente, un destello de simpatía en su mirada.

—Lo entiendo, señorita Blair, pero Su Gracia ha estado… indispuesto desde el incidente. Ha solicitado estar solo.

Las palabras me golpearon más fuerte de lo que esperaba, un nudo de culpa apretándose en mi pecho.

—¿Indispuesto? ¿Ha estado enfermo?

—No en el sentido físico, señorita —dijo Alfred en voz baja, con tono vacilante—. Es su espíritu el que está herido. Ha tomado la noticia de su condición con mucha dificultad.

Aparté la mirada, una nueva oleada de culpa inundándome.

—Nunca quise hacerle daño —susurré, más para mí misma que para Alfred.

—Lo sé, señorita Blair —respondió Alfred con gentileza—. Pero creo que Su Gracia necesita tiempo para aceptar lo que ha sucedido.

Asentí, tragando contra el nudo en mi garganta.

—Pero debo verlo, Alfred. Por favor.

El mayordomo pareció considerar mis palabras durante un largo momento antes de suspirar, sus hombros hundiéndose ligeramente.

—Muy bien, señorita Blair. Si me sigue.

Me guió por los pasillos silenciosos de la mansión, las grandes salas resonando con un silencio que se sentía casi antinatural. Había visitado la mansión Lightwood antes, pero nunca se había sentido tan fría, tan vacía. Alfred me llevó a una parte de la casa que nunca había visto, por un corredor que parecía apartado del resto del esplendor de la mansión.

Nos detuvimos ante una puerta al final del pasillo, y Alfred vaciló antes de girarse hacia mí.

—Este es el lugar donde Su Gracia preparó una habitación para el niño —dijo suavemente—. Pasó muchas noches aquí, planeando y preparando para la llegada del pequeño.

Me quedé mirando la puerta, sintiendo cómo se instalaba sobre mí una sensación de temor.

—¿Una habitación… para el niño?

Alfred asintió, con una expresión sombría.

—Sí, señorita Blair. Quería que todo fuera perfecto.

Con una mano temblorosa, extendí la mano hacia la puerta y la empujé para abrirla. La vista que me recibió fue como un golpe en el estómago, dejándome sin aliento. La habitación era pequeña pero bellamente decorada, cada detalle elegido meticulosamente. Una cuna de madera pulida estaba en la esquina, cubierta con suaves sábanas. Una mecedora estaba a su lado, con una manta tejida a mano colocada sobre el respaldo. Los juguetes estaban dispuestos ordenadamente en una estantería, y las paredes estaban pintadas de un suave y calmante azul.

Di un paso dentro, llevando mi mano a la boca mientras lo asimilaba todo. Bastian había hecho esto. Había creado esta habitación para un hijo que nunca existiría. La realización me golpeó con la fuerza de una ola gigante, ahogándome en una mezcla de tristeza y arrepentimiento.

—Estaba tan seguro —murmuró Alfred desde la puerta—. Tan seguro de que el niño llegaría.

Nunca lo había visto tan… esperanzado.

Me giré para mirar al mayordomo, con los ojos llenos de lágrimas.

—¿Por qué no me lo dijo?

—Creo que quería que fuera una sorpresa —dijo Alfred con suavidad—. Una forma de mostrarle que estaba comprometido, que estaba listo para ser padre.

Mi pecho se apretó y sentí un sollozo formarse en mi garganta.

—No lo sabía —susurré, con la voz entrecortada—. No me di cuenta de cuánto significaba para él.

Alfred dio un paso adelante, con una expresión amable pero firme.

—Señorita Blair, Su Gracia ha sido muchas cosas en su vida: frío, calculador, distante. Pero esta fue la primera vez que lo vi realmente desear algo para otra persona. No se trataba solo del niño. Se trataba de usted.

Las lágrimas se desbordaron, y me dejé caer en la mecedora, con las manos temblorosas mientras aferraba la manta.

—Nunca quise que esto sucediera —logré decir, ahogada por la emoción—. Nunca quise herirlo.

—Lo sé —dijo Alfred en voz baja—. Pero tal vez no sea demasiado tarde.

Lo miré, con la visión borrosa por las lágrimas.

—¿Qué quiere decir?

—Puede que esté herido, pero no está fuera de su alcance —respondió Alfred—. Si le habla, si realmente le abre su corazón, todavía hay una oportunidad. Una oportunidad para algo real.

Me quedé sentada allí, con el peso de las palabras de Alfred cayendo sobre mí como un pesado manto. ¿Podría ser posible? ¿Podría haber aún una oportunidad para que Bastian y yo encontráramos algo real, algo duradero, a pesar de todo lo que había sucedido?

—Lo intentaré —susurré, con la voz apenas audible.

Alfred me dio una pequeña sonrisa alentadora.

—Eso es todo lo que necesita, señorita Blair. Una oportunidad.

Con eso, el mayordomo se dio la vuelta y salió en silencio de la habitación, dejándome sola en el espacio que Bastian había preparado con tanto amor. Miré a mi alrededor, con el corazón dolorido por una tristeza que no había comprendido del todo que era capaz de sentir. Esta habitación era un testamento del hombre al que apenas había comenzado a entender, el hombre que había ocultado su esperanza, su deseo de algo más, bajo un barniz de control y poder.

Me levanté de la silla y caminé hacia la cuna, pasando los dedos por la suave madera. Podía imaginarlo aquí, de pie donde yo estaba ahora, imaginando un futuro que nunca sería. El pensamiento trajo nuevas lágrimas a mis ojos, pero junto con la tristeza, había algo más: un destello de esperanza.

No podía cambiar el pasado, no podía deshacer el daño que nos habíamos causado el uno al otro. Pero tal vez, solo tal vez, todavía había una forma de avanzar. Una forma de tomar los pedazos de lo que se había roto y construir algo nuevo.

Me limpié las lágrimas y respiré hondo, la determinación que había sentido antes regresando con una renovada fuerza. Encontraría a Bastian. Haría que me escuchara, haría que viera que a pesar de todo, todavía teníamos una oportunidad. Era hora de dejar de huir, de dejar de esconderme de los sentimientos que había mantenido enterrados durante tanto tiempo.

26

El consejo de un Confidente

El peso de lo que había visto en el cuarto del bebé en la mansión Lightwood me acompañó al regresar a casa. Los juguetes cuidadosamente elegidos, la mecedora, la cuna… todo era un testamento de la esperanza que Bastian había albergado, una esperanza que nunca había comprendido que existiera. Mi corazón dolía al saber que lo había herido de maneras que no había comprendido del todo.

Pero más que eso, estaba empezando a darme cuenta de cuánto había llegado a significar Bastian para mí. El hombre que inicialmente me había asustado con su frialdad y manipulación había mostrado un lado diferente, un lado que se preocupaba profundamente, que quería un futuro conmigo y, posiblemente, con nuestro hijo. El conflicto dentro de mí era abrumador, y sabía que no podía resolverlo sola.

Había solo una persona a la que podía recurrir en busca de orientación: Anne, mi hermana mayor. Anne siempre había sido la sensata, la que podía escucharme cuando mis emociones se enredaban demasiado como para deshacer el nudo por mi cuenta.

La encontré en el jardín, disfrutando de un raro momento de soledad mientras cuidaba las rosas. Su cabello castaño rojizo brillaba al sol, y había una expresión serena en su rostro mientras podaba delicadamente las flores. Por un momento, dudé, sin saber cómo empezar. Pero Anne debió de sentir mi presencia, pues se volvió hacia mí con una sonrisa que rápidamente se desvaneció al ver el tumulto en mis ojos.

—Adelaide —dijo suavemente, dejando a un lado las tijeras—. ¿Qué ocurre?

Me mordí el labio, con las palabras atrapadas en mi garganta. Pero Anne siempre había sido perceptiva, y me tomó de la mano, llevándome a un banco cercano donde pudimos sentarnos juntas.

—Es Bastian —logré decir finalmente, con la voz temblorosa—. No sé qué hacer, Anne. Estoy tan confundida.

La expresión de Anne se suavizó con comprensión.

—Cuéntame qué te preocupa, querida. Estoy aquí para escucharte.

Respiré hondo, intentando calmar mis nervios.

—Necesito contarte todo, Anne. La verdad completa: cosas que he tenido demasiado miedo de admitir, incluso para mí misma.

Sus ojos se abrieron ligeramente, pero asintió, apretando mi mano en un gesto silencioso de ánimo.

—Todo comenzó la noche del baile de aniversario del reino —comencé, con la voz apenas por encima de un susurro—. Bebí demasiado después de ver a Colin con otra mujer… y de alguna manera, terminé en la cama del duque Bastian.

La respiración de Anne se detuvo, apretando mi mano con más fuerza.

—Adelaide…

—No recordaba nada —continué rápidamente, dejando que las palabras salieran antes de que perdiera el valor—. No hasta que desperté a la mañana siguiente y me encontré desnuda en su cama, sin idea de cómo llegué allí. Entré en pánico y huí. Quería olvidar que alguna vez sucedió.

Anne me miraba, con los ojos muy abiertos por el shock.

—¿Y Bastian… te encontró?

—Sí —admití, con lágrimas asomando en mis ojos—. Envió una propuesta de matrimonio a nuestro hogar, convencido de que estaba esperando un hijo suyo. Pensó que… que algo pasó esa noche, y quería protegerme a mí y a nuestro supuesto bebé.

La mano de Anne voló a su boca, su rostro pálido por la incredulidad.

—Adelaide… ¿has llevado este secreto sola todo este tiempo? ¿Por qué no me lo dijiste?

—Estaba aterrada, Anne —confesé, con la voz quebrada—. No sabía qué hacer. Y luego, cuando me di cuenta de que no estaba embarazada, pensé que todo desaparecería, que él me dejaría en paz. Pero en lugar de eso, Bastian desapareció de repente.

—¿Desapareció? —repitió Anne, con la voz llena de preocupación—. ¿Qué quieres decir?

Tragué con dificultad, intentando mantener mis emociones bajo control.

—Después de que descubrió que no estaba embarazada, se desvaneció de mi vida. No hubo cartas, ni visitas, nada. Pensé que finalmente se había rendido conmigo, que había seguido adelante. Pero cuando fui a su mansión, descubrí que había estado preparando un cuarto para el bebé, planeando para un niño que ni siquiera era real.

—¿El cuarto del bebé? —repitió Anne, frunciendo el ceño con confusión.

—Había preparado una habitación —expliqué, con la voz cargada de emoción—. Una habitación para el bebé que estaba tan seguro de que íbamos a tener. Lo planeó todo, Anne, hasta el más mínimo detalle. Estaba tan esperanzado, tan seguro, y yo… yo no me di cuenta de cuánto significaba para él.

Los ojos de Anne se suavizaron con simpatía mientras apretaba mi mano.

—Oh, Adelaide…

—Nunca pensé que fuera capaz de tal ternura —continué, mis pensamientos saliendo en un torrente—. Pensé que solo estaba interesado en el control, en que todo saliera a su manera. Pero ahora, no estoy tan segura. Creo… creo que lo he juzgado mal.

Anne permaneció en silencio por un momento, su expresión una mezcla de shock, tristeza y algo más, algo más profundo.

—Adelaide, no tenía idea de que estabas pasando por todo esto sola. Deberías haber venido a mí.

—Lo sé —susurré, con la culpa apoderándose de mí—. Pero no quería arrastrarte a mi lío. No quería que pensaras menos de mí.

Los ojos de Anne se suavizaron y me rodeó con un abrazo firme.

—Eres mi hermana, Adelaide. Nunca pensaría menos de ti. Solo lamento que sintieras que tenías que cargar con este peso sola.

Me aferré a ella, el peso de mis secretos finalmente levantándose mientras me permitía apoyarme en su apoyo.

—Estoy tan confundida, Anne. No sé qué hacer. Una parte de mí todavía tiene miedo, todavía no está segura de si puedo confiar en Bastian. Pero otra parte de mí… está empezando a preocuparse por él, más de lo que esperaba.

Anne se apartó un poco, con las manos sobre mis hombros mientras me miraba a los ojos.

—Adelaide, parece que Bastian te ha mostrado una parte de sí mismo que no revela a muchos. Y también parece que has comenzado a verlo bajo una nueva luz.

—No sé qué hacer —repetí, con la voz temblorosa—. No sé si puedo confiar en él, pero no puedo negar que le importo, que nos importamos.

Anne sonrió suavemente, con los ojos llenos de una sabiduría que solo una hermana mayor podía poseer.

—Adelaide, el amor no siempre es simple o fácil, especialmente cuando ha habido tanto dolor y malentendidos. Pero creo que necesitas hacerte una pregunta importante: ¿Crees que Bastian realmente se preocupa por ti? ¿No solo como un medio para un fin, sino como persona?

Dudé, pensando en la forma en que Bastian me había mirado, en la forma en que había hablado con el niño que creyó que íbamos a tener. Había una emoción genuina en sus ojos, una vulnerabilidad que nunca había visto antes.

—Sí —admití en voz baja—. Creo que le importo. Creo que ha estado tratando de mostrarme eso a su manera, pero he tenido demasiado miedo para verlo.

La sonrisa de Anne se amplió, y extendió la mano para colocar un mechón suelto detrás de mi oreja.

—Entonces tal vez es hora de dejar de permitir que el miedo te detenga, Adelaide. Eres más fuerte de lo que crees, y si tu corazón te dice que Bastian vale la pena, tal vez sea momento de confiar en eso.

Sus palabras resonaron profundamente en mí, y sentí que comenzaba a surgir un sentido de claridad desde la niebla de la confusión. Tenía razón; había dejado que el miedo dictara mis acciones, temerosa de abrirme a la posibilidad del amor debido al dolor que podría traer. Pero Bastian me había mostrado un lado diferente de sí mismo, un lado capaz de amar, de ser tierno, y no podía ignorarlo.

—Gracias, Anne —susurré, con los ojos llenos de lágrimas—. No sé qué haría sin ti.

Anne me envolvió en un abrazo reconfortante, su calidez envolviéndome como un escudo protector.

—Siempre me tendrás, querida. Pero recuerda, la decisión es tuya. Sigue a tu corazón, y todo lo demás se resolverá solo.

Asentí, sintiendo que una resolución se asentaba en mí. Sabía lo que tenía que hacer. Era hora de dejar de huir, de dejar que el miedo me impidiera aprovechar la oportunidad de felicidad que estaba justo frente a mí.

Pero incluso mientras tomaba esta decisión, una nueva preocupación se coló en mi mente. Los rumores que habían comenzado a circular en la sociedad se hacían más fuertes, más insistentes. Susurros sobre esa noche con Bastian, sobre el escándalo que seguramente seguiría si la verdad salía a la luz. Había tratado de ignorarlos, de apartarlos como simples chismes sin importancia, pero no podía negar que los rumores estaban empezando a cobrar vida propia.

27

Vientos Susurrantes

Los vientos del chisme comenzaron a arremolinarse casi de inmediato después de mi conversación con Anne. Lo que había comenzado como susurros débiles en los salones de la alta sociedad pronto se convirtió en una tormenta rugiente, amenazando con destruir todo lo que había luchado tanto por proteger. Mi noche con el duque Bastian se había convertido en el tema de conversación de la sociedad, con cada relato más adornado y malicioso que el anterior.

Todo empezó con miradas de reojo en reuniones sociales, murmullos silenciosos detrás de manos enguantadas y comentarios sutiles pero hirientes sobre la naturaleza "inesperada" de mi compromiso con el duque de Lightwood. Pero a medida que los rumores crecían, también lo hacía la crueldad de las historias que se contaban.

No pasó mucho tiempo antes de que los rumores tomaran vida propia. Algunos afirmaban que había perseguido descaradamente a Bastian, atrayéndolo a una aventura escandalosa para asegurar su propuesta. Otros susurraban que lo había seducido, atrapándolo en una red de engaños con la promesa de un hijo que nunca existió. Lo más cruel de todo era que se insinuaba que había estado involucrada con varios hombres esa noche y que simplemente había elegido a Bastian como el objetivo más ventajoso.

Cada día traía una nueva ola de especulación, y podía sentir cómo las paredes se cerraban a mi alrededor a medida que el escándalo se intensificaba. Cada movimiento mío era escrutado, cada gesto analizado en busca de señales de culpabilidad. Era como si la sociedad ya hubiera decidido mi destino mucho antes de que tuviera la oportunidad de defenderme.

Incluso las invitaciones que antes llegaban en abundancia comenzaron a disminuir, reemplazadas por frías recepciones y miradas heladas. Aquellos que antes me habían recibido en sus hogares ahora mantenían su distancia, temerosos de que la mancha del escándalo se extendiera a ellos por asociación. La soledad era asfixiante, y me sentía más sola que nunca.

Una tarde, mientras caminaba por la plaza del mercado, podía sentir el peso de las miradas sobre mí. El bullicio habitual de la actividad parecía disminuir a medida que pasaba, y capté fragmentos de conversaciones que hicieron que mi corazón doliera.

—Qué pena… parecía una chica tan dulce…

—Dicen que el duque solo propuso matrimonio porque no tenía otra opción. Imagínate la desgracia…

—Su pobre familia… ¿qué será de ellos si esto continúa?

Las palabras me hirieron profundamente, cada una un recordatorio de lo rápido que la sociedad podía volverse en contra de alguien a quien antes había acogido. Mantuve la cabeza en alto, negándome a permitir que vieran cuánto me afectaban sus susurros, pero por dentro, me estaba desmoronando.

Mientras pasaba apresuradamente junto a un grupo de mujeres que abiertamente chismeaban sobre mí, vi a Señora Abigail, una de las mujeres más influyentes de la sociedad. Siempre había sido un pilar de la propriedad, alguien cuya aprobación podía hacer o deshacer las perspectivas de una joven. Pero ahora, al encontrar su mirada, no había calidez en sus ojos, solo un frío juicio.

—Señorita Blair —dijo con frialdad, su voz lo suficientemente alta como para que la escucharan los que estaban a su alrededor—. Confío en que esté… bien.

Forcé una sonrisa cortés, aunque mi corazón latía con fuerza en mi pecho.

—Gracias por su preocupación, Señora Abigail. Estoy sobrellevándolo lo mejor que puedo.

Sus labios se curvaron en una sonrisa que no alcanzó sus ojos.

—Claro. Espero que los rumores que circulan sobre usted estén… exagerados. Sería una lástima que alguien de su posición cayera en desgracia de manera tan espectacular.

La amenaza apenas velada en sus palabras me hizo estremecer, pero me negué a mostrarle mi miedo.

—Le aseguro, Señora Abigail, que siempre me he conducido con la mayor propiedad.

—Por supuesto —respondió, con un tono cargado de insinceridad—. Pero ya sabe cómo pueden descontrolarse estas cosas. Una dama debe estar siempre vigilante en proteger su reputación, para que no se vea manchada irreparablemente.

Dicho esto, se dio la vuelta, dejándome de pie en la plaza con una sensación de malestar en el estómago. Estaba claro que la marea se volvía en mi contra, y se me acababa el tiempo para salvar mi reputación.

Cuando llegué a Mansión Windermere, encontré a Anne esperándome en el salón, con la expresión llena de preocupación. Ella también había escuchado los rumores, y podía ver la inquietud grabada en sus rasgos.

—Adelaide —dijo suavemente, levantándose para recibirme—. He oído… cosas. Los rumores están empeorando.

Asentí, el cansancio evidente en mi voz.

—Lo sé, Anne. Lo siento, lo noto… la forma en que todos me miran, la forma en que hablan de mí. Es como si ya hubieran decidido que soy culpable.

Los ojos de Anne se llenaron de simpatía y tomó mis manos entre las suyas.

—No tienes que pasar por esto sola, Adelaide. Encontraremos una manera de limpiar tu nombre, de detener estos rumores antes de que lo destruyan todo.

—¿Pero cómo? —pregunté, con la voz temblorosa—. ¿Cómo luchamos contra algo así? Siento que cuanto más intento defenderme, peor se pone todo.

Anne guardó silencio por un momento, con la mirada fija en mí.

—¿Y Bastian? ¿Ha dicho algo? Seguramente él puede ayudar a poner fin a esto.

Negué con la cabeza, con una mezcla de frustración y miedo en el pecho.

—Ha estado… distante. Después de descubrir que no estaba embarazada, desapareció. Pensé que se había rendido conmigo, pero luego vi la habitación del bebé que había preparado. Es como si ya no supiera qué hacer, y yo tampoco.

El ceño de Anne se frunció en señal de preocupación.

—Necesitamos hablar con él, Adelaide. Él también es parte de esto, y si alguien puede

ayudar a detener estos rumores, es él.

Sabía que tenía razón, pero la idea de confrontar a Bastian, de pedir su ayuda, me llenaba de temor. La última vez que hablamos, vi un lado de él que era vulnerable, incierto, un lado que me hizo cuestionar todo lo que creía saber sobre él. Pero ahora, con las paredes cerrándose a mi alrededor, no tenía otra opción.

—Hablaré con él —dije finalmente, con una firmeza en mi voz a pesar del miedo que me carcomía—. Iré a la mansión Lightwood y le pediré que ayude a poner fin a esto.

Anne apretó mis manos, con la mirada llena de determinación.

—Saldremos de esta, Adelaide. Eres más fuerte de lo que crees, y no estás sola en esta lucha.

Asentí, tomando consuelo en sus palabras. Pero mientras me preparaba para enfrentar al duque de Lightwood una vez más, no podía sacudirme la sensación de que los vientos del chisme ya habían puesto en marcha eventos que quizás no pudiera detener.

El tiempo de esconderme había terminado. Era hora de enfrentar la tormenta de frente, de confrontar al hombre que, sin darse cuenta, había iniciado todo, y de encontrar una manera de recuperar la vida que se estaba escapando de mis manos.

28

Afrontar la Tormenta

La decisión de enfrentar los rumores de frente no fue algo que tomara a la ligera. Cada fibra de mi ser quería retirarse, esconderme de las miradas inquisitivas y las lenguas viperinas de la alta sociedad. Pero, como me había recordado Anne, el coraje no era la ausencia de miedo, sino la voluntad de actuar a pesar de él. Con su apoyo inquebrantable, me decidí a enfrentar la tormenta que amenazaba con engullirme.

El Baile Anual del Solsticio era el evento más prestigioso de la temporada, al que asistía la élite de la sociedad. Era una noche de opulencia, de vestidos relucientes y joyas deslumbrantes, de música y baile que duraba hasta las primeras horas de la mañana. También era el escenario perfecto para presentar mi postura.

Mientras me preparaba para la velada, elegí un vestido que exudaba elegancia y fuerza: una seda de un azul zafiro profundo que fluía como el agua con cada paso. El escote era modesto pero favorecedor, y el intrincado bordado plateado captaba la luz con cada movimiento. Anne me ayudó a arreglar el cabello en un elegante moño adornado con delicadas horquillas de perlas que habían pertenecido a nuestra madre.

—Estás deslumbrante —susurró Anne, con una orgullosa sonrisa en los labios mientras ajustaba un rizo suelto—. Nadie podrá quitarte los ojos de encima.

La miré a los ojos en el espejo, extrayendo fuerza de su confianza.

—Gracias, Anne. No podría hacer esto sin ti.

Ella me apretó suavemente el hombro.

—Siempre has tenido esta fuerza dentro de ti, Adelaide. Esta noche, el mundo también lo verá.

Con un último y profundo suspiro, descendí la gran escalera de Mansión Windermere, lista para enfrentar lo que me esperaba.

El trayecto en carruaje hacia el Gran Salón fue un borrón de farolas parpadeantes y el rítmico sonido de los cascos contra el adoquinado. A medida que nos acercábamos al imponente edificio, los sonidos de risas y música flotaban en el aire nocturno, mezclándose con el suave resplandor de los faroles que alineaban la entrada.

Al bajar del carruaje, sentí el peso de innumerables ojos sobre mí. Susurros recorrieron la multitud mientras subía los escalones de mármol, con Anne a mi lado. Pero en lugar de

encogerme bajo su escrutinio, levanté la barbilla, encontrando sus miradas con una resolución inquebrantable.

Dentro, el salón de baile era una sinfonía de color y luz. Las lámparas de araña de cristal arrojaban un cálido resplandor sobre un mar de invitados elegantemente vestidos, cuyas risas y conversaciones tejían un tapiz de sonido que llenaba el vasto espacio. La orquesta tocaba un animado vals, y las parejas giraban con gracia sobre el suelo pulido.

Al entrar, el murmullo pareció silenciarse momentáneamente, y todas las miradas se volvieron hacia nosotras. Podía sentir la intensidad de sus miradas, las preguntas y juicios no expresados que colgaban pesadamente en el aire. Pero me negué a intimidarme. En su lugar, permití que una serena sonrisa se dibujara en mis labios, reconociendo a los observadores con un leve asentimiento antes de avanzar más en la sala.

Señora Abigail, siempre la centinela de la propriedad, se acercó con una sonrisa calculada.

—Señorita Blair, qué alegría verla esta noche. Su vestido es exquisito.

—Gracias, Señora Abigail —respondí, igualando su comportamiento compuesto—. El evento es realmente espléndido. Las decoraciones son particularmente impresionantes este año.

Ella arqueó una ceja, tal vez sorprendida por mi franqueza.

—Ciertamente. Siempre es un punto culminante de la temporada.

Hubo una breve pausa, la tensión no expresada era palpable. Podía sentir su escrutinio, esperando un paso en falso, una admisión de culpabilidad. Pero mantuve mi posición, negándome a darle la satisfacción.

—¿Ha tenido la oportunidad de disfrutar los jardines? —pregunté, desviando la conversación de aguas traicioneras—. He oído que las flores están excepcionales en esta época del año.

La sonrisa de Señora Abigail se volvió más afilada, sus ojos se entrecerraron ligeramente.

—No tan excepcionales como los últimos chismes, me temo.

Mi corazón dio un vuelco, pero mantuve mi expresión neutral.

—El chisme tiende a exagerarse, Señora Abigail. He aprendido a prestarle poca atención.

—¿De veras? —respondió, condescendiente—. Es una lástima que otros no compartan su filosofía. Los rumores sobre usted y el duque de Lightwood ciertamente han cobrado vida propia.

Permanecí en silencio, mi pulso acelerándose mientras ella continuaba.

—Hablando del duque —dijo con una mirada calculadora—, parece que ha elegido distanciarse de este escándalo. Quizás ya haya seguido adelante.

Me obligué a mantener la calma, a pesar del nudo que se formaba en mi pecho.

—No me atrevería a presumir de conocer los pensamientos o acciones del duque, Señora Abigail.

Ella se inclinó ligeramente, su voz descendió a un susurro conspirativo.

—Bueno, ya no son solo rumores, señorita Blair. He escuchado de fuentes confiables que el duque Bastian se casará pronto… con Señora Isabella.

El aire pareció abandonarme en ese momento, mi respiración se detuvo en mi garganta. Señora Isabella, una de las miembros más prominentes de la familia real, y una mujer que durante mucho tiempo se rumoreaba que sería la prometida de Bastian. La noticia me golpeó como un golpe físico, pero no podía dejarlo ver.

—¿Es así? —pregunté, con la voz firme a pesar del tumulto interior.

—Sí —dijo Señora Abigail con una sonrisa malévola—. Parece que el escándalo que lo involucra a usted y al duque ha obligado a la familia real a actuar. No podían permitir que una unión así se viera mancillada, así que han acelerado el arreglo con Señora Isabella. Algunos

dicen que usted misma difundió los rumores, con la esperanza de atrapar al duque en matrimonio.

La acusación fue como una bofetada, pero me negué a darle la satisfacción de ver mi dolor. En su lugar, la miré con una calma que no sentía.

—Esa es una acusación infundada y cruel, Señora Abigail. Nunca recurriría a tácticas tan despreciables.

Ella inclinó la cabeza, como si considerara mis palabras.

—Quizás. Pero en nuestro mundo, la percepción es la realidad, señorita Blair. Y la realidad es que el duque se casará pronto con alguien mucho más adecuado que usted.

Las palabras dolieron, pero mantuve mi posición.

—Supongo que el tiempo revelará la verdad, ¿no es así?

Señora Abigail pareció decepcionada por mi falta de reacción, pero no presionó más. Con una leve inclinación de cabeza, se dio la vuelta y se alejó, dejándome sola con el peso de sus palabras presionando sobre mí.

Mientras permanecía allí, me di cuenta de cuán grave se había vuelto mi situación. La desaparición de Bastian de la vida pública, combinada con los rumores de su inminente matrimonio con Señora Isabella, me había colocado en una posición imposible. El escándalo había cobrado vida propia, y ahora me acusaban de intentar arrebatarle al duque a su legítima prometida.

Pero no me acobardaría. No permitiría que los susurros y las miradas dictaran mi vida. Por mucho que las palabras de Señora Abigail me hubieran sacudido, sabía que debía permanecer fuerte.

Reuniendo mi determinación, me moví por el salón de baile con la cabeza en alto, negándome a dejar que el escándalo me definiera. Cada mirada que encontraba la mía, cada palabra susurrada que seguía mi estela, solo avivaba mi determinación.

Busqué a Anne, que había estado observando desde la distancia, con preocupación grabada en su rostro. Cuando me acerqué, tomó mis manos entre las suyas, apretándolas suavemente.

—Escuché lo que dijo —susurró Anne, con los ojos buscando los míos—. ¿Estás bien?

Forcé una pequeña sonrisa, aunque mi corazón aún dolía.

—Estoy bien. Señora Abigail solo estaba haciendo lo que mejor sabe hacer: agitar el avispero.

La mirada de Anne se suavizó con simpatía.

—Todo esto es tan injusto, Adelaide. No te mereces nada de esto.

—Tal vez no —respondí, con firmeza en mi voz—. Pero no dejaré que me vean tambalearme. No les daré esa satisfacción.

Anne asintió, con orgullo brillando en sus ojos.

—Eres más fuerte de lo que ellos jamás sabrán.

La velada continuó, y aunque el peso de las palabras de Señora Abigail persistía, me negué a dejar que me quebraran. Bailé, conversé, sonreí, todo mientras la tormenta de rumores giraba a mi alrededor. No permitiría que me arrastrara.

29

Un Aliado Inesperado

Los días posteriores al Baile del Solsticio fueron un torbellino de momentos tensos y rumores susurrados, cada uno más venenoso que el anterior. Las palabras de Señora Abigail me perseguían, como una nube oscura que no podía sacudirme. La idea de que Bastian se casara con Señora Isabella, sumada a la acusación de que yo había orquestado el escándalo para atraparlo, me hacía sentir acorralada e aislada.

Pero justo cuando pensé que las paredes se estaban cerrando sobre mí, un aliado inesperado dio un paso al frente.

Ocurrió en una tarde gris, cuando el cielo estaba cargado con la amenaza de lluvia. Acababa de regresar de un paseo por el jardín, buscando un momento de paz en medio de la creciente tormenta. Al entrar en el salón, me sorprendió encontrar a Colin esperándome, con una expresión de preocupación y determinación.

—Adelaide —me saludó, con voz baja y seria—. Tenemos que hablar.

—¿Colin? —dije, sorprendida por su aparición repentina—. ¿Qué haces aquí?

No respondió de inmediato, en lugar de eso, me hizo un gesto para que me sentara. Sus ojos estaban llenos de una intensidad silenciosa que no le había visto antes, y eso hizo que mi corazón se acelerara.

—He oído los rumores —dijo Colin finalmente, con la voz cargada de enojo—. Sobre ti y Bastian. Sobre el supuesto escándalo.

Suspiré, hundiéndome en la silla frente a él.

—Todo el mundo los ha oído, Colin. Se están extendiendo como un incendio, y no hay nada que pueda hacer para detenerlo.

La mandíbula de Colin se tensó, y se inclinó hacia adelante, con las manos entrelazadas como si tratara de contener su frustración.

—Esto no está bien, Adelaide. No te mereces esto. No puedo quedarme de brazos cruzados mientras destrozan tu reputación.

Sus palabras me tomaron por sorpresa, y lo miré, realmente lo miré, por primera vez en lo que parecían siglos. Había una protección feroz en sus ojos, una lealtad que calentó algo muy dentro de mí. Durante tanto tiempo, había pensado en Colin como mi más querido amigo, alguien en quien siempre podía confiar, pero nunca había esperado que se lanzara a la refriega de esta manera.

—¿Qué estás diciendo? —pregunté en voz baja, sin estar segura de hacia dónde se dirigía esta conversación.

—Estoy diciendo que quiero ayudarte —respondió Colin, con voz firme—. Ya he hablado con algunas personas clave de la sociedad, aquellas que tienen influencia sobre la opinión pública. Les he dicho que los rumores son infundados, que tú nunca harías lo que te están acusando de hacer.

Parpadeé, sorprendida, y mi corazón se llenó de gratitud.

—¿Hiciste eso? Pero Colin, ¿qué pasa con tu propia reputación? La gente podría empezar a hablar de ti también, acusándote de estar involucrado en este lío.

Él desestimó mi preocupación con un gesto.

—No me importa lo que digan de mí. Lo que importa es que no enfrentes esto sola.

Sus palabras me conmovieron más de lo que podía expresar, y por un momento, sentí un destello de los viejos sentimientos que una vez había albergado por él. Colin siempre había estado ahí para mí, siempre a mi lado en los buenos y malos momentos. Y ahora, cuando el mundo parecía decidido a destruirme, él estaba defendiéndome de una manera que no había anticipado.

—Colin —susurré, con la voz temblorosa de emoción—. No sé qué decir. Gracias.

Él sonrió, una sonrisa suave y tranquilizadora que hizo que mi corazón doliera con nostalgia.

—No tienes que decir nada, Adelaide. Solo quiero que sepas que estoy aquí para ti, pase lo que pase.

Hubo una pausa, un momento de silencio que pareció alargarse para siempre. Podía sentir el peso de las palabras no dichas entre nosotros, los restos de una conexión que nunca se había desvanecido del todo. Por un instante fugaz, me pregunté si las cosas podrían haber sido diferentes, si hubiera elegido un camino diferente, una persona diferente en quien depositar mis esperanzas.

Pero entonces, la realidad volvió a estrellarse, el recuerdo de la desaparición de Bastian y el escándalo que había seguido. Mi corazón era un enredo de emociones, dividido entre la seguridad y el consuelo de la lealtad de Colin y los sentimientos no resueltos que aún albergaba por el hombre que me había dejado para enfrentar esta tormenta sola.

—No quiero que te lastimen —dije suavemente, con la voz apenas audible—. Siempre has sido tan bueno conmigo, Colin. No podría soportar que te vieras arrastrado a este lío por mi culpa.

Él extendió la mano, tomando la mía entre las suyas, y el calor de su toque me envió un escalofrío.

—Adelaide, no estoy haciendo esto por obligación. Lo hago porque me importas. Porque… bueno, porque nunca dejé de importarme.

Su confesión me dejó sin aliento, con el corazón latiendo con fuerza en el pecho. Siempre había sabido que Colin sentía algo por mí, algo que iba más allá de la amistad, pero escucharlo decirlo tan claramente ahora, en medio de todo lo que estaba sucediendo, despertó algo profundo dentro de mí.

—Yo también me importas, Colin —admití, con la voz temblorosa—. Pero las cosas son tan complicadas en este momento. No sé qué hacer, ni siquiera sé lo que quiero.

Él asintió, con comprensión en sus ojos.

—No estoy pidiendo nada, Adelaide. Solo quiero que sepas que no estás sola. Pase lo que pase, estaré aquí, y haré todo lo posible para protegerte.

Las lágrimas llenaron mis ojos, y apreté su mano, agradecida más allá de las palabras por su apoyo. Pero incluso mientras me apoyaba en la fortaleza de Colin, no podía sacudirme el conflicto que hervía dentro de mí. La lealtad y el afecto que sentía por él eran reales, pero estaban enredados con los sentimientos no resueltos que aún tenía por Bastian.

Por mucho que la presencia de Colin me reconfortara, también me recordaba las decisiones que había tomado, los caminos que había seguido que me habían llevado a este punto. Me importaba mucho Colin, pero ¿era suficiente? ¿O mi corazón seguía demasiado enredado con los pensamientos de Bastian como para ver con claridad?

Los días que siguieron estuvieron llenos del apoyo silencioso y constante de Colin. Asistió a eventos sociales conmigo, protegiéndome de lo peor de los rumores, ofreciéndome un brazo firme en el que apoyarme cuando el peso de todo se volvía demasiado. Pero su presencia también complicaba las cosas, reavivando sentimientos que creía haber enterrado hace mucho tiempo.

Me conmovía su lealtad, por la forma en que se mantenía a mi lado cuando tantos otros me habían dado la espalda. Pero cuanto más tiempo pasaba con Colin, más conflictuada me sentía. ¿Estaba aferrándome a él por gratitud y un anhelo de estabilidad? ¿O había algo más, algo más profundo que había sido demasiado ciega para ver?

Y luego, por supuesto, estaba el espectro de Bastian, siempre al acecho en los bordes de mis pensamientos. Su ausencia era enorme, un recordatorio constante de las emociones no resueltas que aún me tenían atrapada. No podía evitar preguntarme dónde estaba, qué estaba pensando, y si alguna vez volvería para enfrentar las consecuencias del escándalo que habíamos creado inadvertidamente.

A medida que los días se convertían en semanas, sabía que no podía seguir así. Tenía que tomar una decisión, enfrentar mis sentimientos de frente y decidir qué era lo que realmente quería. Colin había sido un aliado inesperado, un faro de apoyo en un momento de turbulencia, pero la decisión era mía.

¿Elegiría la seguridad y la lealtad del hombre que siempre había estado allí para mí? ¿O esperaría el regreso de aquel que me había dejado en la tormenta, pero que aún poseía una parte de mi corazón?

La tormenta podría haber seguido su curso, pero la verdadera batalla estaba dentro de mí. Y hasta que la enfrentara, nunca encontraría la paz que tanto ansiaba.

30

La Tormenta de Acusaciones

Los rumores se extendieron como un incendio, más rápido de lo que jamás podría haber imaginado. Los intentos de Colin por protegerme de lo peor solo avivaron el chisme, convirtiendo los susurros en algo mucho más cruel. Ahora decían que estaba jugando un juego peligroso, manipulando los afectos de los hombres, primero con Bastian y ahora con Colin. La idea de que yo fuera una especie de tentadora intrigante me revolvía el estómago, pero era el mundo en el que me encontraba atrapada.

Me refugié en la seguridad de Mansión Windermere, negándome a salir. No podía soportar la idea de enfrentar las miradas juiciosas, las sonrisas burlonas y los comentarios hirientes. Mis padres estaban mortificados, su vergüenza era un peso palpable que colgaba sobre la casa. Lo que antes era una mansión cálida y bulliciosa ahora se sentía fría, como una fortaleza de vergüenza.

Fue Anne quien finalmente rompió la niebla de mi desesperación. Me encontró en la sala de estar, mirando sin ver por la ventana, con la mente entumecida por el implacable asalto de los rumores.

—Adelaide —dijo suavemente, sentándose a mi lado y tomando mi mano—. No puedes seguir así. No te hace bien, y no va a detener los rumores.

Negué con la cabeza, mi voz apenas un susurro.

—¿Qué más puedo hacer, Anne? Ya han decidido quién soy, lo que soy. Nada de lo que diga o haga cambiará eso.

Anne apretó mi mano, con la mirada llena de simpatía y determinación.

—Tienes que hablar con Bastian. Él está en el centro de esto tanto como tú. No puedes dejar que los rumores crezcan sin enfrentarlo.

La idea de enfrentar a Bastian de nuevo me llenaba de pavor, pero las palabras de Anne eran lógicas. No podía dejar que la situación continuara descontrolándose sin al menos intentar encontrar una solución. Si alguien tenía el poder de detener los rumores, era Bastian.

Con el aliento de Anne, reuní lo que quedaba de mi valor y tomé la decisión de visitar la residencia de Bastian. El trayecto en carruaje a Mansión Lightwood se sintió interminable, el traqueteo de los cascos sobre el empedrado no hacía nada por calmar mis pensamientos agitados. Intenté prepararme para lo que podría decir, pero las palabras se desvanecían, dejándome solo con una profunda sensación de inquietud.

Cuando el carruaje finalmente se detuvo ante la majestuosa entrada de Mansión Lightwood, mi corazón latía con fuerza en mi pecho. Salí, inhalando profundamente mientras me acercaba a la puerta. Alfred, el siempre leal mayordomo de Bastian, me recibió con una inclinación educada y me condujo al interior.

Pero nada podría haberme preparado para lo que encontré.

Allí, de pie en el gran vestíbulo, estaba Bastian, con la mano descansando ligeramente en el brazo de Señora Isabella. Ella era tan regia y elegante como los rumores la habían descrito, su belleza innegable, su presencia imponente. Verlos juntos, tan cerca, tan cómodos, hizo que algo dentro de mí se retorciera dolorosamente.

—Adelaide —me saludó Bastian, con un tono mesurado y una mirada inescrutable—. No te esperaba.

Me obligué a mantener la compostura, aunque la visión de ellos juntos hizo que mis emociones se desbordaran.

—Estoy segura de que no —respondí con frialdad, dirigiendo una breve mirada a Señora Isabella antes de volver a Bastian—. Pero necesitamos hablar.

Señora Isabella, percibiendo la tensión, se excusó con elegancia, dejándonos a Bastian y a mí solos. Él me hizo un gesto para que lo siguiera a una habitación más privada, pero no podía soportar la idea de sentarme, de fingir que esto era una conversación civilizada.

—No —dije, con la voz endurecida mientras me mantenía firme en el vestíbulo—. Podemos hablar aquí.

Bastian se detuvo, con una chispa de algo —¿confusión, tal vez?— cruzando su rostro.

—Muy bien. ¿De qué necesitas hablar?

Respiré hondo, con el corazón latiendo de rabia y dolor.

—Sé lo que has estado haciendo, Su Gracia. No pienses ni por un momento que soy tan ingenua como para creer lo contrario.

Él frunció el ceño, claramente sorprendido por mi repentina acusación.

—¿De qué estás hablando, Adelaide?

Cerré los puños, dejando que las palabras salieran antes de poder detenerlas.

—Has estado difundiendo esos rumores, ¿no es así? Querías arruinar mi buen nombre, despejar el camino para tu matrimonio con Señora Isabella. Todo esto, todo lo que ha pasado, es porque no estaba embarazada, ¿no es así?

Sus ojos se abrieron con sorpresa y rabia.

—Eso no es cierto. Yo nunca…

—¡No me mientas! —lo interrumpí, con la voz elevándose mientras el dolor y la frustración que había mantenido reprimidos finalmente explotaban—. Me has convertido en el hazmerreír, en un escándalo. Todo porque no te di el hijo que querías. Ahora estás limpiando tu nombre para poder casarte con Señora Isabella sin ningún lastre.

—Adelaide, para —dijo Bastian, con la voz firme, pero me negué a escucharlo.

—¡No, para tú! —le respondí, con la voz temblorosa de emoción—. Me has quitado todo: mi reputación, mi paz, mi sentido de mí misma. Y ahora estás aquí, con ella, como si nada importara.

La expresión de Bastian se suavizó, con una mirada de genuino dolor cruzando su rostro.

—Adelaide, no he difundido ningún rumor. No he hecho nada para dañarte. Quería protegerte, mantenerte a salvo…

—¿Protegerme? —repetí, con la voz impregnada de amargura—. ¿Desapareciendo?

¿Dejándome enfrentar esto sola mientras tú consideras la idea de casarte con otra?

Él extendió la mano, como si quisiera consolarme, pero di un paso atrás, negando con la cabeza.

—No lo hagas, Bastian. No necesito tus explicaciones. Solo necesitaba escucharlo de tus propios labios para saber que no significaba nada para ti.

—Tú lo significas todo para mí —insistió, con la voz cargada de emoción—. Por favor, déjame explicar…

—Ya no quiero escuchar tus explicaciones —dije, interrumpiéndolo mientras las lágrimas amenazaban con brotar—. Estoy harta de todo esto.

Sin decir una palabra más, me di la vuelta y huí de Mansión Lightwood, con el pecho apretado por una mezcla de rabia y desamor. Apenas noté a Alfred mientras se apresuraba a abrir la puerta para mí, ni presté atención a las miradas preocupadas del personal mientras regresaba al carruaje que me esperaba.

Tan pronto como la puerta se cerró tras de mí, me derrumbé, las lágrimas que había luchado tanto por contener finalmente brotaron. El carruaje arrancó, y me aferré al asiento, con el cuerpo sacudido por sollozos. Había sido una tonta al pensar que Bastian podría alguna vez preocuparse por mí, una tonta por creer que podría haber algo más entre nosotros que un error y un escándalo.

El viaje de regreso a Mansión Windermere se sintió interminable, el peso de mis emociones aplastándome con cada momento que pasaba. Había ido a confrontar a Bastian, con la esperanza de obtener respuestas, de encontrar algún tipo de resolución, pero lo único que encontré fue más dolor, más confusión.

Cuando finalmente llegué a casa, estaba agotada, tanto física como emocionalmente. Ni siquiera pude explicarle a Anne lo que había sucedido, a pesar de que ella me esperaba ansiosamente para que volviera. Simplemente asentí con la cabeza, con el rostro manchado de lágrimas, y me retiré a mi habitación, donde pude llorar en la privacidad de mi propia miseria.

La tormenta me había quitado todo, y ahora, incluso mi corazón yacía destrozado en su estela.

31

El Ultimátum Final

La mañana después de mi desgarrador encuentro con Bastian, me desperté en medio de un pesado silencio que parecía cernirse sobre Mansión Windermere como una oscura nube. El habitual bullicio de los sirvientes y la cálida charla de la vida familiar estaban ausentes, reemplazados por una tensión que hacía difícil respirar. Sabía que los acontecimientos del día anterior habían perturbado profundamente a mi familia, y me preparé para lo que estaba por venir.

No pasó mucho tiempo antes de que mis padres me convocaran a la sala de estar para una conversación familiar. Al entrar, los encontré ya sentados, con el rostro marcado por la preocupación. Anne estaba de pie junto a la ventana, con la expresión indescifrable mientras miraba hacia los jardines. Mi padre, el Conde de Windermere, me indicó que me sentara, con un semblante más serio de lo habitual.

—Adelaide —comenzó mi madre, con la voz temblorosa mientras juntaba las manos en su regazo—. Hemos estado hablando, tu padre y yo, y creemos que es hora de que consideres un nuevo comienzo.

Me senté lentamente, con el corazón encogiéndose al darme cuenta de hacia dónde se dirigía esta conversación.

—¿Qué quieres decir, madre?

Mi padre se inclinó hacia adelante, con la mirada fija en mí mientras hablaba.

—Los rumores se han salido de control, Adelaide. Hemos intentado protegerte, pero la verdad es que pasaste esa noche con el Duque Bastian. La sociedad sabe que hay algo de cierto en los rumores, y ha llegado a ser imposible detener el chisme.

Me estremecí ante sus palabras, recordando esa noche que aún me llenaba de vergüenza. Pero antes de que pudiera responder, mi padre continuó, con la voz firme y resuelta.

—Hemos decidido que lo mejor es que te vayas de Londres —dijo—. Que empieces de nuevo, lejos de las miradas inquisitivas y las lenguas crueles de la alta sociedad.

—¿Dejar Londres? —repetí, con incredulidad en la voz—. ¿Adónde iría?

—Hay un pueblo cerca del mar: Whitby —respondió mi padre, con un tono que no admitía réplica—. Está lo suficientemente lejos de Londres como para que los rumores no te sigan. La gente allí no se preocupa tanto por los escándalos de la alta sociedad. Podrías vivir una vida tranquila, lejos de todo esto.

Mi corazón latía con fuerza mientras asimilaba sus palabras. Whitby era un pequeño y pintoresco pueblo en la costa norte, conocido por su belleza agreste y su estilo de vida sencillo. Era el tipo de lugar donde uno podría desaparecer, donde el pasado podría quedar atrás. Pero la idea de dejar todo lo que conocía, de abandonar mi vida en Londres, me llenaba de pavor.

—También hay un hombre allí —añadió mi padre, con la voz aún más insistente—. Un hombre respetable, un viudo que ha estado buscando una esposa para ayudarle a criar a sus hijos. Es un buen partido, Adelaide. Hemos hecho averiguaciones y creemos que esta es la mejor solución para ti.

—¿Un partido adecuado? —repetí, con la voz temblorosa—. ¿Quieres que me case con un hombre que no conozco, que me esconda en un pueblo porque cometí un error?

La expresión de mi padre se suavizó ligeramente, pero su determinación era clara.

—Estoy pensando en tu futuro, Adelaide. El escándalo aquí ha hecho casi imposible que encuentres un partido respetable en Londres. Whitby te ofrece la oportunidad de empezar de nuevo, de construir una nueva vida.

Las palabras “empezar de nuevo” resonaron en mi mente, una mezcla de tentación y terror. Sabía que mi padre estaba tratando de protegerme, de resguardarme de la crueldad de la sociedad, pero la idea de dejar todo atrás —mi familia, mis amigos, e incluso a Bastian— era insoportable.

—No puedo —susurré, sacudiendo la cabeza mientras las lágrimas llenaban mis ojos—. No puedo simplemente irme, no de esta manera. Sé que los rumores son terribles, y sé que he cometido errores, pero huir no solucionará nada. Necesito limpiar mi nombre, enfrentar esto de frente.

Los ojos de mi padre se endurecieron, su voz adoptando un tono de final.

—Adelaide, esto no se trata solo de ti. Este escándalo nos afecta a todos: la reputación de nuestra familia, nuestra posición en la sociedad. Tienes que entender que a veces, empezar de nuevo es la única manera de avanzar.

Mi madre extendió la mano, colocando una mano en el brazo de mi padre en una silenciosa súplica por suavidad.

—Tu padre y yo queremos lo mejor para ti, querida. Te estamos pidiendo que consideres esto por tu propio bien.

Pero ya había tomado una decisión. A pesar de todo lo que había sucedido, a pesar del dolor y la angustia, no podía irme. No podía admitirlo en voz alta, ni siquiera a mí misma, pero la verdad era que aún amaba a Bastian. Incluso después de todas las acusaciones, incluso después de verlo con Señora Isabella, una parte de mí no podía dejarlo ir. Y más que eso, quería demostrarle al mundo —y a mí misma— que era más que los rumores que me rodeaban.

—Me quedo —dije con firmeza, limpiando las lágrimas que amenazaban con caer—. Me quedo en Londres, y voy a luchar por esto. No puedo huir de mis problemas, no esta vez.

La expresión de mi padre se oscureció, con la decepción claramente reflejada en su rostro.

—Estás cometiendo un error, Adelaide. Este escándalo no desaparecerá solo porque lo desees. El daño ya está hecho.

—Lo sé —respondí, con la voz resuelta—. Pero es mi decisión.

Mi padre se puso de pie, con la postura rígida de frustración.

—Entonces no nos dejas otra opción. Si insistes en quedarte, tendrás que enfrentar las consecuencias sola. No podemos seguir protegiéndote de las repercusiones.

Sus palabras me hirieron profundamente, pero me mantuve firme.

—Lo entiendo, padre. Pero esto es algo que tengo que hacer.

Mi madre, con los ojos llenos de tristeza, me miró con una mezcla de amor e impotencia.

—Siempre te apoyaremos, Adelaide, pero si alguna vez cambias de opinión… Whitby estará esperando.

Asentí, agradecida por su comprensión, aunque sabía que estaban decepcionados. La idea de dejar todo atrás, de empezar de nuevo en un remoto pueblo, era aterradora. Pero la idea de abandonar a Bastian, de renunciar a limpiar mi nombre, era aún peor.

Cuando la conversación terminó y mis padres se retiraron, me quedé sentada, sola con mis pensamientos. El camino que había elegido estaba lleno de incertidumbre y peligro, pero era mi camino. Había cometido errores, y enfrentaría las consecuencias, pero no huiría. No esta vez.

Estaba decidida a luchar por mi nombre, mi reputación y mi corazón, incluso si significaba enfrentar la tormenta sola.

32

Una Decisión Desesperada

Los días posteriores al ultimátum de mi familia fueron una bruma de ansiedad y temor. Los rumores, que ya parecían insoportables, de alguna manera se intensificaron aún más, convirtiéndose en historias salvajes y maliciosas que retorcían la verdad más allá de cualquier reconocimiento.

Parecía que todo Londres tenía algo que decir sobre Adelaide Blair. Los susurros ya no se detenían cuando entraba a una habitación; al contrario, parecían crecer en volumen, más viciosos, como si los chismosos se alimentaran de mi presencia. Las miradas fugaces se habían transformado en miradas descaradas, y sentía como si toda la ciudad esperara con impaciencia mi inevitable caída.

Un rumor particularmente cruel llegó a mis oídos durante una visita a una tienda local, donde esperaba escapar del implacable escrutinio, aunque solo fuera por un momento. Mientras hojeaba los estantes, escuché a dos mujeres hablando en tono bajo, sus palabras cortantes atravesando el aire como cuchillos.

—Dicen que ahora está desesperada —susurró una de ellas, con una voz teñida de maliciosa alegría—. Que ha estado aceptando propuestas de todos los hombres elegibles en Londres, esperando asegurar un matrimonio antes de quedar completamente arruinada.

Sus palabras me atravesaron como un cuchillo, dejándome tambaleante entre una mezcla de ira, dolor y desesperación. Los rumores estaban fuera de control, y cuanto más intentaba mantenerme firme, más parecía que el mundo conspiraba contra mí.

—Dicen que ha estado rogándole a cada hombre en Londres que se case con ella —dijo la otra mujer, con un tono igual de venenoso—. Pobre, debe estar aterrada de convertirse en una solterona sin perspectivas.

—¿Y has escuchado? —respondió la primera, con igual veneno en la voz—. El Duque de Lightwood se va a casar con Señora Isabella. Es solo cuestión de tiempo antes de que se haga el anuncio. Escuché que la señorita Blair intentó atraparlo, pero le salió mal. Pobre señorita Blair, la han dejado de lado como una noticia vieja.

Mi corazón se hundió al escuchar esas palabras. Entonces, los rumores sobre Bastian y Señora Isabella eran ciertos después de todo. El solo pensamiento me hizo apretar el pecho, una mezcla de ira, traición y una profunda y dolorosa tristeza.

Salí corriendo de la tienda, con el peso de los rumores aplastándome como nunca antes. Al regresar a Mansión Windermere, me sentí más aislada y desesperada que nunca. El escándalo se había vuelto demasiado grande, demasiado abrumador para que lo enfrentara sola. Y cuanto más intentaba mantenerme firme, más me daba cuenta de lo poco poder que tenía contra la marea de la opinión pública.

En los días que siguieron, la presión solo aumentó. La frustración de mi padre con mi negativa a irme a Whitby se hizo más pronunciada, e incluso Anne, mi firme aliada, comenzó a preocuparse de que mi determinación de quedarme en Londres me estaba llevando por un camino peligroso. Los susurros sobre mi supuesta desesperación por encontrar un esposo comenzaron a surgir entre los pocos pretendientes que aún se atrevían a acercarse a mí, y podía ver la lástima en sus ojos, la evaluación mientras sopesaban los beneficios de unirse a una mujer tan envuelta en escándalo.

Fue durante uno de esos días asfixiantes que llegó una carta a Mansión Windermere. El sobre era sencillo, la letra desconocida, pero el contenido era claro: una propuesta de matrimonio de parte del señor Timothy Crawford, un terrateniente adinerado con una sólida, aunque poco destacada, reputación. No era un hombre al que hubiera prestado mucha atención antes, pero ahora su propuesta se presentaba ante mí, tentadora en su promesa de seguridad y estabilidad.

Cuando regresé a Mansión Windermere, mis padres me esperaban en la sala de estar, con expresiones graves. La tensión en la habitación era palpable, y supe que lo que tuvieran que decir sería difícil de escuchar.

—Adelaide —comenzó mi padre, con voz baja y seria—, hemos recibido una carta. Es del señor Timothy Crawford, el viudo de Whitby.

Parpadeé con sorpresa al recordar el nombre. El señor Crawford era el hombre que mis padres habían mencionado antes, el que creían que sería un partido adecuado para mí si decidía dejar Londres y comenzar de nuevo en el campo. Era un terrateniente adinerado, respetado en su comunidad, pero lo más importante, era un hombre que necesitaba una esposa que lo ayudara a criar a sus hijos.

—Ha hecho una propuesta formal —añadió mi madre suavemente, mientras me entregaba la carta—. Te está ofreciendo la oportunidad de empezar de nuevo en Whitby, lejos del escándalo y los rumores.

Tomé la carta con manos temblorosas, escaneando las palabras ordenadas y educadas. La oferta del señor Crawford era directa: necesitaba una esposa, una madre para sus cinco hijos pequeños, el menor de los cuales aún era un bebé. A cambio, me ofrecía una vida de estabilidad, lejos de las miradas inquisitivas de la sociedad londinense.

—¿Cinco hijos? —susurré, mientras la magnitud de la situación comenzaba a hundirse—. ¿Quiere que lo ayude a criar a cinco niños, uno de ellos un bebé?

—Sí —confirmó mi padre, con tono firme—. Es un buen hombre, Adelaide. Puede ofrecerte una vida respetable en el campo, lejos de todo esto.

—Pero no es la vida que quiero —protesté, con la voz quebrándose—. No sé lo primero sobre criar niños, mucho menos cinco. Y dejar todo atrás: mis amigos, mi familia, ¿cómo podría hacer eso?

La expresión de mi padre se endureció, con su resolución clara.

—Esta es tu mejor opción, Adelaide. El escándalo aquí en Londres ha hecho casi imposible que encuentres un partido adecuado. La propuesta del señor Crawford es una oportunidad para que comiences de nuevo, para vivir una vida libre del juicio de la sociedad.

—¿Pero a qué costo? —pregunté, sintiendo el peso de la decisión presionándome—. Casarme con un hombre que no amo, vivir en un lugar que no conozco, asumir responsabilidades para las que no estoy preparada, ¿cómo puede ser eso correcto?

—El costo de la paz —respondió mi padre con severidad—. El costo de un futuro que no esté ensombrecido por los errores del pasado.

Mi madre extendió la mano, su mano cálida en mi brazo.

—Piensa en lo que esto podría significar, querida. Podrías dejar todo esto atrás, vivir una vida tranquila y digna en el campo. Ya no tendrías que enfrentar los susurros y las miradas.

La idea era tentadora, dolorosamente tentadora. El pensamiento de escapar del implacable escrutinio, de encontrar refugio en la seguridad de un matrimonio convencional, era un bálsamo para mis nervios desgastados. La propuesta del señor Crawford ofrecía una salida, una manera de dejar todo esto atrás y comenzar de nuevo.

Pero en el fondo, sabía que aceptar su oferta significaría sacrificar algo mucho más importante: mi oportunidad de encontrar la verdadera felicidad. Un matrimonio de conveniencia, por muy respetable que fuera, nunca llenaría el vacío que había dejado Bastian. Nunca sanaría las heridas infligidas por los rumores, el escándalo y la angustia.

Podía imaginar la vida que me esperaba en Whitby: días dedicados a cuidar a cinco niños traviesos, noches junto al fuego en una pequeña casa de campo, lejos de las luces brillantes de Londres. Era una vida de estabilidad, de respetabilidad, pero también era una vida de resignación, una vida sin la pasión o el amor con el que una vez había soñado.

—No puedo —dije finalmente, con la voz temblorosa mientras empujaba la carta a un lado —. No puedo casarme con él.

La expresión de mi padre se oscureció, con la decepción evidente.

—Adelaide, debes ser realista. Los rumores no se apagarán por sí solos, y quedarte aquí sin un esposo solo empeorará las cosas.

—Lo sé —respondí, con lágrimas formándose en mis ojos—. Pero no puedo casarme con un hombre al que no amo, no solo para escapar del escándalo. No puedo hacerme eso a mí misma, y no puedo hacérselo a él.

Mi madre suspiró, sus ojos suavizándose con simpatía.

—Pero, ¿qué harás, querida? Cuanto más dure esto, más difícil será para ti encontrar una salida.

—No lo sé —admití, con la voz quebrada—. Pero no puedo rendirme, aún no. Tiene que haber otra manera.

La habitación se quedó en silencio, con el peso de mi decisión colgando pesadamente en el aire. Mi padre negó con la cabeza, con la decepción palpable, pero no dijo nada más. Los ojos de mi madre estaban llenos de preocupación, pero también de una chispa de comprensión.

Cuando salí de la sala, el peso de los rumores y la presión cada vez mayor se sintieron como una soga apretándose alrededor de mi cuello. Pero incluso cuando me tambaleaba al borde de la desesperación, sabía que no podía dejar que el miedo dictara mis decisiones. No podía casarme con el señor Crawford solo para escapar del escándalo.

Tenía que encontrar otra manera, una manera que no implicara sacrificar mi oportunidad de ser verdaderamente feliz. Pero mientras los rumores seguían girando a mi alrededor, no podía evitar preguntarme cuánto más podría resistir antes de que la tormenta finalmente estallara.

33

El Plan de Fuga

Los rumores se habían vuelto insoportables. Cada día traía nuevos susurros, más viciosos y elaborados que los anteriores. Las paredes de Mansión Windermere se sentían como una prisión, y la presión de mis padres para aceptar la propuesta del señor Crawford pesaba sobre mí como una tonelada de ladrillos. Aunque me había negado, la idea de permanecer en Londres, donde me juzgaban y despreciaban a cada paso, se volvía cada vez más insoportable. Me sentía atrapada, asfixiada por las expectativas y el escándalo que me había envuelto.

Sabía que no podía quedarme por más tiempo. La idea de soportar otro día bajo el peso del escrutinio de la sociedad, de enfrentar las miradas de juicio y los crueles chismes, era demasiado para soportar. Mi corazón se encogía al saber que mis sueños de un futuro en Londres, de encontrar el verdadero amor, se estaban desvaneciendo. Así que, con el corazón pesado, tomé la decisión de dejarlo todo atrás.

El plan era simple: empacaría mis cosas y me iría en plena noche, antes de que alguien pudiera detenerme. Viajaría lejos de Londres, a un lugar donde nadie conociera mi nombre, donde pudiera comenzar de nuevo sin la carga de mi pasado. No era la vida que había imaginado para mí, pero era la única escapatoria que podía ver.

Mientras empacaba mis pertenencias en silencio, el peso de mi decisión se asentaba pesadamente sobre mis hombros. Me movía por mi habitación, colocando con cuidado los pocos objetos que atesoraba en un pequeño baúl. El resto, vestidos, joyas, las trampas de una vida que ya no reconocía, los dejaría atrás. No había lugar para ellos en la vida que estaba a punto de emprender.

Pero mientras me preparaba para huir, un sentimiento de inquietud me carcomía. No podía sacudirme la sensación de que estaba dejando algo sin resolver, que había una última cosa que necesitaba enfrentar antes de poder ser verdaderamente libre. Traté de alejar ese pensamiento, diciéndome a mí misma que esta era la única forma de avanzar, que no podía permitirme mirar hacia atrás.

Salí de la mansión y cerré la puerta con mucho cuidado. Caminé sigilosamente hasta que pensé que ninguno de los sirvientes podría escucharme. Suspiré aliviada cuando llegué al patio. Me sobresalté al oír de repente unos pasos que se acercaban. Mi corazón saltó hasta mi garganta mientras me quedaba congelada, conteniendo la respiración. Nadie se suponía que debía saber de mi plan.

—¿Adelaide?

¿Bastian?

El pánico me invadió al darme cuenta de que, de alguna manera, había descubierto mi plan de irme. ¿Cómo podría haberlo sabido? Mi mente trabajaba a toda velocidad, buscando una forma de evitar este enfrentamiento, pero no había escapatoria.

Bastian estaba ante mí, su rostro una máscara de preocupación y determinación. Sus ojos, usualmente tan reservados, estaban llenos de una intensidad cruda que me dejó sin aliento.

—¿Qué haces aquí? —demandé, esforzándome por mantener la voz firme.

—Podría preguntarte lo mismo —respondió, su mirada pasando por el baúl a medio empacar detrás de mí—. Estás planeando irte de Londres, ¿verdad?

Me di la vuelta, tratando de esconder el dolor que surgía dentro de mí.

—No tengo otra opción. Ya no queda nada para mí aquí, Bastian. No puedo quedarme.

Él dio un paso más cerca.

—No puedes huir, Adelaide. No puedes simplemente desaparecer y esperar que el mundo te olvide.

—¿Y por qué no? —repliqué, con la frustración y la desesperación burbujeando a la superficie—. ¿Qué queda para mí aquí? ¿Más rumores? ¿Más escándalos? Estás a punto de casarte con Señora Isabella, y yo soy la que se queda sin nada. Estoy haciendo lo que tengo que hacer para sobrevivir. Y a ti, ¿por qué te importa? Dejaste en claro que estoy sola en esto.

La expresión de Bastian se suavizó, pero había un destello de algo, tal vez arrepentimiento, bajo la superficie.

—Estás equivocada, Adelaide. No voy a casarme con Señora Isabella. Nunca tuve intención de casarme con ella.

Parpadeé, la confusión mezclándose con el tumulto dentro de mí.

—Pero todo el mundo dice…

—Dicen muchas cosas —interrumpió Bastian, con la voz teñida de frustración—. Pero están equivocados. Isabella y yo… ella no es más que una vieja amiga. Nos conocemos desde la infancia, y ella es como una hermana para mí. Nunca ha habido nada romántico entre nosotros.

Sus palabras me dejaron tambaleante, la certeza a la que me había aferrado se desmoronaba bajo el peso de esta nueva revelación.

—Entonces, ¿por qué desapareciste? ¿Por qué me dejaste enfrentar esto sola?

Los ojos de Bastian se oscurecieron con emoción.

—Pensé que te estaba dando lo que querías: libertad, una oportunidad para encontrar a alguien a quien realmente ames. Pensé que si me mantenía alejado, los rumores disminuirían y tú podrías seguir adelante sin que yo complicara las cosas aún más. Pero me equivoqué, Adelaide. Me equivoqué mucho.

—Bueno, pensaste mal —dije con dureza, el dolor y la ira que había estado conteniendo durante tanto tiempo finalmente saliendo a la superficie—. Lo único que hiciste fue empeorar las cosas. ¿Tienes alguna idea de cómo ha sido para mí? Las cosas que la gente ha dicho, la forma en que me han tratado. Y tú, tú simplemente desapareciste sin decir una palabra.

Él dio un paso más cerca, su voz suplicante.

—Estaba tratando de protegerte, Adelaide. Pensé que estaba haciendo lo mejor para ti.

—¿Protegerme? —repetí con amargura—. Me dejaste valiéndomelas sola mientras todos los demás me daban la espalda. Me abandonaste cuando más te necesitaba.

El dolor en los ojos de Bastian era inconfundible mientras extendía la mano, dejando su

mano flotando justo por encima de mi brazo, como si tuviera miedo de tocarme.

—Lo siento —dijo, con la voz rota por la emoción—. Nunca quise lastimarte. Pensé que al apartarme te estaba dando la oportunidad de encontrar la felicidad, la verdadera felicidad, con alguien más.

Negué con la cabeza, las lágrimas rodando por mis mejillas.

—¿No entiendes, Bastian? No quiero a alguien más. Yo…

Mi voz se quebró, las palabras que había tenido demasiado miedo de decir amenazando con salir.

—Entonces no te vayas —susurró, con la voz apenas audible—. Quédate conmigo. Déjame demostrarte que no soy el hombre que pintan esos rumores. No quiero perderte, Adelaide. No ahora, no nunca.

Mi corazón dolía con sus palabras, con la desesperación y la sinceridad en su voz. Pero las cicatrices del pasado eran profundas, y no podía ignorar el dolor que él había causado, el abandono que había sentido.

—Por favor, Adelaide —suplicó, con la voz quebrada por la emoción—. No te vayas. Cometí un error, un terrible error, pero estoy aquí ahora. No voy a dejarte de nuevo.

—¿Por qué ahora, Bastian? ¿Por qué te tomó tanto tiempo regresar?

—Porque fui un tonto —admitió, con la voz apenas audible—. Pensé que te estaba protegiendo al mantenerme alejado, pero lo único que hice fue dejarte vulnerable. No puedo cambiar el pasado, pero puedo estar aquí ahora. Puedo ayudarte a enfrentar esto, juntos.

—¿Qué pasa si me quedo y nada cambia? —pregunté, con la voz temblorosa—. ¿Qué pasa si te vuelves a ir? ¿Qué pasa si los rumores nunca desaparecen?

Bastian tomó mis manos entre las suyas, su agarre suave pero firme.

—No te dejaré de nuevo, Adelaide. Te lo juro. Enfrentaré lo que venga contigo, y lucharemos juntos. Solo… no te vayas. No me dejes.

Durante un largo momento, guardé silencio, mi corazón dividido entre el deseo de confiar en él y el miedo de volver a ser lastimada.

—No sé si puedo volver a confiar en ti.

—Lo ganaré de nuevo —prometió, dando un paso más cerca hasta que estuvo a solo unos centímetros—. Lo que sea necesario, Adelaide. No te defraudaré de nuevo.

—Por favor —susurró, extendiendo la mano para tomar la mía con suavidad—. No te vayas. Quédate conmigo. Déjame demostrarte que podemos hacer que esto funcione.

Finalmente, respiré hondo, buscando la verdad en sus ojos.

—Me quedaré —dije suavemente—, pero solo si cumples tu palabra y eres honesto conmigo, Bastian. Nada de más correr, nada de dejarme enfrentarlo todo sola.

La expresión de Bastian se suavizó, el alivio inundando sus facciones.

—Lo prometo —dijo, con la voz llena de convicción—. Nada de más secretos, nada de más huidas. Me quedaré a tu lado, pase lo que pase.

Las palabras quedaron suspendidas en el aire entre nosotros, una tregua frágil formada en medio del dolor compartido. Aún quedaba mucho por decir, mucho que enfrentar, pero por primera vez en lo que parecía una eternidad, sentí un destello de esperanza.

34

El Precio del Silencio

Después de mi confrontación con Adelaide, mis pensamientos estaban en desorden. Ver su dolor, observar las lágrimas en sus ojos mientras hablaba de su sufrimiento y traición, me sacudió hasta lo más profundo. Por primera vez en mi vida, no tenía idea de qué hacer, de cómo arreglar las cosas. Siempre me había enorgullecido de tener el control, de saber exactamente cómo manejar cualquier situación. Pero con Adelaide, todos los instintos en los que había confiado parecían fallarme.

Intenté protegerla. Realmente creí que al dar un paso atrás, al darle espacio, estaba haciendo lo mejor para ambos. Cuando me di cuenta por primera vez de que no estaba embarazada, mi corazón se hizo pedazos. Me había atrevido a esperar que el hijo que podríamos haber tenido nos uniría, que me daría la oportunidad de construir un futuro con Adelaide. Pero cuando esa esperanza se desvaneció, me quedé con nada más que incertidumbre.

Sin un bebé que nos uniera, temía que Adelaide se fuera. Ella nunca me había amado, no realmente, y lo sabía. Su corazón aún estaba enredado en sueños de otra vida, de otro hombre. Así que tomé la difícil decisión de darle la libertad que pensé que necesitaba. Elegí mantenerme alejado, dejar que encontrara el amor y la felicidad que merecía, incluso si eso significaba perderla para siempre.

Pero los rumores se negaron a morir. En lugar de eso, se hicieron más fuertes, más viciosos, hasta que amenazaron con destruir no solo la reputación de Adelaide, sino también todo lo que yo apreciaba. Me dije a mí mismo que había hecho lo correcto, que Adelaide necesitaba tiempo para seguir adelante, pero la duda persistente no me dejaba en paz. No podía sacudirme la imagen de su rostro herido, el dolor en sus ojos mientras me acusaba de haberla abandonado.

Una tarde, Señora Isabella, mi amiga de la infancia y confidente, me hizo una visita inesperada. Su presencia fue una distracción bienvenida del tumulto de mis pensamientos, pero pude ver la preocupación en sus ojos tan pronto como entró en mi estudio.

—Bastian —comenzó, su voz teñida de urgencia—. He oído los rumores. Están empeorando, y creo que sé de dónde vienen.

Levanté la vista de los papeles esparcidos por mi escritorio, frunciendo el ceño con confusión.

—¿Qué quieres decir?

Isabella se sentó frente a mí, su expresión grave.

—Son algunas personas de los círculos más altos, personas a las que nunca les has caído bien. Han estado esparciendo mentiras sobre ti y Adelaide, tratando de arruinar a ambos. Confronté a uno de ellos ayer. Están decididos a derribarte, Bastian.

Mi corazón se hundió mientras procesaba sus palabras. Así que los rumores no eran solo chismes inofensivos. Eran un ataque calculado, diseñado para hacerme daño y, en el proceso, destruir a Adelaide. La realización envió una oleada de ira a través de mí, pero fue rápidamente seguida por algo mucho más inquietante: la culpa. Esto era culpa mía. Pensé que estaba protegiendo a Adelaide, pero en mi silencio, había permitido que estos rumores se enquistaran y crecieran.

—¿Y qué hay de Adelaide? —pregunté, con la voz cargada de preocupación—. ¿Cómo está?

Los ojos de Isabella se suavizaron, un destello de simpatía cruzando su rostro.

—Está luchando, Bastian. Los rumores la están lastimando más de lo que te imaginas. Se siente aislada, abandonada. No entiende por qué la dejaste enfrentar esto sola.

La culpa me oprimió el pecho, apretando como un tornillo alrededor de mi corazón. Pensé que al dar un paso atrás, le estaba dando a Adelaide lo que necesitaba, pero en lugar de eso, la había dejado enfrentar la tormenta por su cuenta. La había fallado de la peor manera posible.

La imagen del rostro herido de Adelaide volvió a aparecer en mi mente, y ya no pude soportarlo más. Sin decir una palabra, me levanté de mi escritorio, mi decisión tomada en un instante.

—Bastian, ¿a dónde vas? —preguntó Isabella, su voz teñida de preocupación.

—A arreglar esto —respondí, con tono sombrío—. No puedo dejar que esto continúe.

Sin esperar su respuesta, salí de la habitación, con la mente enfocada en una sola cosa: llegar a Adelaide. No podía soportar la idea de que siguiera sufriendo, no cuando tenía el poder de arreglar las cosas. Ensillé mi caballo, mis movimientos impulsados por un sentido de urgencia que no había sentido en mucho tiempo. Los rumores habían durado demasiado, y era hora de ponerles fin, sin importar lo que costara.

El camino hacia Mansión Windermere fue un borrón de cascos resonando y pensamientos corriendo. Mientras el paisaje familiar pasaba a mi lado, mi mente se revolvía con todo lo que había salido mal. Intenté darle a Adelaide espacio, dejarla encontrar su propio camino, pero lo único que había logrado fue dejarla vulnerable a la crueldad de los demás. Pensé que la estaba protegiendo, pero en realidad, solo la había abandonado cuando más me necesitaba.

Cuando finalmente llegué a Mansión Windermere, mi corazón se hundió al ver el estado del lugar. La que una vez fue una finca animada ahora parecía fría y silenciosa, como si la vida hubiera sido drenada de ella. La encontré en el patio, justo cuando estaba a punto de irse. La vista de su baúl, la expresión de resignación en su rostro, fue más de lo que pude soportar.

—Adelaide —dije.

Ella se giró para enfrentarme, sus ojos se abrieron con sorpresa y luego se estrecharon con ira.

—¿Qué haces aquí, Bastian?

—Podría preguntarte lo mismo —repuse, con la mirada puesta en el baúl a medio empacar detrás de ella—. Estás planeando irte de Londres, ¿verdad?

Su expresión se endureció, y cruzó los brazos sobre el pecho.

—No tengo otra opción. Ya no queda nada para mí aquí, Bastian. No puedo quedarme.

—No puedes huir, Adelaide. No puedes simplemente desaparecer y esperar que el mundo te olvide.

—¿Y por qué no? —replicó—. ¿Qué me queda aquí? ¿Más rumores? ¿Más escándalos? Estás a punto de casarte con Señora Isabella, y yo soy la que se queda sin nada. Estoy haciendo lo que tengo que hacer para sobrevivir. ¿Y por qué te importa a ti? Has dejado claro que estoy sola en esto.

—Estás equivocada, Adelaide. No voy a casarme con Señora Isabella. Nunca tuve intención de casarme con ella.

—Pero todos dicen…

—Dicen muchas cosas —la interrumpí, con la voz teñida de frustración—. Pero están equivocados. Isabella y yo… ella no es más que una vieja amiga. Nos conocemos desde la infancia, y ella es como una hermana para mí. Nunca ha habido nada romántico entre nosotros.

—Entonces, ¿por qué desapareciste? ¿Por qué me dejaste enfrentar esto sola?

Mi corazón se encogió al escuchar sus palabras, y di un paso más cerca, desesperado por hacerle entender.

—Pensé que te estaba dando lo que querías: libertad, una oportunidad de encontrar a alguien a quien realmente amaras. Pensé que si me mantenía alejado, los rumores se disiparían y podrías seguir adelante sin que yo complicara las cosas aún más. Pero me equivoqué, Adelaide. Me equivoqué mucho.

—Bueno, pensaste mal —espetó, dejando que el dolor y la ira que había estado conteniendo durante tanto tiempo salieran a la superficie—. Lo único que hiciste fue empeorar las cosas. ¿Tienes alguna idea de cómo ha sido para mí? Las cosas que la gente ha dicho, la forma en que me han tratado. Y tú, tú simplemente desapareciste sin decir una palabra.

Di un paso más cerca, con la voz suplicante.

—Estaba tratando de protegerte, Adelaide. Pensé que estaba haciendo lo mejor para ti.

—¿Protegerme? —repitió con amargura—. Me dejaste valiéndomelas sola mientras todos los demás me daban la espalda. Me abandonaste cuando más te necesitaba.

—Lo siento —dije—. Nunca quise lastimarte. Pensé que al apartarme te estaba dando la oportunidad de encontrar la felicidad, la verdadera felicidad, con alguien más.

Ella negó con la cabeza, las lágrimas rodaron por sus mejillas.

—¿No lo entiendes, Bastian? No quiero a alguien más. Yo…

—Entonces, no te vayas —susurré, con la voz apenas audible—. Quédate conmigo. Déjame demostrarte que no soy el hombre que pintan esos rumores. No quiero perderte, Adelaide. No ahora, no nunca.

Se apartó, sus labios temblaban mientras luchaba por mantener la compostura.

—Es demasiado tarde, Bastian. El daño está hecho. No puedo quedarme aquí más.

—Por favor, Adelaide —supliqué, con la voz quebrada por la emoción—. No te vayas. Cometí un error, un terrible error, pero estoy aquí ahora. No voy a dejarte de nuevo.

Se volvió hacia mí, con los ojos llenos de lágrimas.

—¿Por qué ahora, Bastian? ¿Por qué te tomó tanto tiempo volver?

—Porque fui un tonto —admití, con la voz apenas audible—. Pensé que te estaba protegiendo al mantenerme alejado, pero lo único que hice fue dejarte vulnerable. No puedo cambiar el pasado, pero puedo estar aquí ahora. Puedo ayudarte a luchar contra esto, juntos.

—¿Y si me quedo y nada cambia? —preguntó, con la voz temblorosa—. ¿Y si te vas otra vez? ¿Y si los rumores nunca desaparecen?

—No voy a dejarte de nuevo, Adelaide. Te lo juro. Enfrentaré lo que venga contigo, y lucharemos contra esto juntos. Solo… no te vayas. No me dejes.

Durante un largo momento, permaneció en silencio, sus ojos buscando la verdad en los míos. Finalmente, dejó escapar un suspiro tembloroso, la ira en su expresión suavizándose en algo más cercano a la esperanza.

—No sé si puedo confiar en ti de nuevo —dijo, con la voz temblorosa.

—Recuperaré tu confianza —prometí, dando un paso más cerca hasta quedar a solo centímetros de ella—. Haré lo que sea necesario, Adelaide. No te decepcionaré de nuevo.

Dudó, su mirada oscilando entre el baúl y luego volviendo a mí. Pude ver el conflicto en sus ojos, la lucha entre su miedo y su deseo de creer en mí.

—Por favor —susurré, alcanzando suavemente su mano con la mía—. No te vayas. Quédate conmigo. Déjame demostrarte que podemos hacer que esto funcione.

Lentamente, asintió, sus dedos apretándose alrededor de los míos.

—Me quedaré —dijo en voz baja—, pero solo si cumples tu palabra y eres honesto conmigo, Bastian. No más huidas, no más dejarme enfrentar las cosas sola.

—Lo prometo —dije, con la voz llena de convicción—. No más secretos, no más huidas. Me quedaré a tu lado, pase lo que pase.

Al mirar a los ojos de Adelaide, supe que había estado a punto de perderla, demasiado cerca. Mi corazón latía con fuerza en mi pecho mientras buscaba en sus ojos, rezando para que pudiera ver la sinceridad en los míos.

Lentamente, levanté la mano y le acaricié la mejilla, mi pulgar rozando suavemente su suave piel. No se apartó, pero había una duda en sus ojos, una cautela que me hizo doler el corazón. Sabía que la había lastimado profundamente, que la había fallado cuando más me necesitaba, y solo podía esperar que me diera la oportunidad de hacerlo bien.

—Adelaide —susurré, con la voz temblando por la emoción—, lo siento mucho. Por todo.

Su respiración se entrecortó, y vi cómo las lágrimas que había estado conteniendo comenzaban a derramarse. Me odié a mí mismo por ser la causa de su dolor, por hacerla dudar de sí misma, dudar de nosotros.

—Tenía tanto miedo —admitió, con la voz quebrada—. Pensé que no te importaba. Que habías seguido adelante, que yo no era más que… nada para ti.

Negué con la cabeza, mi corazón destrozándose con sus palabras.

—Nunca fuiste nada, Adelaide. Fuiste todo. Solo que… no sabía cómo ser lo que necesitabas. Pensé que estaba haciendo lo correcto al darte espacio, pero lo único que hice fue dejarte sola.

Su mirada se suavizó, y por primera vez, vi un destello de comprensión en sus ojos.

—Yo también tenía miedo —confesó, con la voz apenas audible—. Miedo de que si me quedaba, terminaría sola. Que te irías de nuevo.

Apreté su mano con más fuerza, mientras mi otra mano permanecía apoyada en su mejilla.

—Estoy aquí ahora —dije, con la voz llena de determinación—. Y no voy a irme a ningún lado, Adelaide. Estaré aquí, todos los días, en cada paso del camino.

Ella me miró, con los ojos brillando de lágrimas, y por un momento, solo nos quedamos allí, la distancia entre nosotros cerrándose, no solo físicamente sino emocionalmente. Había una vulnerabilidad en su expresión que hizo que mi corazón se llenara de amor y arrepentimiento. Le había causado tanto dolor, pero estaba decidido a pasar el resto de mi vida compensándolo.

Sin pensarlo, me incliné, mis labios rozando los suyos en un beso suave, probando, pidiendo permiso. No se apartó; en lugar de eso, se inclinó hacia el beso, sus dedos agarrándose al frente de mi abrigo como si tuviera miedo de que pudiera escaparse.

El beso fue suave al principio, tentativo, ambos aún tan inseguros, tan asustados de romper la frágil conexión que acabábamos de reconstruir. Pero a medida que pasaban los momentos, el beso se profundizó, convirtiéndose en algo más: una promesa, una súplica y una declaración al mismo tiempo.

Puse todo lo que tenía en ese beso, todas las palabras que no había dicho, todas las emociones que había mantenido encerradas. Sus labios eran cálidos y suaves contra los míos, y podía sentir su corazón latir contra mi pecho, acelerándose al mismo ritmo que el mío.

Deslicé mi mano desde su mejilla hasta la parte posterior de su cuello, acercándola más, necesitando sentirla contra mí, para asegurarme de que realmente estaba allí, de que no se había ido. Ella respondió de la misma manera, envolviendo sus brazos alrededor de mi cuello mientras se presionaba contra mí, su respiración entrecortada mientras el beso se volvía más urgente, más desesperado.

Podía saborear la sal de sus lágrimas en sus labios, podía sentir el temblor en sus manos mientras me agarraban. Era un beso lleno de anhelo, con la añoranza de todo lo que habíamos perdido y la esperanza de todo lo que aún podíamos tener.

Cuando finalmente nos separamos, ambos estábamos sin aliento, con nuestras frentes apoyadas la una en la otra mientras tratábamos de recuperar el aliento. Mantuve mis brazos alrededor de ella, sosteniéndola cerca, como si tuviera miedo de que si la soltaba, pudiera desaparecer.

—Adelaide —murmuré, con la voz espesa por la emoción—, te amo. Te he amado desde el momento en que me di cuenta de lo que podría ser un futuro contigo. Fui un tonto por no decírtelo antes, por no luchar por ti cuando tuve la oportunidad. Pero estoy aquí ahora, y no voy a perderte de nuevo.

Ella me miró, con los ojos muy abiertos y brillantes por las lágrimas no derramadas.

—Bastian, yo… yo también te amo —susurró, con la voz temblorosa—. Creo que te he amado desde antes de darme cuenta. Pero tenía tanto miedo, estaba tan insegura… no sabía cómo permitirme sentirlo.

Mi corazón se hinchó al escuchar sus palabras, y no pude evitar sonreír, una mezcla de alivio y alegría inundando mi ser.

—No tienes que tener miedo nunca más —prometí, apartando un mechón de cabello detrás de su oreja—. Enfrentaremos todo juntos, Adelaide. Los rumores, el escándalo, nada de eso importa mientras nos tengamos el uno al otro.

Ella asintió, apretando sus brazos alrededor de mí como si quisiera aferrarse a la promesa que acababa de hacer.

—Juntos —repitió, con la voz llena de esperanza y determinación.

Me incliné y la besé de nuevo, esta vez con toda la pasión y el amor que había reprimido durante tanto tiempo. No había duda, no había miedo, solo la profunda y firme certeza de que este era nuestro lugar. En ese momento, con ella en mis brazos, supe que podríamos enfrentar cualquier tormenta, cualquier desafío, siempre y cuando estuviéramos juntos.

35

Una Elección Hecha

El calor del abrazo de Bastian permaneció conmigo mucho después de que se hubiera marchado de Mansión Windermere esa noche. Sus palabras, su beso y la mirada en sus ojos habían solidificado algo profundo dentro de mí: una verdad que había tenido demasiado miedo de enfrentar durante mucho tiempo. Lo amaba. A pesar de todo lo que había sucedido, a pesar del dolor y los malentendidos, mi corazón siempre le había pertenecido a él. Y ahora, tenía que tomar la decisión más difícil de mi vida.

A la mañana siguiente, desperté con una claridad que había estado ausente durante semanas. Los rumores, el escándalo, las expectativas de la sociedad, todo parecía desvanecerse en el fondo mientras me concentraba en lo que realmente importaba. Tenía que enfrentarme a mi familia, hacerles entender que mi futuro no era algo que se pudiera decidir por conveniencia o por presión social. Era el momento de elegir el amor, de elegir a Bastian y de aceptar la incertidumbre del camino que tenía por delante.

Mientras me dirigía al salón, donde mis padres y Anne ya estaban reunidos, mi corazón latía con fuerza en mi pecho. Sabía que esto no sería fácil. El semblante severo de mi padre, la preocupación de mi madre y la silenciosa inquietud de Anne pesaban sobre mí, pero no podía echarme atrás ahora. Tenía que mantenerme firme en mi decisión.

Cuando entré en la habitación, todos levantaron la vista, con expresiones de sorpresa y anticipación. Mi padre, sentado en su sillón favorito, dejó el periódico que estaba leyendo, y sus ojos se entrecerraron mientras me estudiaba.

—Adelaide —comenzó, con la voz cargada de expectación—, ¿has tomado una decisión sobre la propuesta del señor Crawford?

Respiré hondo, preparándome para lo que estaba por venir.

—Sí, padre, la he tomado.

La habitación quedó en silencio, el peso de mis palabras flotando en el aire. Mi madre, sentada junto a mi padre, se inclinó hacia adelante con una expresión esperanzada.

—¿Y qué has decidido, querida?

—No voy a casarme con el señor Crawford —dije, con la voz firme y decidida—. He tomado mi decisión, y no es la que ustedes esperaban.

—¿Con quién te vas a casar? Nadie quiere casarse contigo después del gran escándalo.

—Tienes razón, padre. Nadie quiere casarse conmigo, excepto una persona. Esa persona es el duque Bastian.

Mi padre parecía sorprendido.

—¿Estás hablando en serio, Adelaide? ¿El duque Bastian, de entre todas las personas de Inglaterra?

—Sí, padre.

El ceño de mi padre se frunció, y pude ver la decepción en sus ojos.

—Adelaide, esta no es una decisión que debas tomar a la ligera. El señor Crawford te ofrece un futuro respetable, libre del escándalo que nos ha acosado. ¿Estás segura de que esto es lo que quieres?

Asentí, sosteniendo su mirada con una determinación inquebrantable.

—Lo estoy. Me he dado cuenta de que una vida de conveniencia, de respetabilidad, no es lo que quiero. Necesito más que eso: necesito amor, pasión, y la oportunidad de construir un futuro con alguien a quien realmente me importe.

La expresión de mi padre se oscureció, y se inclinó hacia adelante, con la voz baja e intensa.

—Adelaide, Bastian no es la elección adecuada para ti. Te abandonó cuando comenzaron los rumores, te dejó valerte por ti misma mientras él se escondía. ¿Cómo puedes confiar en él después de eso?

Tragué saliva, sintiendo el dolor de sus palabras, pero me negué a retroceder.

—Cometió errores, padre. Pero yo también. Ambos tenemos remordimientos, pero hemos aprendido de ellos. Creo en él, y creo en lo que podemos construir juntos.

Mi padre negó con la cabeza, su decepción evidente.

—¿Y qué te hace pensar que él te propondrá matrimonio? ¿Qué harás si te deja de nuevo? ¿Y si ese “amor” del que hablas no es más que un capricho pasajero para él?

—No me dejará —insistí, con la voz temblando por la intensidad de mis emociones—. Vendrá aquí esta tarde… para proponerme matrimonio.

La habitación quedó completamente en silencio, mis palabras flotando en el aire como un desafío. Mi madre ahogó un suave suspiro, llevándose una mano a la boca en señal de sorpresa. Los ojos de Anne se abrieron de par en par, con una expresión de asombro y curiosidad. Pero mi padre… el rostro de mi padre se oscureció con una mezcla de incredulidad e ira.

—Adelaide, esto es una locura —dijo, con la voz elevándose por la frustración—. Estás dejando que tus emociones nublen tu juicio. Bastian Lightwood no es un hombre en quien puedas confiar tu futuro. Ya te lo ha demostrado.

Di un paso adelante, con el corazón latiendo con fuerza mientras sostenía la mirada de mi padre.

—Sé que intentas protegerme, padre, pero esta es mi decisión. Estoy eligiendo a Bastian, y lo estoy eligiendo porque lo amo. No porque sea conveniente o respetable, sino porque es real.

Mi padre se levantó de su silla, con los ojos encendidos por la ira.

—¿Y qué sucederá cuando te rompa el corazón de nuevo? ¿Qué sucederá cuando decida que su reputación es más importante que tú? ¿Vendrás corriendo de vuelta a nosotros, esperando que arreglemos los pedazos?

Las lágrimas se agolparon en mis ojos, pero me negué a dejarlas caer.

—No sé qué depara el futuro, padre. Pero sé que no puedo vivir mi vida con miedo. No puedo casarme con alguien a quien no amo solo para evitar la posibilidad de dolor. Tengo que seguir mi corazón, aunque eso signifique tomar un riesgo.

La expresión de mi padre se suavizó ligeramente, pero la ira y la decepción seguían allí.

—Adelaide, siempre he querido lo mejor para ti. Pero esto… esto no lo es.

Mi madre, que hasta ahora había estado en silencio, finalmente habló, con la voz temblorosa por la emoción.

—Adelaide, querida, ¿estás segura? ¿Estás segura de que Bastian es el indicado para ti?

—Estoy segura —respondí, con la voz firme a pesar del tumulto en mi corazón—. Estoy segura porque sé lo que se siente vivir sin él. Y no quiero volver a hacerlo.

Anne dio un paso adelante, con los ojos llenos de simpatía mientras me ponía una mano en el brazo.

—Si esto es realmente lo que quieres, entonces te apoyaré, Adelaide. Pero debes saber que no será fácil. Tendrás que luchar por esto, por él.

—Lo sé —susurré, con lágrimas finalmente rodando por mis mejillas—. Pero estoy lista. Estoy lista para luchar por el hombre que amo.

Mi padre dejó escapar un pesado suspiro, pasando una mano por su cabello mientras me miraba con una mezcla de frustración y resignación.

—No puedo decir que apruebe esto, Adelaide. Pero si has tomado una decisión, entonces no hay nada más que pueda hacer. Solo recuerda, estás eligiendo un camino difícil.

—Lo sé —respondí, con la voz temblando por la emoción—. Pero es mi camino. Y tengo que recorrerlo.

A medida que la conversación terminó y mi familia lentamente aceptó mi decisión, sentí una mezcla de alivio y aprensión. Había elegido el amor sobre la conveniencia, la pasión sobre la respetabilidad. El camino por delante sería incierto, lleno de desafíos y riesgos, pero era un camino que estaba dispuesta a tomar, porque era el camino que me llevaba a Bastian.

Y mientras esperaba su llegada esa tarde, mi corazón se llenaba de anticipación, esperanza y la certeza de que finalmente estaba tomando el control de mi propio destino.

36

Una Propuesta Aceptada

Las horas que siguieron a mi declaración se sintieron como una eternidad. Mi corazón latía con una mezcla de esperanza y temor mientras esperaba la llegada de Bastian. Mi familia, especialmente mi padre, permanecía tensa y en silencio, con el aire cargado de preocupaciones no expresadas. Podía sentir su inquietud, sus dudas sobre el camino que había elegido. Pero yo estaba decidida; esta era mi decisión, y me mantendría firme en ella.

Finalmente, el sonido de las ruedas de un carruaje crujir en el camino de grava rompió el silencio. Apenas podía respirar mientras veía cómo el elegante carruaje negro de Bastian se detenía frente a Mansión Windermere. Los ojos de mi padre se entrecerraron al mirar por la ventana, con una postura rígida e inflexible. La mano de mi madre se apretó alrededor de su bordado, con una expresión de ansiosa anticipación. Anne, que había sido mi silencioso apoyo, me dio un pequeño asentimiento de aliento mientras me levantaba para recibir a Bastian.

Salí al pasillo justo cuando la puerta se abría, y allí estaba él: el duque Bastian Lightwood, el hombre que había robado mi corazón y trastornado mi mundo. Estaba vestido impecablemente, como siempre, pero había algo diferente en él hoy. Su expresión, habitualmente reservada, estaba suavizada por una mezcla de determinación y vulnerabilidad. Captó mi mirada, y vi la sinceridad en sus ojos, el amor que había mantenido oculto durante tanto tiempo.

—Señorita Blair —me saludó Bastian, con la voz firme pero teñida de la gravedad del momento. Hizo una ligera reverencia antes de volverse hacia el lacayo que lo acompañaba. El hombre dio un paso adelante, llevando una pequeña caja de terciopelo, que entregó a Bastian con gran cuidado.

Apenas tuve tiempo de comprender lo que estaba sucediendo antes de que Bastian tomara mi mano, sin apartar la vista de la mía.

—Adelaide —comenzó, con la voz baja e íntima—, hay mil cosas que debería haberte dicho antes. Mil maneras en que debería haberte mostrado cuánto significas para mí. Pero fui un cobarde, tenía miedo de lo que significaría amarte. Miedo de cuánto te necesitaba.

Contuve la respiración mientras escuchaba sus palabras, la verdad de ellas cortando todas las dudas y temores que me habían atormentado. Los dedos de Bastian se apretaron alrededor de los míos, como si se estuviera anclando a mí, y en ese momento, sentí la profundidad de sus emociones.

—No puedo deshacer el pasado —continuó, con la voz temblorosa—, pero puedo prometerte que pasaré el resto de mi vida tratando de compensarlo. Quiero que estés a mi lado, Adelaide, no por deber, conveniencia o cualquiera de las cosas que me han impulsado antes. Sino porque te amo. Y no puedo imaginar un futuro sin ti.

Con eso, Bastian se arrodilló lentamente, la caja de terciopelo en su mano. La abrió para revelar un deslumbrante anillo, con una piedra central de zafiro azul profundo rodeada por un halo de diamantes. Era exquisito, pero lo único que podía ver era al hombre frente a mí, desnudando su alma de una manera que nunca hubiera esperado.

—Adelaide Blair —dijo Bastian, con la voz llena de emoción—, ¿te casarías conmigo? ¿Me darías la oportunidad de ser el hombre que mereces, de construir juntos la vida que ambos anhelamos?

Mi corazón se llenó de amor y alivio mientras lo miraba. No había duda, no había vacilación en mi mente. Este era el hombre con el que quería pasar mi vida, el hombre que me había mostrado que el amor podía ser a la vez aterrador y hermoso.

—Sí —susurré, con la voz temblorosa de alegría—. Sí, Bastian, me casaré contigo.

Una sonrisa radiante se extendió por el rostro de Bastian mientras se ponía de pie, deslizándome suavemente el anillo en el dedo. El peso del zafiro se sentía reconfortante, un recordatorio tangible de la promesa que acabábamos de hacernos. No pude contener las lágrimas que se acumularon en mis ojos, ni tampoco quería hacerlo. Este era el momento con el que había soñado, el momento que había temido que nunca llegaría, y ahora era real.

Pero incluso mientras disfrutaba de nuestra felicidad, podía sentir la tensión en la habitación, las preguntas no formuladas que flotaban en el aire. Bastian se giró para enfrentar a mi padre, que había observado toda la escena con una expresión cautelosa.

—El Señor Windermere —comenzó Bastian, con la voz firme pero respetuosa—, sé que no soy el hombre que habrías elegido para tu hija. Y entiendo tus preocupaciones, dado todo lo que ha sucedido. Pero te aseguro, señor, que mis intenciones son sinceras. Amo a Adelaide más de lo que las palabras pueden expresar, y estoy comprometido con su felicidad. Sé que tengo mucho que demostrar, y estoy dispuesto a hacer lo que sea necesario para ganarme tu confianza y aprobación.

Los ojos de mi padre permanecieron duros mientras estudiaba a Bastian, con la mandíbula apretada en un gesto de reflexión.

—Duque Lightwood —dijo, con un tono mesurado—, hablas de amor y compromiso ahora, pero ¿dónde estabas cuando mi hija más te necesitaba? ¿Dónde estabas cuando comenzaron a esparcirse los rumores, cuando fue dejada para soportar el peso del escándalo sola?

La expresión de Bastian se tensó, pero sostuvo la mirada de mi padre con una resolución inquebrantable.

—Fui un necio, señor —admitió, con la voz cargada de arrepentimiento—. Pensé que estaba protegiendo a Adelaide manteniéndome alejado, dándole espacio. Pero ahora veo que estaba equivocado. Debería haber estado a su lado, enfrentando la tormenta con ella, no escondiéndome de ella. No puedo cambiar mis errores del pasado, pero estoy decidido a enmendar las cosas. No la abandonaré de nuevo.

Mi padre permaneció en silencio durante un largo momento, con los ojos entrecerrados mientras sopesaba las palabras de Bastian. Podía sentir la tensión en la habitación, la anticipación que todos teníamos mientras esperábamos su respuesta.

Finalmente, mi padre habló, con la voz áspera pero teñida de un respeto a regañadientes.

—Dices que amas a mi hija, Bastian. Pero el amor no es suficiente por sí solo. Debe estar respaldado por acciones, por un compromiso de estar a su lado, de protegerla y honrarla en todo. ¿Puedes prometerme eso?

—Puedo —respondió Bastian, con la voz firme—. Y lo hago. Protegeré a Adelaide con todo lo que tengo. La honraré, la atesoraré y haré de su felicidad mi máxima prioridad. Lo juro, en mi nombre y en mi amor por ella.

Mi padre lo estudió durante otro largo momento, y pude ver la lucha interna que se desarrollaba en sus ojos. Finalmente, dejó escapar un suspiro pesado, con los hombros hundiéndose ligeramente en resignación.

—Muy bien —dijo, con la voz renuente—. Puedo ver que eres sincero, duque Lightwood. Pero debes saber esto: te tomaré la palabra. Si alguna vez vuelves a herir a mi hija, tendrás que rendirme cuentas a mí.

Una oleada de alivio me recorrió cuando la severa expresión de mi padre se suavizó ligeramente, y supe que, aunque tal vez no estuviera completamente feliz con mi elección, estaba dispuesto a aceptarla. Mi madre, que había estado en silencio durante todo el intercambio, finalmente habló, con la voz temblorosa por la emoción.

—Adelaide —dijo, con los ojos llenos de lágrimas—, si esto es realmente lo que quieres, entonces te apoyaremos. Todo lo que siempre hemos querido es que seas feliz.

Asentí, con mis propias lágrimas desbordando mientras miraba a mi familia, a las personas que habían estado a mi lado, que habían temido por mi futuro y que ahora estaban dispuestas a confiar en mi elección.

—Gracias —susurré, con la voz entrecortada por la emoción—. Gracias a todos.

Anne dio un paso adelante y me envolvió en un cálido abrazo.

—Estoy feliz por ti, Adelaide —dijo suavemente—. De verdad. Te lo mereces.

Mientras Bastian y yo estábamos juntos, el anillo en mi dedo brillando con fuerza bajo la luz, sentí que una profunda sensación de paz se apoderaba de mí. El camino por delante no sería fácil, y sabía que habría desafíos que enfrentar. Pero también sabía que había tomado la decisión correcta: la decisión de seguir a mi corazón, de abrazar el amor incluso ante la incertidumbre.

Con el apoyo de mi familia y Bastian a mi lado, estaba lista para enfrentar lo que viniera. El escándalo, los rumores, los susurros de la sociedad, ya no tenían el poder de asustarme. Porque sabía que, juntos, Bastian y yo podríamos superar cualquier cosa.

Y mientras nos preparábamos para anunciar nuestro compromiso a la sociedad, sentí una oleada de emoción y anticipación. El escándalo que una vez había amenazado con arruinarme ahora quedaba olvidado, eclipsado por la noticia de la próxima boda de la temporada. Era un nuevo comienzo, un nuevo amanecer, y no podía esperar para ver lo que el futuro nos deparaba.

37

La Boda

Las semanas previas a la boda fueron un torbellino de preparativos, anticipación y un torrente de emociones que me dejaban sin aliento. El escándalo que una vez había amenazado con eclipsar todo ahora era un recuerdo lejano, reemplazado por la emoción que rodeaba lo que rápidamente se había convertido en el evento más comentado de la temporada. Se habían enviado invitaciones a todos los rincones de la alta sociedad, y a medida que el día se acercaba, sentía el peso de todo ello presionándome, pero de la manera más emocionante posible.

Mansión Windermere se transformó en un hervidero de actividad. Los sirvientes se apresuraban de un lado a otro, atendiendo cada detalle, mientras mi madre y Anne se ocupaban de los últimos arreglos. La grandeza de la ocasión era casi abrumadora, y sin embargo, en medio del frenesí de los preparativos, había una corriente de intimidad, una alegría silenciosa que llenaba mi corazón cada vez que pensaba en lo que estaba por venir.

Y entonces, finalmente, llegó el día.

La mañana de la boda amaneció brillante y clara, con el cielo como un lienzo perfecto de un suave azul. La luz del sol se filtraba por las ventanas mientras yo me encontraba en mi habitación, contemplando mi reflejo en el espejo. Mi vestido de novia, una obra maestra de seda marfil y delicado encaje, abrazaba mi figura con una elegancia que me hacía sentir a la vez regia y frágil. El velo, una cascada de gasa, enmarcaba mi rostro, con los bordes flotando suavemente a medida que me movía.

Anne entró en la habitación, con los ojos brillando de orgullo y emoción mientras me observaba.

—Adelaide —susurró, con la voz ahogada por las lágrimas—, estás hermosa. Absolutamente perfecta.

Sonreí a su reflejo en el espejo, mi corazón hinchándose de amor por mi hermana, que había sido mi apoyo constante en todo momento.

—Gracias, Anne. No sé qué habría hecho sin ti.

Se acercó para ponerse a mi lado, apretando suavemente mi mano.

—Vas a ser tan feliz, Adelaide. Lo veo en tus ojos.

Me giré para enfrentarla, con las emociones a punto de desbordarse mientras la abrazaba con fuerza.

—Eso espero, Anne. De verdad lo espero.

La puerta se abrió y mi madre entró, con una expresión de pura adoración.

—Oh, mi querida niña —murmuró, con lágrimas brillando en sus ojos al contemplarme—. Eres una visión.

Me sonrojé ante sus elogios, sintiendo el peso completo del día asentarse sobre mis hombros. Este era el momento que había estado esperando, el momento que cambiaría todo. Mi madre se acercó para ajustar mi velo, sus manos temblando ligeramente mientras arreglaba la delicada tela.

—Estás a punto de embarcarte en un nuevo capítulo, Adelaide —dijo suavemente, con la voz llena de emoción—. Te he visto crecer hasta convertirte en una mujer fuerte y hermosa, y sé que vas a ser una esposa increíble. Estoy tan orgullosa de ti.

Las lágrimas se acumularon en mis ojos mientras la miraba, el amor y el orgullo en su mirada casi me abrumaban.

—Gracias, madre. Eso significa todo para mí.

Un suave golpe en la puerta interrumpió el momento, y mi padre entró, luciendo como el orgulloso patriarca que era. Sus ojos se suavizaron al posarse en mí, y por primera vez en semanas, vi un destello de paz en su expresión.

—Adelaide —dijo, con la voz un poco ronca—, estás deslumbrante.

—Gracias, padre —respondí, con la voz temblorosa—. Me alegra tanto que estés aquí.

Se acercó a mí, colocando su mano suavemente en mi hombro.

—Tal vez tuve mis dudas, pero quiero que sepas que te apoyo, Adelaide. Si Bastian te hace feliz, entonces yo también lo seré.

Una ola de alivio me inundó, y asentí, incapaz de hablar mientras las lágrimas amenazaban con desbordarse. Mi padre me ofreció su brazo, y lo tomé, sintiendo la fuerza reconfortante de su agarre mientras nos preparábamos para caminar juntos hacia el altar.

La ceremonia se celebró en el gran salón de Mansión Windermere, un espacio que había sido transformado en un refugio de elegancia y belleza. Rosas blancas y frondosa vegetación adornaban cada superficie, con su fragancia llenando el aire. Las velas parpadeaban suavemente, proyectando un cálido resplandor dorado sobre los invitados, que murmuraban emocionados mientras esperaban la llegada de la novia.

Cuando las puertas del gran salón se abrieron y mi padre y yo comenzamos a caminar por el pasillo, sentí cada mirada en la sala posarse en mí. El peso de sus miradas, sus expectativas, era casi abrumador, pero entonces lo vi: Bastian, de pie en el altar, con los ojos fijos en los míos.

Parecía el perfecto duque, su alta y imponente presencia suavizada por la emoción en su mirada. Su oscuro cabello estaba impecablemente peinado, y sus rasgos afilados y apuestos se suavizaban por la ternura en su expresión. Pero fueron sus ojos, esos ojos profundos y tormentosos, los que me cautivaron. En ellos vi todo: amor, esperanza y la promesa de un futuro que construiríamos juntos.

Mientras caminaba hacia él, cada paso acercándome al hombre que había elegido, al hombre que amaba, todo lo demás se desvaneció. Los susurros, el escándalo, las dudas, todo se desvaneció en la insignificancia mientras me concentraba en la única persona que importaba.

Cuando finalmente llegué al altar, mi padre colocó mi mano en la de Bastian, con un agarre firme mientras me entregaba al hombre que pronto sería mi esposo. Los dedos de Bastian se cerraron alrededor de los míos, su toque cálido y tranquilizador, y en ese momento supe que había tomado la decisión correcta.

La ceremonia comenzó, con la voz del oficiante murmurando de manera constante mientras nos guiaba a través de los votos. La mano de Bastian nunca dejó la mía, su agarre apretándose

ligeramente mientras pronunciaba las palabras que nos unirían.

—Yo, Bastian Lightwood, te tomo a ti, Adelaide Blair, para ser mi esposa —dijo, con la voz fuerte y clara, llena del amor y la determinación que siempre me habían atraído hacia él—. Para tener y sostener, desde hoy en adelante, en lo bueno y en lo malo, en la riqueza y en la pobreza, en la salud y en la enfermedad, para amarte y cuidarte, hasta que la muerte nos separe.

Mientras repetía los votos, con la voz temblando de emoción, sentí el peso de cada palabra, cada promesa, hundiéndose en mi corazón. Esto era más que una ceremonia, más que una declaración pública de nuestro amor. Era la culminación de todo lo que habíamos pasado, los altibajos, el dolor y la alegría, todo conduciendo a este momento.

Cuando el oficiante finalmente nos declaró marido y mujer, Bastian se volvió hacia mí, con los ojos brillando de amor y orgullo. Levantó mi velo, con los dedos rozando mi mejilla mientras se inclinaba para besarme. En el momento en que sus labios tocaron los míos, el mundo a nuestro alrededor pareció desaparecer. Los vítores de los invitados, la música, la grandeza del salón, todo se desvaneció en un segundo plano mientras sellábamos nuestros votos con un beso que hablaba de promesas cumplidas, de un futuro que enfrentaríamos juntos.

Cuando nos giramos para enfrentar a los invitados reunidos, de la mano, pude ver las sonrisas y asentimientos de aprobación de aquellos que alguna vez dudaron de nosotros. El escándalo fue olvidado, reemplazado por la emoción y la alegría de la unión ante ellos. Habíamos enfrentado la tormenta, y habíamos salido fortalecidos.

La recepción que siguió fue un torbellino de risas, baile y buenos deseos. El gran salón estaba vivo con los sonidos de la celebración, la música y la conversación mezclándose en una sinfonía de felicidad. Bastian nunca se apartó de mi lado, su mano siempre en la parte baja de mi espalda, su presencia una constante fuente de tranquilidad. Nos movimos entre la multitud juntos, aceptando felicitaciones y brindis, pero todo el tiempo, nuestro enfoque permaneció el uno en el otro.

A medida que avanzaba la noche, encontramos un momento de tranquilidad para nosotros, deslizándonos hacia los jardines que habían sido el escenario de tantos de nuestros primeros encuentros. La luz de la luna bañaba el paisaje en un suave resplandor plateado, y el aire estaba lleno del aroma de las rosas.

Bastian se volvió hacia mí, con una expresión suave y llena de amor.

—Lo logramos —murmuró, acariciando suavemente mi mejilla—. Finalmente estamos aquí.

Le sonreí, con el corazón lleno a reventar.

—Sí, lo estamos. Y no cambiaría nada.

Se inclinó, capturando mis labios en un beso lento y tierno que me hizo estremecer de calidez. Cuando se apartó, sus ojos estaban llenos de una intensidad silenciosa que me dejó sin aliento.

—Te amo, Adelaide —susurró, con la voz llena de emoción—. Y te prometo que pasaré el resto de mi vida demostrártelo.

—Yo también te amo, Bastian —respondí, con la voz temblando por la profundidad de mis sentimientos—. Y no puedo esperar para comenzar nuestra vida juntos.

Mientras estábamos allí, bajo las estrellas, sentí una sensación de paz y satisfacción que nunca había conocido. El camino por delante podría ser incierto, pero sabía que con Bastian a mi lado, podríamos enfrentar cualquier cosa. Habíamos soportado la tormenta, y ahora, juntos, nos deleitaríamos en la calidez del amor que nos había llevado hasta aquí.

Y mientras caminábamos de la mano hacia el salón de la recepción, listos para enfrentar el

mundo como marido y mujer, supe que esto era solo el comienzo de la mayor aventura de nuestras vidas.

38

Noche de Pasión Nupcial

Bastián y yo ascendimos la gran escalera, tomados de la mano, con nuestros pasos suaves sobre la alfombra mullida. Mi corazón latía con fuerza con cada paso, una mezcla de emoción y nerviosismo aceleraba mi respiración. Aunque no era nuestra primera noche juntos, esta se sentía diferente: más profunda, más significativa. Esta noche éramos marido y mujer, unidos por los votos que habíamos intercambiado ante toda la sociedad.

Llegamos a la puerta de la suite principal, que había sido preparada para nosotros. Bastián se detuvo, girándose para mirarme con una suave sonrisa, sus ojos reflejaban la misma anticipación que yo sentía.

—¿Estás lista, mi amor? —preguntó con ternura, su voz era un bálsamo tranquilizador para mi acelerado corazón.

Asentí, con una tímida sonrisa en mis labios.

—Sí, lo estoy.

Con una mirada tierna, Bastián abrió la puerta y me guió hacia adentro. La habitación estaba bañada por la cálida luz de las velas, cuyas llamas parpadeaban suavemente con la brisa suave que entraba por la ventana abierta. El aroma de las rosas flotaba en el aire, un recordatorio de la celebración que acabábamos de dejar atrás. La cama, cubierta con lujosos linos, se erguía en el centro de la habitación, una invitación a la intimidad que estábamos a punto de compartir.

Cuando la puerta se cerró detrás de nosotros, una sensación de privacidad nos envolvió, el mundo exterior se desvaneció. Bastián se giró para mirarme, con los ojos llenos de amor y deseo. Extendió la mano, apartando suavemente un mechón suelto de mi rostro, sus dedos se detuvieron en mi mejilla.

—Eres tan hermosa, Adelaide —murmuró, con la voz ronca de emoción—. He pensado en este momento durante tanto tiempo.

Me sonrojé bajo su mirada, mi corazón se llenó del calor de sus palabras.

—Y yo también he soñado con esto, Bastián. Pero ahora que está aquí, yo…

Me silenció con un suave beso, sus labios se posaron delicadamente sobre los míos.

—No necesitas decir nada —susurró, con su aliento cálido contra mi piel—. Esta noche es sobre nosotros, sobre estar juntos como marido y mujer.

Sus palabras calmaron el aleteo de nervios en mi pecho, reemplazándolos con una profunda sensación de confianza y amor. Las manos de Bastián se dirigieron a los delicados botones en la

parte posterior de mi vestido, su toque era firme y seguro mientras comenzaba a desabrocharlos. Podía sentir la tensión en la tela relajándose con cada botón que soltaba, el aire fresco de la habitación acariciaba mi piel.

Cuando el vestido resbaló de mis hombros y cayó a mis pies, me quedé frente a él solo con mi camisón, la delgada tela se ceñía a mi figura. Los ojos de Bastián recorrieron mi cuerpo, con una mirada de admiración y deseo que me hacía sentir vulnerable y a la vez apreciada. Se acercó, con las manos acariciando mis brazos mientras se inclinaba para besar mi cuello, dejando un rastro de calidez en mi piel.

—Adelaide —murmuró contra mi clavícula, con la voz cargada de emoción—, quiero que sepas que te amo: completamente, absolutamente. Esta noche no es nuestra noche, mi amor. Pero quiero que pienses en esta noche de bodas como la que borra todas las heridas.

Reímos mientras recordábamos nuestra aventura de una noche accidental que había causado un gran escándalo entre la alta sociedad.

—Esta noche, pondré fin a esos rumores —prometió Bastián, mientras deslizaba sus dedos por mi brazo.

—Ahora no tengo miedo de quedarme embarazada —respondí, con una sonrisa pícara—. Después de todo, ya estamos casados.

Subí las manos para desabrochar los botones de su chaleco, con los dedos temblando ligeramente. Bastián permaneció inmóvil, permitiéndome desvestirlo, sin apartar su mirada de la mía. Había una ternura en sus ojos que hizo que mi corazón se llenara de amor por él, una vulnerabilidad que reflejaba la mía propia.

Una vez que su chaleco y camisa fueron descartados, Bastián me atrajo hacia sus brazos, el calor de su piel desnuda contra la mía envió un escalofrío de emoción por todo mi cuerpo. Me besó profundamente, con las manos deslizándose hacia la parte baja de mi espalda mientras me acercaba más a él. El beso fue una promesa, una seguridad de que esta noche se trataba de nosotros, del amor que compartíamos.

Con suavidad, Bastián me guió hacia la cama, con un toque cuidadoso y respetuoso. Me levantó sobre los suaves linos, con los ojos oscuros de deseo mientras se unía a mí, su cuerpo suspendido sobre el mío. La intimidad del momento era abrumadora, pero en el mejor de los sentidos. Podía sentir el calor de su piel, la fuerza de sus músculos, y la ternura en su toque.

Se tomó su tiempo, con las manos explorando mi cuerpo con reverencia, sus labios seguían el camino que trazaban sus dedos. No había prisa, ni urgencia, solo el lento y deliberado despliegue de nuestro amor. El toque de Bastián era a la vez familiar y nuevo, cada caricia un recordatorio de la conexión que compartíamos, una conexión que ahora se profundizaba por los votos que habíamos intercambiado.

Se inclinó hacia mí para besarme. Nuestro beso fue ardiente y apasionado, y pude sentir el calor subiendo por mi cuerpo mientras su lengua exploraba mi boca. Bastian se subió encima de mí. Sus dedos recorrieron las curvas de mi vientre y suspiré de placer cuando sus labios bajaron para besarme los labios, el cuello y luego los pezones.

Podía sentir su dureza presionándome, y gemí de placer cuando sus labios bajaron hasta su estómago. Esperaba que lo hiciera pronto y no tuviera que esperar mucho más.

Cuando por fin se acomodó entre mis piernas y su mirada se clavó en la mía, sentí un torrente de emociones: amor, confianza y una sensación de pertenencia que nunca antes había conocido.

Bastian se sacó la polla y jugó con ella en la mía hasta que empujó varias veces y ambos alcanzamos el orgasmo. —Oh, Bastian —gemí mientras me llenaba.

—Te gusta, ¿verdad? —preguntó mientras seguía empujando.

—Sí, Bastián, sí—respondí, mientras rodeaba su cintura con las piernas.

Bastian se inclinó para besarme, sus labios suaves y cálidos contra los míos mientras me penetraba lentamente, nuestros cuerpos se unían de una forma que parecía natural y sagrada a la vez.

La sensación era exquisita, una mezcla de placer y ternura que me hacía respirar entrecortadamente. Bastian se movía con un ritmo lento y constante, sus manos me acariciaban la cara mientras me besaba profundamente. No había necesidad de palabras; nuestros cuerpos hablaban por nosotros, cada movimiento era un testimonio del amor que compartíamos.

Cambiamos de posición varias veces, probando diferentes ángulos y velocidades. Bastian me cogió por detrás y sentí sus huevos golpeándome el culo mientras me penetraba cada vez con más fuerza.

—Joder, qué bien te sienta —gimió, mientras yo gemía de placer.

—Sí, sí, no pares —le supliqué, mientras sentía otro orgasmo creciendo en mi interior.

El mundo exterior dejó de existir mientras nos perdíamos el uno en el otro, los únicos sonidos eran los suaves suspiros y murmullos de nuestro sexo. Las caricias de Bastian, sus besos, sus palabras de amor susurradas… todo se entrelazaba para crear una sinfonía de sensaciones que me envolvía por completo. Nunca me había sentido tan unida a otra persona, tan en paz.

Los dedos de Bastian llegaron hasta mi clítoris y empezó a frotarlo en círculos. —Ven para mí, mi amor —susurró, mientras yo gritaba de placer.

Podía sentir la polla de Bastian retorciéndose dentro de mí, y me llenó con su semen caliente. —Oh, joder —gimió, mientras se desplomaba sobre mí.

Cuando por fin alcanzamos el punto álgido de nuestra pasión, fue un momento de éxtasis compartido que nos dejó a los dos sin aliento, con los cuerpos temblando por la intensidad. Bastian me abrazó y me rodeó con sus brazos mientras yacíamos juntos, con los corazones latiendo al unísono.

Mientras estábamos tumbados en la tranquilidad de la noche, con la habitación bañada por el suave resplandor de las velas apagadas, sentí que me invadía una profunda sensación de satisfacción. Allí era donde debía estar, en los brazos del hombre al que amaba, el hombre con el que había elegido pasar mi vida.

Nos quedamos tumbados, jadeando y sudando, mientras recuperábamos el aliento. —Te quiero, Bastián—susurré mientras recorría su espalda con los dedos.

Bastian me dio un tierno beso en la frente, su voz era un murmullo en la oscuridad. —Gracias, Adelaida, por elegirme. Por quererme.

Sonreí, con el corazón a rebosar mientras me acurrucaba más cerca de él. «Gracias por ser el hombre que siempre supe que eras, Bastián. Te quiero y siempre te querré».

Nos quedamos dormidos el uno en brazos del otro, olvidando el mundo exterior mientras yacíamos entrelazados en el calor de nuestro amor. El escándalo, las dudas, los miedos… todo había quedado atrás. Lo que nos esperaba era un futuro lleno de promesas, con la alegría de un amor que había sido puesto a prueba y había salido fortalecido del otro lado.

Y cuando cerré los ojos, supe que aquello no era más que el principio de nuestro viaje juntos, un viaje que estaría lleno de desafíos, pero también del tipo de amor que nos haría superar cualquier cosa.

39

Epílogo

El sol veraniego bañaba la Mansión Lightwood con un resplandor dorado, la calidez del día reflejaba la felicidad que se había asentado en cada rincón de nuestras vidas. Los jardines estaban en plena floración, un estallido de color y fragancia, y la suave brisa traía consigo las risas y la alegría que se habían vuelto constantes en nuestros días. Solo habían pasado unos meses desde nuestra boda, pero ya sentía como si Bastián y yo hubiéramos estado juntos desde siempre: una vida entera de amor comprimida en tan poco tiempo.

La vida como esposa de Bastián resultó ser todo lo que había esperado, y más. El hombre con el que me había casado ya no era el duque distante y reservado que una vez había escondido su corazón detrás de una máscara de fría indiferencia. En su lugar, era cálido, afectuoso y totalmente devoto a mí… y al pequeño ser que crecía dentro de mí.

Sonreí para mis adentros, una ola de satisfacción me envolvió mientras colocaba una mano sobre mi abultado vientre. Un mes después de nuestra boda, había descubierto que estaba embarazada, una revelación que había provocado oleadas de emoción y alegría en la casa. Por supuesto, los rumores no tardaron en comenzar: susurros de que había estado embarazada antes de la boda, de que nuestra unión apresurada no había sido más que una tapadera para un escandaloso amorío. Pero Bastián y yo compartimos una risa privada ante lo absurdo de todo aquello. Sabíamos la verdad: nuestro amor había florecido, literalmente, en nuestra noche de bodas.

Ahora, mientras estaba sentada en un banco acolchado en el jardín bañado por el sol de la mansión, observaba el mundo a mi alrededor con una serena sensación de plenitud. Mi mano descansaba protectora sobre mi vientre, que había crecido grande y redondo con la vida que prosperaba dentro de mí. El bebé, nuestro bebé, estaba de seis meses, y la anticipación de conocer a nuestro hijo llenaba nuestros corazones de una alegría que apenas podía expresarse con palabras.

Levanté la vista cuando Bastián salió de la mansión, su alta figura proyectaba una sombra sobre el césped mientras se dirigía hacia mí. Estaba tan apuesto como siempre, sus rasgos suavizados por una sonrisa que hablaba de satisfacción y amor. Cuando llegó a mi lado, no dudó en atraerme a sus brazos, levantándome para sentarme en su regazo con una ternura que siempre hacía que mi corazón se acelerara.

—¿Cómo está mi hermosa esposa hoy? —murmuró, presionando un suave beso en la cima de mi cabeza mientras su mano encontraba su camino hasta mi vientre, frotando círculos lentos sobre la tela de mi vestido.

—Estoy maravillosa —respondí, recostándome en él con un suspiro de satisfacción—. Y parece que tu hijo está particularmente enérgico hoy.

Bastián soltó una carcajada, deteniendo su mano mientras la presionaba plana contra mi vientre, buscando señales de movimiento.

—No puedo creerlo, Adelaide. En solo tres meses, finalmente conoceremos a nuestro pequeño.

Sus palabras enviaron un escalofrío de emoción a través de mí, y le sonreí, mi corazón se llenó de amor por este hombre que se había convertido en mi mundo.

—Parece un sueño, ¿verdad? Todo lo que hemos pasado, y ahora estamos aquí… esperando a nuestro hijo.

La expresión de Bastián se suavizó, sus ojos brillaban con una calidez que disipaba cualquier sombra que quedara de nuestro pasado.

—Recuerdo haber imaginado esto —admitió, con la voz baja y llena de emoción—. Solía imaginarte así: con tu vientre redondeado con nuestro hijo, sentada en mi regazo, contenta y feliz. Y ahora, ver cómo cobra vida… Es más de lo que podría haber esperado.

Sentí que mis ojos se llenaban de lágrimas, pero eran lágrimas de felicidad, de un amor abrumador.

—Nunca pensé que podría ser tan feliz —susurré, mi mano cubría la suya en mi vientre—. Pero me has dado todo, Bastián. Un amor que nunca supe que necesitaba, una familia a la que puedo llamar mía.

Él sonrió, su mirada no se apartó de la mía mientras se inclinaba para capturar mis labios en un beso que fue tanto tierno como apasionado. El mundo pareció desvanecerse en ese momento, dejando solo a los dos, unidos por el amor que habíamos luchado tanto por preservar.

Cuando nuestros labios se separaron, Bastián apoyó su frente contra la mía, su aliento se mezclaba con el mío.

—Te amo, Adelaide. Más de lo que jamás pensé que fuera posible.

—Y yo te amo —respondí, con la voz temblando con la intensidad de mis emociones—. Gracias por elegirme, por estar a mi lado.

Justo cuando estábamos a punto de besarnos de nuevo, un movimiento repentino y fuerte dentro de mi vientre nos hizo jadear a ambos de sorpresa. El bebé dio una patada, un movimiento fuerte y decidido que me hizo reír.

Los ojos de Bastián se abrieron de par en par de deleite al sentir el movimiento bajo su mano.

—¿Lo sentiste? —preguntó, con la voz llena de asombro.

—Sí —respondí, riendo suavemente mientras el bebé volvía a dar una patada, como si respondiera a nuestra alegría—. Creo que nuestro pequeño está tan emocionado de conocernos como nosotros de conocerlo.

El rostro de Bastián se iluminó con una sonrisa tan amplia que me hizo doler el corazón de amor. Se inclinó y besó mi vientre, su voz era suave y llena de maravilla.

—No podemos esperar a conocerte, pequeño. No tienes idea de cuánto ya eres amado.

El bebé volvió a dar una patada, y no pude evitar reírme del deleite en el rostro de Bastián. Fue un momento de pura felicidad, del tipo de alegría que surge de saber que estás exactamente donde debes estar, con la persona adecuada.

Mientras estábamos allí, disfrutando del calor del sol y del amor que nos rodeaba, sentí una sensación de paz asentarse sobre mí. Habíamos enfrentado tanto, superado tantos obstáculos para estar juntos, y ahora estábamos al borde de una nueva aventura, una que nos acercaría aún más.

Bastián me miró, sus ojos llenos de un amor que me dejó sin aliento.

—Hemos llegado tan lejos, ¿verdad?

—Sí —asentí, con la voz suave por la emoción—. Y no cambiaría ni una sola cosa. Cada desafío, cada momento de duda, nos llevó hasta aquí. El uno al otro.

Me besó de nuevo, un beso prolongado que prometía un futuro lleno de amor, risas y posibilidades infinitas.

—Pase lo que pase, Adelaide, lo enfrentaremos juntos. Como iguales, como compañeros y como familia.

Sonreí contra sus labios, sintiendo que el bebé volvía a dar una patada, como si estuviera de acuerdo con las palabras de su padre.

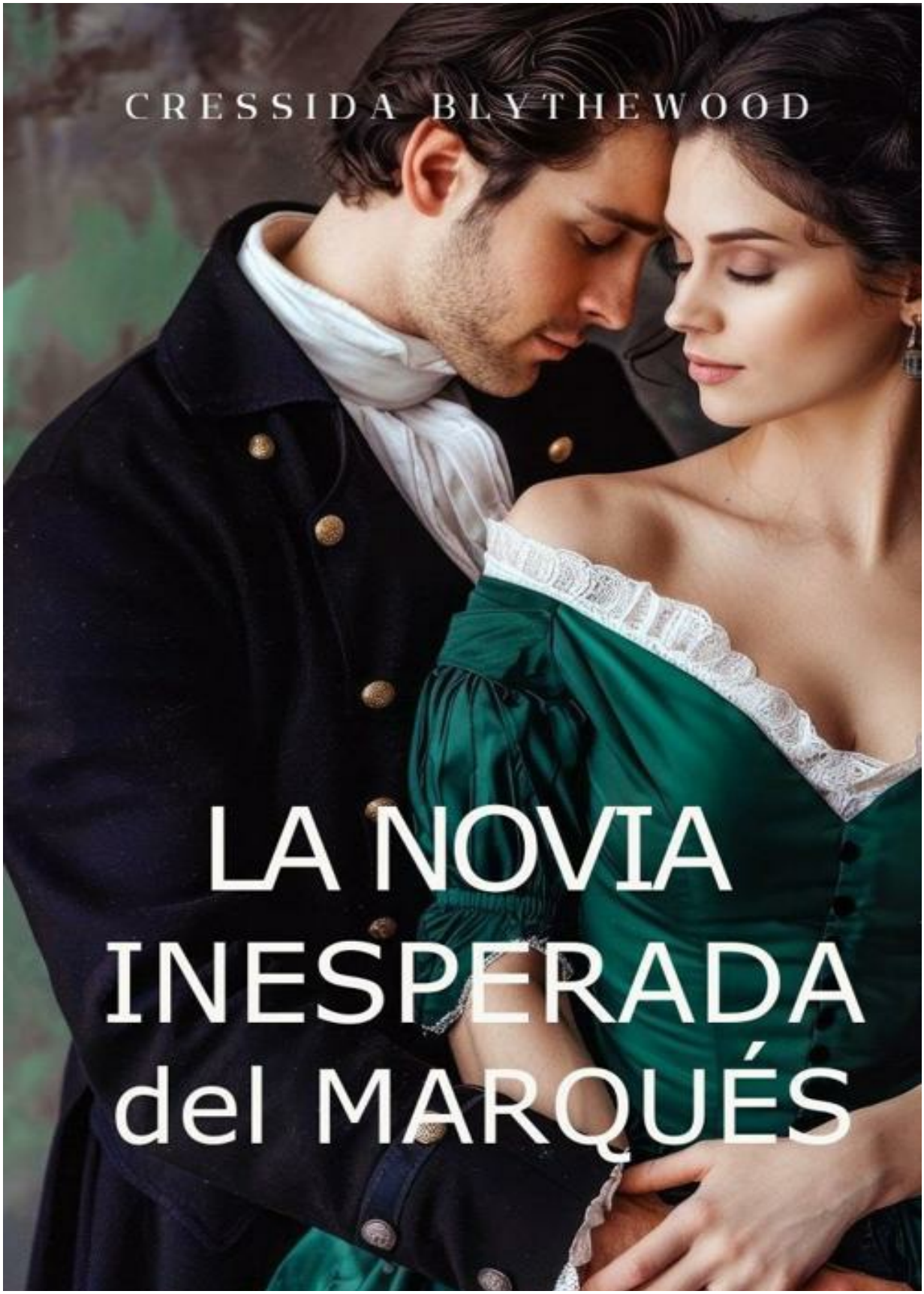
—Juntos —repetí, con el corazón lleno hasta desbordarse—. Siempre.

Y mientras estábamos allí, envueltos en los brazos del otro, nuestro futuro se extendía ante nosotros como un horizonte brillante e interminable. Era un futuro lleno de amor, de aventuras y con la promesa de una vida vivida al máximo.

Y supe, sin lugar a dudas, que estábamos listos para enfrentarlo, todo, juntos.

* * *

Puedes leer la historia de Anne Blair y Colin Ashford en **“La novia Inesperada del Marqués.”**


CRESSIDA BLYTHEWOOD
LA NOVIA INESPERADA del MARQUÉS

About the Author

Cressida Blythewood es autora de novelas románticas de la Regencia, famosa por sus cálidas y conmovedoras historias de amor que transportan a los lectores a una época de elegancia, ingenio y pasión duradera. Con un profundo afecto por la época de la Regencia, Cressida teje historias que celebran el poder del amor para superar los límites sociales, los malentendidos y las pruebas personales, al tiempo que se asegura de que sus personajes encuentren el camino hacia un final feliz.